

CAPÍTULOS GRATUITOS

True Colors

Ximena Renzo (Endlesscurl)

AGRADECIMIENTOS

Hay tantas cosas por las que agradecer, pero sobre todo gracias a Dios por todo esto. Creo que es sin duda mi más grande fortaleza y nunca me avergonzaré de decirlo.

Agradezco a mi papá por todas las ideas que me da sin saberlo cuando conversamos de la vida. Quiero que sepas que, aunque nos reímos de tus: «Te explicaré esto en cinco minutos», que terminan siendo muchos más, aprecio esos momentos en los que te sientas a hablar. Es de lo que más me gusta de ti, tu creatividad e ingenio.

También agradezco a mi mamá porque me lanzó a la piscina sin saber nadar desde el principio y es de las principales promotoras de mi vida con la escritura. Quien me inculcó la lectura y la que siempre me insiste en que escriba para poder leer otro capítulo.

A Glay, la SAS, que es de mis mejores amigas. Por aconsejarme, ayudarme, leer mis ideas y estar siempre cuando la necesito. (Y por hacer el prólogo).

A los amigos que conozco en persona y a mis amigas de Internet, *eh*.

Principalmente a Castroblack porque han estado desde el inicio de todo y han soportado mis mensajes a las tres de la mañana cuando llegaba con una idea nueva.

Gracias a ustedes por leer esta pequeña parte de mí y espero que sigan aquí para lo que viene.

Gracias por todo su apoyo para los que me acompañan desde *True Colors* hasta los que llegaron con Nick.

Son todos unos melocotoncitos.

Dedicado a los nuevos y viejos habitantes de Counterville.

A mi familia, amigos y lectores de Wattpad.

Gracias por su increíble apoyo a través de estos años.

Prólogo

Este libro no se hizo al principio con la intención de estar donde lo estás leyendo ahora mismo, en tus manos, sino con el propósito de que estuviese en el corazón de las personas que lo leyeran por Internet, y gracias a que consiguió abrirse paso en el corazón de tanta gente, tuvo la oportunidad de transformarse en una de las tantas obras que nos maravillan con el sonido de sus hojas al ser deslizadas y el olor a libro nuevo que desprenden.

Cuando la SAS me dijo que tenía que escribirle un prólogo para su libro, sentí un profundo pánico y estuve a punto de correr en círculos por toda mi casa, pero conforme fue pasando el tiempo, me di cuenta de que no había otra persona que hubiese estado tan inmersa en la creación de *True Colors* como su autora. La ayudé con una portada, un tráiler del libro y también algo de mi —supuesta— sabiduría, y de repente me tocaba ayudarla con un pequeño prólogo que resumiera las maravillas de esta historia en apenas un par de líneas.

Me aseguré de que era normal sentir miedo por las cosas que desconocía, especialmente cuando la simpleza de estas comenzaba a tornarse mucho más seria y real y se iba desprendiendo de las viejas ilusiones, pero esa es una de las principales moralejas de la historia: que uno no debe quedarse encerrado entre las cuatro paredes del confort y necesita salir a experimentar lo inexplorado para encontrar algo hermoso y duradero.

Tal vez la aventura comenzará para ti después de leer este prólogo, pero la verdad es que empezó mucho antes que eso. No estoy hablando del momento en que abriste este libro ni cuando decidiste comprarlo, ni siquiera cuando hiciste clic en una historia de amor que encontraste en este sitio web llamado Wattpad, sino el segundo en que una nueva idea comenzó a crecer dentro de la cabeza de Ximena y como no sabía qué título ponerle, le puso el nombre de una canción de Cyndi Lauper... Sí, tenía que decirle eso a todo el mundo porque es una vergüenza.

Hay un dicho que dice que todo lo que vale cuesta. La perseverancia y los fuertes deseos a veces no son suficientes para cumplir sueños. Hay ocasiones en que la vida se pone en el medio y nos tenemos que ocupar de ella antes de seguir intentando, pero a pesar de que la paciencia es como un invierno en apariencia interminable, si uno es lo suficientemente inteligente como para esperar la primavera, se llega a ver la más hermosa de las rosas. Esta es nuestra más bella rosa, llena de esos colores verdaderos que tanto están escritos entre estas páginas, como una prueba de que todos los sueños son posibles y de que, si luchas por lo que más quieres en la vida con positividad y un corazón bondadoso, podría hacerse realidad.

Para todos los nuevos soñadores y perseverantes, y aquellos que solo están regresando a casa una vez más, sean bienvenidos a una historia sobre una chica, un chico y las ventajas que se pueden encontrar en ser una niñera.

Y sin más dilación, ¡que empiece la función!

ACCIOCANDIES

(O GLAY, PARA LOS AMIGOS).

1

Viejo y nuevo trabajo

«Desperté, esa mañana los rayos de luz atravesaban las persianas; eran suaves, casi como una caricia».

Y esa es la parte en la que se hace un acercamiento a mi rostro mientras sonrío y me levanto de la cama como si hacerlo a las seis de la mañana para ir a trabajar fuera la cosa más hermosa del mundo.

No. Eso iba bien para algunas películas, y yo no describiría esa mañana así.

Vamos, Abs, podemos hacerlo mejor.

Seis de la mañana, mala idea fue dejarme llevar por la pereza y no cerrar las persianas. El sol caía sobre mi rostro, pero no me había despertado por él, sino por el incesante y engorroso sonido de mi alarma. Aborrecí el día en que me dejé convencer por ese insistente señor en el centro comercial. La alarma tiene forma de tapete y no deja de sonar hasta que ponga ambos pies encima. Lindo, ¿no?

Lo peor de todo es que era un hábito en mí revolcarme de todas las maneras posibles en mi cama, pensando que la batería de la alarma cesaría y podría dormir unos minutos más.

Así que, por fin, dándome por vencida y decidida a levantarme, me caí contra el suelo. ¿Por qué? Porque mi cuerpo era un imán de problemas. Mis piernas se habían enredado con las sábanas y no tuve cuidado con eso.

¡Buen comienzo de domingo, Abs! ¡Bien hecho!

Con cierto cuidado para no estrellar la cara contra algo más, caminé hasta el baño en modo zombi y me duché.

Saliendo de la ducha me puse el atuendo que había dejado sobre la cama y empecé a caminar descalza por toda la habitación en busca de mi zapatilla derecha. Había llegado tan cansada la noche anterior que solo me saqué los zapatos —dejándolos caer donde ellos quisieran— y me lancé sobre la almohada.

Me maquillé lo necesario. Luego de arreglar la cama, caminé hacia la cocina y con suerte encontré cereal, jugo de naranja y leche. Definitivamente tenía que ir al supermercado luego del trabajo.

Nota para mí: llamar a mamá y pedirle dinero prestado (pagarle a fin de mes).

¿Quién en su sano juicio saldría de su casa a los dieciocho años para vivir por su cuenta? ¡Oh, por supuesto que yo! Pero llevaba meses así, con la diferencia de que vivía con mi hermana —a quien, por cierto, no pienso nombrar en mi historia porque poco le importó dejar a su preciosa hermana viviendo sola y, por lo tanto, a mí tampoco me importa—. ¡Oh, encontré mi zapatilla!

Como sea.

Luego de alimentarme, tomé un impermeable y agarré el bolso. La primavera había llegado a Counterville y eso solo significaba lluvia por doquier.

Salí de casa, el cinto de mi bolso se desprendió haciendo que el celular, un libro y todo lo demás se desplomara también. Bufé y golpeé el piso con el pie derecho.

—¿Hasta cuándo, Dios?! —pegué el grito al cielo sintiéndome la persona menos afortunada de la tierra. Y vaya, ni siquiera creo en la suerte.

Abrí el paraguas esperando que nada peor sucediera. Empecé la caminata hacia el metro que me llevaría a la cafetería ubicada al sudeste de la ciudad, porque mi moto había decidido que era buen momento para estropearse.

El viaje duraba alrededor de treinta minutos, minutos que me servían para leer una historia que la *nonna* me había enviado la semana pasada. Esa era una tradición que habíamos empezado un par de años atrás: leer un libro e intercambiarlo. La *nonna* había estado leyendo libros para niños durante los últimos cinco intercambios, pero quién podía culparle, a veces yo parecía la abuela.

Los minutos se hicieron cortos. Cuando me percaté, ya estaba poniéndome el uniforme en la cafetería. Todo iba como siempre, corría de un lado a otro sirviendo y anotando pedidos hasta que una simpática señora —nótese el sarcasmo— entró con sus inquietos hijos.

—¿Atiende alguien aquí o qué? —farfulló separándose por un momento del móvil y captando la atención de la poca clientela del lugar.

—Ve por ella, campeona —habló Kate, mi compañera de trabajo.

Le dediqué una mirada tímida y caminé hacia ellos:

—Buenas tardes, bienvenidos a Riot Coffee. Desean ord...

—Quiero un *capuccino*, *mocca*, con crema baja en grasas y con edulcorante natural. No quiero azúcar. Para los niños... No lo sé. Vamos, pidan ustedes — se dirigió a ellos sin verlos y volvió a su teléfono.

—¡Quiero McPixie's! —habló el niño con una sonrisa, acción que me hizo sonreír también.

—No seas tonto, niño. Esto no es McPixie's —la señora rodó los ojos mientras tocaba la pantalla de su móvil.

Yo alcé una ceja.

¿Qué tipo de madre era ella? Volví la vista al pequeño niño que ahora sacaba al frente el labio inferior con los ojos rojizos, su hermana pequeña lo vio y empezaron a llorar.

¡Oh, no! Si seguían, yo también me iba a poner a llorar.

—¡Quiero a mamá! —lloraba el nene cada vez más fuerte.

¿Qué rayos? ¿Su madre no estaba con ellos?

—¡Mami! —chilló la pequeña imitando a su hermano.

Lo único que hizo la señora fue levantarse y gritar:

—¡Me tienen harta, niños malcriados! ¡No saben hacer otra cosa que molestar!
¡Renuncio! —gritó aún más fuerte dejando una mochila junto al niño mayor y una libreta sobre la mesa—. ¡Estoy harta! —volvió a gritar mientras se movía sola hacia la salida.

Yo estaba en *shock*, no sabía qué ocurría. El guardia había tratado de alcanzarla, pero ya estaba en un taxi camino a quién sabe dónde.

¿Y los niños?

Amigos, tenemos un 3312.

Mientras Kate se encargaba de lo habitual, yo cuidaba a los niños como lo había determinado el jefe. El tiempo de espera se hizo corto, los niños jugaron conmigo y se tranquilizaron, incluso me contaron cosas sobre sus padres. Algunas realmente innecesarias. Nadie quiere saber que su padre bailaba salsa los fines de semana. Claro que el niño lo había explicado como «papi baila con ropa ajustada en concursos».

Una hora después, la verdadera madre llegó preocupada a la cafetería. Sus pequeños corrieron felizmente hacia ella. Resultó que, quien había estado con ellos, era la niñera. El jefe se encargó de hablar con ella y explicarle lo sucedido. Su madre era hermosa, al igual que sus hijos. Se notaba el amor que profesaba por ellos.

—Abril, estás despedida —afirmó de pronto el señor Jones, mirándome severamente. A lo que yo solté un «¿qué?» que resonó por el lugar captando nuevamente la atención de todos. Esto ya era embarazoso en privado, ¿pero enfrente de los demás? Qué falta de tino.

—¿Pe-pero por qué? —balbuceé confundida, tratando de comprender algún punto lógico en todo esto. Claro que él solo negó con la cabeza.

—¡Todo esto ha sido tu culpa! ¡Hiciste que esa señora se enojara! —murmuró él y notó que todos nos veían.

—¡Ah, no, eso no es cierto! ¡Ella se enojó porque es una loca que no soporta cuidar a esos niños! —hablé más fuerte.

Oh, Abby querida, si quieres conservar tu trabajo no deberías gritarle a tu jefe.

—Silencio, Abril, me estás haciendo pasar vergüenza —dijo él tapándose la cara—. Yo solté un bufido bastante sonoro.

—¿Yo? ¿Yo te hago pasar vergüenza? Bien, bien. Despídeme, George, pero dudo de que Kate soporte mucho tiempo más trabajando contigo. *Sei un porco, non ti voglio rivedere mai più!* —le grité quitándome la gorra y el delantal para salir del lugar totalmente humillada.

Oh, Abby, qué irrespetuosa eres. Lo llamaste cerdo, no esperes una tarjeta navideña de su parte.

Mi vida era un completo asco en ese momento:

Mi hermana se había ido con su novio a quién sabe dónde.

Mi papá no quería verme en casa si no volvía con la «buena vida» que prometí tener.

Mi mamá me prestaba dinero a escondidas de papá.

Le debía un mes de alquiler al casero del edificio.

Mi trabajo había terminado minutos atrás.

Y, lo peor de todo, creo que no tendría tarjeta navideña.

«Cuando la vida te presente mil razones para llorar, demuéstrole que tienes mil y un razones para reír», decía en un anuncio de ropa frente a mí.

¡Patrañas, puras patrañas!

—Hum, ¿Abby? —habló una voz dulce interrumpiendo mi monólogo de agonía.

Yo alcé la vista con el ceño fruncido. Estaba a punto de soltar muchas groserías en italiano, y lo único que pude ver fue la sonrisa de aquella señora de la cafetería. Me limpié la cara y me levanté del escalón.

—Eh, ¿sí? —pregunté tratando de sonar lo más normal posible.

—Soy Chloe Collins, un gusto —estiró la mano derecha. Yo la miré y sonreí estrechándola.

—Abril Black. Dígame Abby, por favor.

—No pude evitar oír lo que pasó hace un rato y...

—Lo siento, yo no soy así. Pero bueno —tomé aire y negué con la cabeza—, ha sido una completa injusticia.

Ella asintió ladeando el labio y se acomodó la correa del bolso:

—Vine por eso. Mis niños me contaron que les caíste muy bien y... Bueno, puede que esto sea muy extraño, pero necesito una niñera —la miré confundida mientras ella sonreía.

—¿Está hablando en serio, señora? Es decir, me conoce hace quince minutos y en cinco de ellos me vio haciendo un escándalo allá dentro —mencioné señalando la cafetería. La señora Chloe soltó una risilla, asintiendo.

—Lo sé. Entiendo perfectamente que todo esto te resulte muy extraño. Pero necesito con urgencia una niñera y tú, un trabajo. Si quieres podemos hacer formal la entrevista mañana a primera hora, pero, por favor... dime que por lo menos lo vas a pensar —dijo mirándome.

Alcé la vista sobre sus hombros y el pequeño Theo me sonreía mientras su hermana Alai saludaba con la mano, ambos por la ventana del auto.

—Yo... Hum. ¿A qué hora sería la entrevista? —pregunté aún atónita por todo lo que estaba pasando.

Ella sonrió y me abrazó casi clavando sus pulseras en mi espalda.

Oh, vaya.

Viéndolo desde mi percepción, nosotros llegamos al mundo con un propósito, con un don especial que nos hace únicos. Ese don puede ser la salvación o la perdición; la cuestión es saber si nosotros tenemos la fuerza de voluntad para sobrellevarlo.

En una rara y distinta línea de vida a la que vivimos hay un lugar en el que solo unos pocos logran estar. ¿Cómo se llama? Se llama victoria.

No todos podemos llegar ahí, y es precisamente porque no seguimos

intentando.

Pasa, a mí me pasa mucho. Mi fe se sacude, pero sé que la vida está llena de momentos de tristeza, alegría, amor y desamor. Sepan que solo los verdaderos guerreros sabrán cómo librar la batalla y tener permanentemente escrito su nombre en aquel lugar.

Como dijo Neruda: «Lo que escribimos no es nuestro, sino de quien lo necesita». Así que, amigos, esto es para cada guerrero que prepara el campo. Nunca se rindan. Por más fuerte que sea la tormenta, el sol tarde o temprano saldrá.

Sky xx.

Y así había firmado el último *post* del día, en mi blog, para luego cerrar la portátil y echarme a dormir.

Porque, amigos y amigas, mañana tenía una entrevista de trabajo con Chloe Collins.

Nuevos encuentros

Está bien, Abs, es solo una entrevista. ¡Has hecho esto antes! No eres un gladiador a un segundo de entrar al coliseo romano, eres una chica que perdió su empleo y encontró un alma noble que quiere ayudar.

Caminé hasta la residencia, y un vigilante me detuvo:

—¿Nombre? —preguntó mirándome de pies a cabeza.

Repugnante. El hombre se veía bastante desaliñado, llevaba un uniforme color café y una gorra hacia atrás. Tendría alrededor de cuarenta años y era de complexión ancha.

—Abril Black —añadí, incómoda, evitando su mirada.

Él asintió y tomó un teléfono. Anunció mi nombre mientras me miraba.

—La señora Collins está esperándola; pase, por favor —mencionó el tipo, señalando la puerta que daba a una pequeña residencial con alrededor de diez casas, una más costosa que la otra. Yo estaba más que maravillada. ¿Trabajaría en alguna de ellas?

La respuesta era afirmativa. Miré la tarjeta que Chloe me había entregado un día antes, y definitivamente estaba frente a su casa. Era preciosa.

Por lo que decía la tarjeta, la mujer era diseñadora de interiores y su casa —por fuera— se veía única. Me paré frente a la puerta con cierto nerviosismo. Antes de que pudiera pensarlo una vez más, ya tenía a Chloe Collins sobre mí.

¡Ostras! ¡Esta mujer sí era melosa!

Mientras me atarantaba de preguntas y halaba de mí de un lugar a otro, yo trataba de procesar la gran casa que estaba viendo. En el primer nivel había una sala grande con sofás negros de cuero. Todas las paredes eran blancas, con cuadros tipo *vintage*. La casa era de estilo neoclásico pero moderno a la vez. La cocina era amplia, tenía una isla con cinco sillas. La mesa de la isla era de mármol gris y todo estaba en perfecto orden. Yo pensaba en cómo rayos hacían para tener todo tan ordenado. Más allá de la sala había un comedor con ocho sillas de color negro y arreglos minimalistas. La mesa era transparente y las patas, negras, al igual que las sillas. Más allá del comedor había una puerta transparente, con persianas. Esta puerta tapaba el gran patio trasero, en donde estaba el jardín y la piscina. Al lado de la escalera se encontraba la oficina de Chloe. Fue ahí donde dimos a parar.

—Bien, ayer hablamos poco. Ahora tenemos tiempo.

Yo sonreí y saqué mi currículum, si se le podía llamar así a una hoja de papel con nombres de muchos restaurantes de comida rápida y cafeterías de

diferentes países. Ella sonrió leyendo el papel.

—Muy bien. Dime, ¿tienes experiencia cuidando niños? —preguntó sin despegar la mirada de lo que leía. Yo asentí.

—Sí, bueno... He cuidado a mis primos toda la vida. Y aparte de que son muchos, he cuidado a mis hermanos y a hijos de amigas de mi madre. Así es como empecé a ganar dinero por mi cuenta. Luego me dejaron salir de casa, junto a mi hermana, y empezamos la aventura de «viajar a donde lleguemos». Por eso he trabajado en varios lugares.

«¡Vómito verbal! ¡Nadie te preguntó eso, Abby! ¡Cállate ya!».

—Interesante, háblame de ti. ¿Has estudiado alguna carrera? —preguntó sonriendo. Yo empecé a jugar con los dedos y negué con la cabeza.

—Aún no. Pienso estudiar una carrera de turismo e idiomas, y en parte por eso empecé a viajar. Aprender los idiomas en los lugares donde se habla es mucho mejor que aprenderlos en un instituto.

—Así que lo tienes todo planeado, eres una chica lista. Y tienes suerte, porque mis hijos no suelen encariñarse con sus niñeras. Son un poco inquietos, como verás —soltó una risilla y yo asentí sonriendo.

—Son muy tiernos, es cuestión de encontrar la forma de llevarse bien con ellos —ella me miró y sonrió de nuevo, Chloe Collins estaba llena de alegría.

—Bien, aquí tengo el contrato. Quiero que lo leas con calma. Si tienes alguna duda, me preguntas —indicó dejando unas hojas frente a mí. Yo las tomé y empecé a leer.

Básicamente hablaba sobre un contrato de doce meses, renovable. Indicaba que estaba a cargo de los niños. Y el salario... ¡Madre mía! ¡El salario era tres veces más de lo que ganaba en la cafetería de Inglaterra! El contrato era encantador, ¿podía yo casarme con él?

Alto ahí, amiga, ¿vivir aquí? Cama adentro significa dormir aquí, ¿verdad? Dile algo, Abs:

—Hum, tengo una duda. Dice aquí que... eh, ¿vivir aquí? —pregunté algo confundida. Ella sonrió y asintió.

—Sí, voy a necesitar que vivas aquí. Me contaste que vives sola, así que sería lo mismo, ¿verdad? Dime que puedes, por favor —pidió suplicante, y yo no hacía más que mover la mirada de ella a la hoja.

—¿Es el sueldo? Digo, puedo aumentarlo... Solo que no sabía si...

—¡No, no! —reí negando con la cabeza—. El salario está más que bien. Es solo que me tomó por sorpresa el hecho de que tenga que vivir aquí, pero... no es mala idea.

¡Claro que no es mala idea, Abril!

¡Le debes dinero al casero!

¡Esta mujer ha caído del cielo, como un regalo divino!

Me tomó media hora, algunos minutos más. Pero lo pensé bien, era un buen contrato y solo debía cuidar a dos niños lindos. Me pagarían y viviría en una residencia genial. ¿Acaso estaba llegando a mí el momento «después de la tormenta»? Díganme loca, pero así lo sentía.

Una semana. Había pasado una semana y ya estaba dejando el departamento. Tenía mis maletas hechas, ropa y algunos aparatos. No tenía muchas pertenencias, porque siempre me movía de lugar. Ahora me estaba mudando y no me iría de ahí en un año, qué raro sonaba eso. Chloe había enviado a su chofer para que me ayudara a llevar las cosas hacia allá. La señora Collins estaba siendo tan buena conmigo... ¿Es que acaso le daba pena? Yo creo que mi hermana Zoe me envidiaría mucho en este momento, pero no debo nombrarla. ¡Ella no me importa!

¿A qué iba? Oh, claro, mudanza.

Chloe se había empeñado en pagarme el mes que debía, y al final accedí solo porque lo descontaría de mi primer sueldo.

Durante la primera semana estuve «conociendo» a —casi— todos los miembros de la familia. La señora Rose, ama de llaves, es quien se encargaba de la casa y el orden. ¡Ella es quien mantenía todo así! Era como un ángel. También está Kyle, el papá, que era un cuarentón con el climaterio al cien por ciento. Hacía actividades para sentirse joven. ¡Vaya personaje! Pero cuando no estaba tratando de verse joven, era jefe de una firma de abogados. También estaba Nate, el misterioso hermano mayor, que solo permitía que Rose entrara a su habitación. Theo y Alai son los más pequeños —y ya conocidos— de la casa; un poco inquietos, pero nada que no se pudiera controlar. Y como dije antes, estaba Chloe, diseñadora de moda, madre hiperactiva y esposa.

Volvamos a Nate, ese chico realmente me intriga. ¿Tiene alguien una foto suya? —¡Abby! —gritó Alai, la pequeña niña de alrededor de tres años. Juntaba las manos con emoción, formando en ellas un pequeño aplauso. Yo sonreí y agité la mano saludando.

—¡Sí, Abby! —soltó también Theo, corriendo hacia mí. Este último tenía cuatro años, casi por cumplir los cinco. Me lo había dicho varias veces el día que lo conocí. Al llegar lo tomé en mis brazos, lo cargué y le di vueltas en el mismo sitio. El pequeño reía mientras miraba hacia arriba y me abrazaba por el cuello.

—¿Cómo estás, bebé? —pregunté besándole la mejilla y dejándolo en el piso, con cuidado.

—Bien —se encogió de hombros y corrió hacia su mamá, quien esperaba en la puerta junto a su hija en brazos.

El proceso de instalación duró toda la tarde, con Theo sobre mí —no literalmente—, preguntando sobre mi vida y viajes. Yo contestaba con gusto. Además, me hacía reír. Era un niño muy hiperactivo, y ya sabía de quién lo había heredado.

Me dieron una habitación bastante amplia. Sentía que me estaba aprovechando, pero no había pedido nada. Chloe era muy desprendida. Si tuviera dinero, sin duda me gustaría ser como ella. Theo había estado mostrándome su casa, era amplia y ahora podía verla detalladamente. Sin duda, Chloe tenía muy buen gusto.

—Abby, Abby, ¿podemos pintar? —preguntó Theo, a la vez que me halaba el brazo. Yo había estado desempacando y guardando la ropa en el armario.

—Claro, solo déjame terminar aquí.

Despeiné su cabello y él salió de mi habitación. Me tomó un par de minutos terminar. Luego caminé hacia el cuarto de los niños, que quedaba casi frente al

mío.

—¿Qué van a pintar? ¿Dinosaurios? ¿Robots? —reí sentándome en el piso mientras dejaba hojas, colores y marcadores frente a los pequeños.

—No sé —exclamó Alai, con toda su inocencia, tomando un marcador y echando en marcha su trabajo. Y por lo que veía, se refería a una flor, algo deforme... pero bien para ser una bebé de casi tres años.

—Abby, ¿me dibujas a Hazam? ¡Quiero pintarlo! —preguntó Theo. Yo lo miré y sonreí agarrando un lápiz. Me guie con uno de los pósteres que estaba en su pared y terminé en unos minutos. Después de todo, no debía esforzarme tanto. Cuando se lo entregué, su cara de emoción merecía estar en un cuadro. Amaba ver las expresiones de los niños. Ellos son sinceros y no tienen miedo a mostrar sus sentimientos, ¿por qué se pierde eso con el tiempo?

—¡Es igual a él! ¡Gracias, Abby! —sonrió y me abrazó para luego volver a su trabajo.

Oh, estos niños son un amor.

Los pequeños Collins estaban de vacaciones, así que no tenían tareas por hacer. Los mantuve entretenidos pintando cosas que les dibujaba. Rose me ayudó a prepararles la cena. Cuando menos lo noté, ya estaban durmiendo. Theo y Alai prácticamente me habían obligado a leerles el libro del pequeño ratoncito. Obviamente, no había llegado ni a la mitad cuando se durmieron. Entonces pensé que, en adelante, los libros que la abuela me mandara se los leería a ellos.

Ahora estaba aburrída. Chloe me había dicho que en cuanto los niños se durmieran podía hacer lo que quisiera. ¿Qué rayos podía hacer? ¿Una fiesta? No, estás loca si piensas en eso, Abby querida. Rose se había ido a dormir, al igual que los abuelos. ¡Diez de la noche y la casa estaba en silencio! Aburrído, muy aburrído.

Bien, siempre se puede hacer algo productivo. Tomé mi computadora y empecé a escribir, pero no en el blog en el que casualmente las visitas iban aumentando poco a poco, sino una rara historia que se me había ocurrido días antes. Algo narcisista para mi gusto, pero era la historia de mi vida: la mezcla de un diario y un libro.

Bien, sí. Estaba bastante aburrída. Pero, oye, ¿quién no quisiera saber de mi vida? Una chica común y corriente que tiene esa ligera afinidad por chocar con todo lo que se encuentra, que llegó por obra divina a una casa a cuidar a unos niños. Eso me recordaba mucho a una serie argentina que había visto en Italia, ahora que lo pienso.

Y claro, por chocar no hago excepción a nada, ni siquiera al chico que acabo de golpear.

—¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios! ¿Estás bien? —dije mirándolo en el piso.

¡Claro que está bien, Abs! ¡Le acabas de abofetear la cara y está bien! ¡Claro que sí!

—¿Quién eres tú? —preguntó algo aturdido por el golpe mientras yo lo ayudaba a levantarse.

Oh, vaya. Era lindo, mucho. Me llevaba al menos una cabeza de altura. Tenía el cabello despeinado, color azabache. Era alto, de ojos profundos y color café. Era

alto. ¿Mencioné que era alto? Porque la altura en las personas me intimida, y eso que yo soy alta.

—Soy... Abby, la... la niñera de Theo y Alai —concluí luego de balbucear la mayoría de las palabras.

¿Tiene alguien un recipiente? Él solo me miró y mostró una sonrisa socarrona. Oh, cómo detesto esas sonrisas.

—Así que tú eres Abril —sonrió mientras pasaba por la isla de camino al congelador. Yo alcé una ceja y lo seguí, dejando mi *laptop* sobre la mesa.

—Soy Abby, no me gusta que me llamen Abril —entrecerré los ojos. Él no me miró y siguió con su búsqueda de quién sabe qué.

—Tú debes de ser Nate, el hermano de Theo y Alai, ¿verdad? —pregunté apoyando los brazos sobre la isla. El chico sonrió de lado y abrió su botella de agua.

—¡Qué lista eres, Abril! —se aventuró a decir como si yo fuera una niña chiquita y empezó a tomar agua. Yo fruncí el ceño.

—Perdón, ¿tienes algo contra mí? Tu forma de hablar es bastante altanera —declaré cruzando los brazos. Él rio y se dispuso a caminar hacia las escaleras.

Esperen, ¿me está ignorando? ¡Claro que sí! Oh, no, conmigo no.

No sé cómo, ni por qué, pero de un momento a otro estaba frente a él impidiendo su paso a los escalones.

—Muévete, tonta —advirtió mostrando nuevamente su arrogante sonrisa.

¿En serio? ¿Puede alguien caerte mal con solo conocerlo dos minutos? Además, ¿tonta? ¡Solo faltaba que me sacara la lengua y se lo dijera a su mami! ¿Era acaso un niño metido en el cuerpo de un chico? Lindo, alto, de sonrisa... Alto, Abs.

—Oye, ¿no se te ocurrió algo mejor? Vuelve a tu vida de ermitaño, querido, porque te sienta mejor. Buenas noches —guiñé un ojo y caminé de nuevo a la cocina, donde había dejado mi *laptop*.

Amigos, ese es Nate Collins. Pero... ¿por qué se encierra? Digo, si yo fuera tan petulante como él, también me encerraría... Aunque hay una razón.

Y ahora debía saberla.

Pero ahora mismo solo necesito saber dónde encontrar un baño para Theo.

—¡Abby, necesito ir! —gritó Theo mientras saltaba en medio del parque. ¡Sabía que no había sido buena idea que tomara agua en el auto!

—¿En serio? ¿Justo ahora? —pregunté mientras movía a su hermana en el columpio para bebés. Él asintió, moviéndose desesperadamente.

—¡Ay, Theo! —bufé, cargando a Alai y tomando de la mano a Theo. ¿Y ahora qué? Había estado toda la mañana con los niños en parques y algunas ferias. ¡Chloe me había dado uno de los autos para que los llevase! ¡Sin más! Esa mujer debía confiar menos en la gente, digo. Yo era confiable, pero no todos lo son.

—Aguanta un poco más, Theo. Ya casi llegamos —dije caminando con él hacia una tienda de música donde yo había trabajado.

—¡Abby! —gritó Etienne, mi amigo francés, encargado del mostrador y exnovio

de mi hermana. Pero yo no la iba a mencionar.

—Etienne, me alegra verte. ¿Podrías dejar entrar a Theo al baño? —dicho esto, Etienne alzó una ceja y, antes de que alguien diga algo, Theo estaba dentro. Felizmente sabía ir al baño solo.

—Eh, yo creo que sí puede —rio saludándome con un abrazo.

—Perdón por entrar así, pero estábamos cerca y Theo no paraba de gritar que quería ir al baño —reí negando con la cabeza—. Te presento a Alai.

—Hola, nena —sonrió Etienne mientras jugaba con su nariz. Etienne era alto, no tanto como Nate, pero lo era. Este tenía el cabello castaño y los ojos azules, además de una figura bastante formada. Y no es que me quedaba viéndolo, solo que... Oh, vamos, ¡soy joven y tengo hormonas!

—¿Estás de niñera ahora? ¿Te aburriste de las tiendas y las cafeterías? —sonrió mostrando su perfecta dentadura.

—Algo así, fue todo de improviso. Me despidieron de Riot Coffee y de un momento a otro conseguí trabajo cuidando a estos enanos —sonreí viendo a Alai y besando su mejilla—. No puedo quejarme, me pagan bien, vivo ahí y solo debo pasar tiempo con ellos.

Theo salía del baño con satisfacción en el rostro.

—Ya no tengo ganas de hacer pipí —contó, parándose a mi lado—. El jabón del baño huele a goma de mascar.

Theo rio intentando alzar la mano para que me acercara a oler y, por supuesto, tuve que hacerlo.

—¿Quién es? ¿Es tu novio? Yo lo miré y alcé una ceja. ¿Cuál era la obsesión por emparejarme con chicos? La vez pasada se había referido a su hermano como «podrían ser amigos o novios». ¡Y solo tiene cuatro años!

—No, no es mi novio. Yo trabajaba aquí, somos amigos —reí, tomando su mano.

—De hecho, fui novio de su hermana —habló Etienne, arrodillándose para ponerse de su tamaño.

—¿Tienes hermana? —preguntó Theo asombrado. Yo sonreí y asentí.

—Sí, son i-gua-les, ¿sabes? O sea, son *gemes* —mencionó Etienne y yo rodé los ojos.

—O sea, no estamos aquí para hablar de mi hermanita —reí burlándome de la rara forma de hablar que mi querida hermana tenía.

Era irritante, pero no hablaré de Zoe.

—Como sea. Ha sido un gusto volver a verte, Etienne. Espero que nos veamos pronto —sonreí y lo besé en la mejilla.

—¡Eso espero! Tienes mi número, no dudes en llamarme —dijo, y agregó—: Adiós, campeón. Pórtate bien, ¿eh? —guiñando un ojo y despeinando a Theo. Él frunció el ceño.

Oh, oh. A Theo no le caía bien, porque se acomodó el cabello y tomó mi mano, halándome hacia la puerta.

—¡Nos vemos! —mencioné mientras salía junto a los niños.

Luego de eso caminamos hacia el auto para volver a casa.

—Mi hermano es mejor que ese Fank —Theo cruzó los brazos mientras se sentaba en el sofá de la sala principal.

—Es Etienne y... sobre eso, no lo sé.

—No conoces a mi hermano —dijo mirándome. Yo solo asentí.

Ya tuve el «gusto», enano.

—Claro, tienes razón. No podemos juzgar a alguien que no conocemos —murmuré y él sonrió.

Dramas y vampiros

Me había topado con Nate un par de veces más por la noche, y nadie lo sabía. Cada vez estaba más arrogante, más insoportable. Y más... Era guapo, totalmente.

Como dice la ley de la atracción: si piensas en algo, eso llegará.

—Hola, Abril. ¿Cómo estás? —preguntó él, a la vez que sacó una soda del congelador.

—Como si te importara, Collins —farfullé mientras escribía sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué pasa? ¿Te hice algo malo? —dijo estirando el labio inferior como si fuera un bebé a punto de estallar en llanto. Yo reí sin pizca de gracia y negué con la cabeza.

—¿Tienes suerte, eh, Collins? —sonreí mirándolo.

—¿Por qué, Abril? —sonrió apoyando el codo en la encimera y poniéndose muy cerca de mí.

—Porque nunca podrás morir de un derrame cerebral —sonreí ladeando la cabeza. Él se echó a reír.

—Oh, bien, bien. ¡Estamos graciosos! ¡Estás pensando, Chispita! ¿El hámster dentro de tu cabeza empezó a correr en su ruedita? —agudizó la voz, haciendo un movimiento como si sus dedos corrieran.

—¿Chispita? ¡Haz algo productivo y tírate a un pozo! —rodé los ojos y cerré mi *laptop*—. Ahora, si me disculpas, iré a ver a tus hermanos.

Fingí una sonrisa y caminé hacia la escalera. Como si fuera un *déjà vu*, tenía enfrente a Nate, quien me impedía el paso.

—Largo de aquí, estorbo —mi cabeza maquinó que tal vez empujándolo podría hacer algo. ¡Era mi culpa por ver tantas películas de acción! Mi fuerza, a comparación de la suya, no era nada. Lo único que provoqué fue que mi computadora casi cayera al piso, y mi dignidad junto a ella.

—¿Estás nerviosa, Abril? —rio acercándose más a mí. Yo lo miré y alcé una ceja tapándome la nariz.

—Uh, ¿Chloe te enseñó sobre higiene bucal o se te perdió el cepillo dental? —negué con la cabeza, riendo. Y él presionó los puños.

—Oh, bebé, ¿te hice enojar? —ladeé el labio, dejé la *laptop* sobre una mesa y me acomodé la camiseta para luego cruzar los brazos.

—¿Por qué no te vas, Abril? ¿Mis hermanos no te han molestado lo suficiente? —preguntó apoyándose cómodamente en una de las barandas de la escalera.

—Tus hermanos son unos niños preciosos. La verdad, no sé cómo pudiste ser hijo de Chloe y Kyle —negué con la cabeza, fijando la mirada en sus ojos para evitar ver sus brazos desnudos.

Pero la reacción de Nate Collins me desencajó totalmente.

—Cierto —dijo. Él solo asintió y subió a su habitación, enojado, pisoteando los escalones. ¿Qué rayos había sucedido?

Y claro que había sucedido algo, Nate ya no salía por las noches como se le estaba haciendo costumbre. De algún extraño y retorcido modo, extrañaba pelear con él.

¿Y a quién podía yo preguntarle si no hablaba con nadie? Aunque... siempre hay una solución.

—Ya te dije que estoy cocinando. Yo no hablo cuando cocino —dijo la dulce Rose mientras cortaba algunos tomates.

—Rose, ¡por favor! —salté sobre ella, abrazándola de lado, impidiendo que se moviera.

Llevaba varios días ahí, ya se había establecido la confianza para molestarla y bromear sobre todo tipo de cosas. Como había dicho antes, Rose es un ángel.

—¡Abril, eres necia! —reía mientras la liberaba del abrazo—. ¿Qué quieres saber?

—En primer lugar, ¿Nate siempre ha sido así de gruñón?

Y claro, uno cuestiona cómo es que esta loca hace preguntas tan personales, pero, vamos, también quieres saberlo.

—No, no siempre —respondió ella, tratando de alcanzar un recipiente. Yo blanqueé los ojos y se lo pasé.

—¿Y por qué crees que haya reaccionado así? —pregunté dudosa.

Ella sabía todo, mi punto de vista y el de Nate. Rose era la única persona en quien Nate confiaba. A veces me contaba algún secreto del gruñón.

—Abby, nena, hay cosas que prefiero callar. Su vida no ha sido tan fácil, ¿bien? Si quieres saber sobre él, tendrás que conocerlo.

—¿Y cómo lo hago? ¡Ni siquiera sale de su habitación! —me quejé mordiéndome el labio inferior (era una manía que había cogido hace meses y simplemente no podía dejar de hacerlo).

—Bueno... Podrías intentar llevarle el desayuno a su habitación, ofrecerle disculpas por lo ocurrido el otro día —sugirió batiendo los huevos y añadiendo algunas verduras.

—¿Qué? ¿Disculparme por qué? ¡No lo he ofendido! Bueno, no de un modo intencional. Hemos tenido pequeñas peleas. ¡Pero se divertía! —solté sonriendo y recordando las carcajadas que se pegaba viéndome enojada.

—Solo puedo decirte que Nate está encerrado en esa habitación desde hace un año. Tiene una promesa de silencio, y es por problemas familiares. Si le dijiste algo sobre sus padres, seguro está ofendido —afirmó dejando la tortilla sobre el plato y poniendo el desayuno sobre la bandeja.

—Oh... Y yo me burlé de ello —confirmé mientras Rose asentía y dejaba un vaso de jugo de naranja en la bandeja.

—Así que... ¿te animas? —preguntó Rose, señalando el desayuno de Gargamel personificado, la miré dudosa, pero finalmente asentí.

Sentía que estaba firmando mi sentencia de muerte, pero simplemente subía el desayuno a un crío. Tomé la bandeja en una sola mano para tocar la puerta un par de veces. ¿En qué me estaba metiendo? Esperé unos segundos más y entonces sucedió. Nate abrió la puerta con el ceño fruncido. Estaba en pijama.

—Ah... —balbuceé algo ininteligible y señalé la bandeja con la mirada. Él rio negando con la cabeza y cerró la puerta.

¡En mi cara! ¡Lo hizo! Yo no podía creer lo que había pasado. En cuanto reaccioné, me di la vuelta para alejarme de esa puerta. Murmuré cosas que los niños no debían oír.

—Oye, Black —llamó él, ahora con unos *jeans* y un *jersey* azul con rayas negras. Hizo una seña para que me acercara, y la obediente asintió y lo hizo.

¿Dónde quedó la dignidad, Abs? Oh, sí, en la escalera; o tal vez en la cafetería, junto a tu anterior jefe.

Caminé lentamente y pasé por el marco de la puerta. La habitación era un poco más grande que la mía. Había toda clase de cosas: videojuegos, un plasma gigante, un piano, dos guitarras, una gran repisa con una colección de CD y otra de libros, un *minifreezer* y dos puertas más que, al parecer, eran el baño y su armario. Pero a pesar de todo lo que tenía, estaba finamente ordenado. Eso solo podía ser obra de Rose.

—Guau —susurré mirando la habitación azul.

—Puedes dejarlo ahí —murmuró señalando una fina mesa de madera con forma de tablero de ajedrez. Yo solo asentí y la dejé donde indicó. Mi mirada se encontró con la suya. Me ruboricé y evité volver a verlo.

—¿Y bien? —preguntó como esperando a que me retirara.

—Yo... vengo a ofrecer disculpas —lo miré y su rostro cambió a uno de confusión.

—¿Tú? ¿Por qué? —preguntó sentándose en una silla con ruedas que estaba frente a su escritorio.

—Porque sí. Me equivoqué al hablar sobre tus padres —bajé la mirada, comiéndome todo el orgullo que sentía. Nunca me había pasado eso. Si tenía que disculparme lo hacía. Este chico, sin duda, está sacando mi lado maleducado.

—Bien —encogió los hombros y tomó el jugo de naranja que yo recientemente había dejado en la mesa.

—¿Bien? ¿Solo bien? —pregunté.

Me había hecho un ovillo pensando cómo pedir disculpas para... ¿eso?

—Sí, ¿qué esperabas? ¿Una carta de agradecimiento? —preguntó fingiendo confusión. Yo lo miré y bufé.

—¡Eres improbable, Nate Collins! —negué con la cabeza mientras él sonreía.

—Claro que no, pruébame —guiñó un ojo, correspondí rodando los ojos y saliendo de ahí.

No iba a discutir con un simio.

—Mañana tienes el día libre, Abby. Kyle y yo llevaremos a Theo, Alai y mis papás a la fiesta de graduación de mi sobrina Johanna —anunció Chloe mientras caminaba a la escalera—. ¡Buenas noches, cariño!

—Buenas noches, Chloe —contesté sonriendo mientras escribía en mi diario virtual. Había decidido escribir bajo el alias de Sky xx, al igual que en el blog.

—¿Qué escribes, Abril? —preguntó Nate, haciéndome pegar un brinco mientras cerraba mi *laptop*. Giré a verlo. Ojalá no lo hubiera hecho: quedé a centímetros del chico de ojos café que me miraban socarronamente.

—Nada que te incluya, Collins —farfullé, a la vez que me daba la vuelta para evitar verlo a la cara.

—¿Segura? —y de pronto sentí que la silla giratoria daba de nuevo a donde estaba él. Ahora lo tenía más cerca, ya que apoyaba sus manos en el respaldar.

—Completamente —me contuve erguida y sosteniendo la mirada.

¡Para que vea que no me intimida, señor gruñón!

—Ahora, largo de aquí —moví uno de sus brazos para darme paso y caminar con la *laptop* hacia la escalera.

—Buenas noches, Abby —dijo con cierto tono inocente que me incitaba a golpearle la cara. Yo hice una seña con los dedos, en forma de despedida, y subí a mi habitación.

Mañana sería un buen día de descanso. Podría usarlo para dormir hasta tarde.

Inserte día de diversión junto a Abby Black aquí.

Me había quedado dormida dos minutos después de acostarme. Debo admitirlo, tengo el sueño pesado. El día estaba muy claro, así que no logré acostumbrarme a la luz y decidí no volver a abrir los ojos. Me acurruqué en el suave torso que abrazaba y sonreí.

¡Y luego abrí los ojos en grande!

¿Qué?

Tenía una mano rodeando desde abajo mi cintura y la otra sobre mi cadera. Alcé la cabeza y encontré a nada más y nada menos que a Nate Collins durmiendo en mi cama. Su boca estaba entreabierta y se le veía tan... tranquilo. Ojalá durmiera más tiempo, sería un sueño hecho realidad.

Ahora... ¿qué rayos hace este chico en MI cama?

¿Qué hago? ¿Lo despierto? ¿Lo boto de mi cama? ¿Le pateo? ¿Le pego? ¡Eran tantas buenas opciones y no podía elegir una!

Él murmuró algo. Lo único que hice fue cerrar los ojos, fingiendo que aún dormía. Sentí que sonrió y me acarició la mejilla suavemente. Mi piel se erizó al sentir su mano helada.

Pero él solo me cubrió con la manta y me abrazó más fuerte. Me acercó (más) a él.

Finalmente, sentí sus labios resecaos en mi mejilla. Dios, si no lo viera pensaría que estaba muerto o tal vez que era un vampiro.

Abril ha empezado a desvariar de nuevo. ¡Genial!

Pero luego sus labios fueron acercándose mediante pequeños besos que forjaban el camino a los míos.

No.

¡No!... ¡¡No!!

4

¡No!

¡Por el amor de Dios! Abby, ¡di algo!

Y no fue así.

Pero él tampoco lo hizo. Solo besó mi mejilla y lentamente se levantó de la cama. Sin hacer ruido se acercó a la puerta, la abrió y se deslizó con extrema delicadeza.

De la que nos salvamos, ¿eh?, Abs.

¿Por qué diantres no dije nada? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por q...?

—Sé que estás despierta. Nunca haría nada sin tu consentimiento. Buen día, Abby —interrumpió mis estúpidos pensamientos, para luego volver a cerrar la puerta.

¿Estaba despierto?

Oh.

«Explícame con razones coherentes el porqué de tu huida de la residencia Collins, Abs. ¿Es acaso que huyes de Nate?».

—¡Claro que no! —me contesté en voz alta.

Eran los días normales en los que peleaba con mis pensamientos.

«Pues parece», habló nuevamente esa vocecilla chillona que empezaba a molestarme. Pero, vamos, era yo misma.

—¿De qué lado vas, eh, voz? ¡Somos una! —me contesté mientras caminaba con rumbo fijo a ningún lugar.

«Del lado contrario al que vayas tú, Abs. Ese siempre es el correcto», contestó mi maleducada voz haciéndome fruncir el ceño.

Ya estaba acostumbrada, hablaba —y a veces peleaba— conmigo misma. Y no era precisamente algo de lo que me avergonzara. O tal vez sí, pero qué más da.

Caminaba vagamente por las calles de Counterville cuando se me ocurrió sacar el teléfono y llamar a mi preocupada, cariñosa y melosa madre. Habían pasado un par de semanas y no habíamos tenido comunicación. Eso era bastante raro.

—Topi, ¿eres tú? —preguntó mi madre, con su característica voz agitada. Ella siempre estaba haciendo cosas; simplemente no podía estar quieta.

—Hola, ma. ¿Cómo estás? —pregunté mientras me sentaba en una de las tantas mesas vacías de una cafetería; luego de haber hecho mi pedido, claro.

—Muy bien, Topi, ¿y tú? ¿Ya estás completamente instalada? ¿Cómo te va con el trabajo? ¿Los niños son muy inquietos? ¿Los jefes te tratan bien? ¿Me extrañas? —soltó una risilla luego de hacer tantas preguntas sin respirar. Definitivamente, al lado de mi madre, Chloe era muy tranquila.

—Instalada, sí. Me va bastante bien y los niños son muy lindos. Me están tratando muy bien, los jefes son geniales. Te extraño mucho —contesté a cada una de sus preguntas a pesar de que ya lo había hecho semanas antes.

—Me alegra, Topi. La *nonna* te manda saludos justo ahora y dice que espera una visita pronto.

—Dile a la *nonna* que también la saludo y que intentaré ir pronto a casa.

—Topi, de hecho, iba a llamarte hoy...

Oh, no, mi mamá estaba usando «el tono problema». Mis hermanos y yo habíamos acordado llamar así al prevenir frases como:

«Topi... tu hámster-perro-gato se escapó».

«Topi... tu papá no quiere que viajes a Australia».

«Topi, tu hermana vivirá contigo».

«Topi, no puedes sacar una licencia para conducir tu motocicleta».

Y así era siempre. Aunque, pensándolo bien, no era lógico que todas las mascotas escaparan de casa, ¿no?

—Suéltalo ya, ma —reí tratando de sonar casual.

—Dejaremos Italia; nos vamos a vivir a Counterville.

¡¿Qué?!

—¿Por qué? Digo, no quiero sonar grosera, ¿pero por qué?

—Porque te queremos cerca, Topi. Y es lo más cerca que podemos estar, ya que no quieres volver a cas...

—No, no quiero. Y menos si ese niño sigue viviendo con ustedes.

—Abril, es tu hermano mayor. No puedes hablar así de...

—Él no es mi hermano. No lo reconozco, no es él.

—Abril Rizzo, ¿qué ocurre contigo? No voy a discutir por teléfono. Dentro de poco nos mudaremos para allá. Tu hermana también vivirá con nosotros. Así que serás buena hija y buena hermana. Todos los últimos sábados del mes haremos una reunión familiar, como siempre, y estarás ahí. No oiré un «no» por respuesta y sabes que iré a buscarte. Zoe está ansiosa por ver a su hermana y tú también deberías estarlo.

—Oh, sí, superemocionada —dije en un tono fingido de emoción—. Estaré ahí en cuanto estén aquí, mamá —arrastré las palabras sabiendo que no ganaría esa batalla de autoridad.

No podía poner una coma donde la *mamma* había puesto un punto final; era un

hecho.

Fui una tonta. ¿Para qué llamar a mamá? ¡En un minuto había conseguido traer a mi familia—incluyendo a la insoportable de Zoe— de Italia e incluso ser invitada a una reunión! ¡¡Genial!!

—Abby, ¿qué haces por aquí? —sonrió aquel tipo y se sentó frente a mí.

—¿Qué haces tú aquí?

—Te vi en el estacionamiento y decidí seguirte —sonrió entrelazando los dedos y apoyando el mentón ahí.

—Largo de aquí. No quiero hablar contigo, Thomas —hablé enfurecida mientras me levantaba y caminaba con mi café hacia la salida.

Thomas no era precisamente a quien quería ver luego de una discusión con mi madre.

—Hey, ¿no vas a preguntar por qué estoy aquí? —preguntó sonriendo mientras me seguía.

—Ya te digo que no. Seguro mi hermana te dejó y vienes a molestar, ya que está en Italia y mi padre te prohibió entrar a casa —dije aún mientras caminaba y él me seguía. Aceleré el paso y me detuvo agarrándome la muñeca derecha.

—Suéltame.

—Acertaste, pero no del todo. Digamos que tu hermana se aburrió de mí. Pero, vamos, ¿no quieres revivir nuestros buenos momentos? —sonrió alzando las cejas de arriba abajo rápidamente. Yo me solté.

—Eres un asco, Thomas. No te me acerques. Y me alegra que Zoe haya recapacitado. No entiendo cómo pudo estar tanto tiempo contigo —blanqueé los ojos y volví a caminar.

—¡Por lo mismo que tú estuviste conmigo, cariño! —sonrió altaneramente mientras yo presionaba el puño derecho y seguía mi camino.

«No lo verás de nuevo», repetía en mi mente para mentalizarme y no propinarle una buena bofetada.

«Si te he visto no me acuerdo. Si te he visto no me acuerdo».

Tomé un taxi y regresé a «casa». Si iba caminando correría el riesgo de que Thomas me siguiera y nadie quería eso.

Pero, vamos, el destino me quería enojada. Pasé de Thomas a Nate y el día mejoraba.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Nate, sonriendo, dejando de lado la televisión para molestarme a gusto.

—Métete el control remoto donde te quepa, ¿bien? No tengo ganas de discutir, Collins.

Dicho esto, y con una sonrisa triunfante, subí las escaleras y me dirigí a mi habitación.

¡Día libre nada! Me lo pasé viendo una maratón de *Frens* y esperando a que llegaran Theo y Alai para que, por lo menos así, tuviera con quién distraerme.

Pero cuando estaba en un momento de suma importancia en la serie, oí a Rose gritar mi nombre.

Salí corriendo y lo único que hizo fue señalar la puerta de Nate para que fuera mientras ella buscaba algo en su habitación. Caminé a regañadientes y, cuando abrí la puerta, me alarmé.

—Ay, no.

Sabía que Nate sufría de asma, así que supuse que Rose buscaba el inhalador. Mi hermano había tenido asma. Pero, vamos, ¡ahora hablamos de un chico de veinte años, no de un niño de diez!

—Nate, escúchame —dije sentándome frente a él en la cama—. Yo sé que es difícil, pero no imposible. No te agites y trata de respirar despacio.

Él tomó mi mano y trató de respirar sin éxito. Negué con la cabeza y giré su cara hacia mí.

—Escúchame, Nate. Presta atención: inhala y exhala despacio, tranquilo. ¿Bien? Vamos.

Él empezó a respirar con menos desesperación que antes.

—Eso es, de nuevo.

Volvió a tomar aire. Rose llegó y me entregó el inhalador. Entonces se lo puse en la boca e inhaló conteniendo el aire por treinta segundos para luego volver a respirar con más calma. Acaricé su espalda formando círculos con la yema de los dedos, al tiempo que su respiración se regulaba. Rose me sonreía.

—Gracias, Abs —dijo él. Yo negué con la cabeza.

—No me agradezcas y no hables... Solo respira.

En cuanto empezó a respirar bien, le dije que se acostara en su cama. Trató de agradecerme de nuevo, pero me volví a negar y me fui de la habitación para volver a la maratón de *Frens*.

Minutos después fui interrumpida por Rose.

—¿Siempre le pasa? —pregunté mirando la pantalla del televisor. Ella negó en silencio.

—No siempre, casi nunca. Ya casi está recuperado. Ha hecho natación por años.

—Mi hermano tenía asma —dije ladeando el labio y ella asintió.

—Lo imaginé, manejaste muy bien la situación.

—Gracias, Rose —la miré y sonreí de lado.

—¿Puedo preguntarte algo? Cuando llegaste estabas enojada por algo. ¿Fue por Nate?

Alcé una ceja, confundida, y luego negué con la cabeza.

—¿Recuerdas que te hablé de mi hermana Zoe y su estúpido novio? Hoy me lo encontré en una cafetería e intentó hablarme. Él fue mi novio. Me engañó con mi hermana durante dos meses mientras estuvo conmigo.

—¿Y tu hermana...?

—Mi hermana no sabía nada. Ella vivía con mis abuelos. Y nunca le dije nada —jugué con los dedos, cabizbaja, hasta que Rose suspiró.

—Tienes un gran corazón —comentó, y yo reí negando.

—Tener un buen corazón solo te daña. A veces no debemos dejar que se

aprovechen. Pero es mi hermana, y aunque sea lo más melodramática y tonta del planeta, la protegeré siempre —encogí los hombros y Rose asintió—. Aunque tal vez no fue la mejor decisión dejarla con él... —me tapé la cara y bufé—. ¿Qué hice?

—Sería bueno que hablastes con ella.

—Sí, lo sé...

—Y si no estás haciendo nada, deberías ir un rato con Nate. Yo creo que ustedes se llevarían muy bien si dejaran de pelear un poco —me guiñó un ojo y salió de la habitación.

Ni loca me acercaría para socializar con Nate.

Dos semanas después de la crisis asmática de Nate, nadie había comentado nada. Las únicas que sabíamos acerca del tema éramos Rose y yo.

Theo estaba bastante —más— hiperactivo, ya que su cumpleaños se acercaba. Por lo tanto, Alai también lo estaba. Era gracioso verla imitar a su hermanito mayor.

—Cinco, cinco años. Cinco, cinco años —cantaba Theo mientras yo le aplicaba champú y él jugaba con sus muñecos en la tina. Sonreí y le eché agua para enjuagar su cabello.

—¿Sabes? —yo solo alcé las cejas esperando a que hablara—: Tengo un deseo de cumpleaños.

—Ah, ¿sí? —sonreí exageradamente mientras él asentía.

—Sí, y es tener a toda mi familia reunida, aunque sea por mi cumpleaños —encogió los hombros. Yo solo asentí. Sabía que se refería a Nate.

—¿Sabes una cosa? Voy a cumplir tu deseo.

Theo me miró con los ojos bien abiertos, como si hubiera dicho la mejor cosa del universo.

—¿En serio, Abby? Pero... ¿hablarás con mi hermano? ¿Lo convencerás?

—Mira, enano, nadie le dice que no a Abril Black —le guiñé un ojo.

—No. Eso es un no rotundo. No y no. Estás loca —negó Nate con la cabeza, horas después, a la vez que presionaba botones en su mando del videojuego.

¡Testarudo!

—¡Pero dije, por favor, Collins! ¡Es tu hermanito! ¿Nate? ¡Nate! ¡Te estoy hablando! —alcé la voz poniéndome frente a él.

—Lo sé, nena, te estoy ignorando —dijo él. Yo ignoré totalmente el hecho de que me hubiera llamado «nena» y le quité el mando del juego.

—Por favor, Nate. Es de suma importancia... Le prometí a Theo que te convencería; si no fuera por él, prometo que no estaría aquí. Ni siquiera sé cómo es que me tragué el orgullo para estar frente a ti rogando. ¡Por favor! —lo removí de los hombros captando su atención por primera vez desde que entré.

—¿Vas a seguir molestando como un mosquito hasta que te diga lo que quieres oír?

—No, porque sé que aceptarás. Donde pongo el ojo va la bala. Condenadamente sé que lo vas a hacer.

Él me dedicó una de sus sonrisitas, haciéndome sonreír también. Luego cambió el tono.

—No, ya dije que no —volvió a sonreír y se dirigió a su cama. Se acostó bocabajo. Yo negué con la cabeza y me lancé sobre él.

—¡Nathaniel Collins! ¡No seas así! Deja de lado tu orgullo y cumple el deseo de tu hermano menor, él solo quiere ver a su familia unida por un día. Quiere verte a ti. ¿Sabes? Casi no te conoce, te ve solo cuando le permites entrar unos minutos. ¿Crees que es sano para un niño de casi cinco y una niña de casi tres? ¡Por supuesto que no! ¡Y es terriblemente injusto! Por favor, hazle ese favor a tu familia. Pasen un lindo día juntos —puse mi mejor cara de perrito triste, sacando el labio inferior. Me lo permitía, contando el hecho de que estaba sobre él, imponiendo todo mi peso. Quería que se aburriera y aceptara. Fácilmente se levantó y me hizo caer de costado; luego, fui atrapada por sus brazos. Me sujetaban por cada lado de mi cabeza.

Knock, knock. Cerebro, ¿estás ahí? ¡Despierta, Abril!

—Aceptaré con un par de condiciones.

—Dime cuáles, niño rico —asentí dándole paso para hablar.

—Número uno: que tú estés conmigo en la fiesta, en caso de que pase algo...

¿Qué podría pasar en una fiesta infantil junto a su familia? De todos modos asentí.

—Lo segundo te lo diré luego de la fiesta.

—¿Qué me va a garantizar que no sea una renuncia, por ejemplo? —fruncí el ceño y él rio.

—La idea es tentativa, pero no será así. Mi familia, sobre todo mis hermanos, te han tomado cariño, y aprecio eso. En especial por Theo, que no es precisamente el niño más tranquilo.

Yo reí y asentí.

—Es un poco hiperactivo, pero no es para tanto. Ahora, Collins, preferiría que alejaras tus brazos de mí para poder pararme o empezaré a creer que te gusto.

Él rio y me dio espacio para levantarme.

—Entonces, ¿es un trato? —estiré la mano. Él sonrió y la estrechó para luego halarme y plantar un pequeño beso en mis labios. Yo lo miré, y casi con la vista

desorbitada por tal barbaridad.

¿Q-qué rayos?

—Buenas noches, Abs —guiñó un ojo y prácticamente me empujó fuera de su habitación.

Este chico me iba a sacar canas verdes. Y si volvía a hacer eso, su descendencia estaría en juego. Me compadezco de su futura esposa.

—¡Abby, por favor! ¡Solo quiero saber qué te dijo mi hermano!

—No, enano; trae el balón —me tapé el rostro esperando a que lo hiciera.

—¡Pero mi cumpleaños es mañana! —se quejó, poniéndose en cuclillas para dejar el balón frente a mí.

—Es que tu hermano es muy necio y él... no lo sé. No sé si pueda cumplir la promesa.

—¡Pero lo prometiste! —lloriqueó cruzándose de brazos mientras se sentaba en el piso.

—¿Me estás haciendo un berrinche? No puedo creerlo. ¡A bañarse! —señalé la puerta, a la vez que lo tomaba de los brazos y lo cargaba como un pequeño saco de papas. Él empezó a reír.

Luego de bañarlo a él y luego a su hermana, los llevé a la habitación y terminé de leerles el libro del pequeño ratoncito.

—Buenas noches —susurré a los pequeños que dormían pacíficamente. Me di la vuelta y me encontré con Nate, quien sonreía con los brazos cruzados. Suspiré luego de un grito ahogado.

—¿Qué quieres?

—Eh, sí. No nos hemos visto en dos días... Hola, ¿no? —sonrió ladeando un poco la cabeza, y yo rodé los ojos.

—Hola... ¿Qué quieres?

Él agitó la mano con desdén.

—Nos vemos mañana en la fiesta de Theo, supongo —se encogió de hombros y caminó a su habitación.

—¡Nada que supongo! ¡Vas a estar porque sí! —gruñí empujándolo hasta su habitación.

—Sí, no lo sé —rio guiñando un ojo.

—*Porca miseria! Ho avuto tanta pazienza ma adesso mi sono scocciata!!* —le grité y él me miró sorprendido.

—¿Eso es italiano? —alzó una ceja y yo me golpeé la cabeza con la mano.

—*Ma quanto sei imbecille* —reí negando con la cabeza y le palmeé el hombro—. Buenas noches, Nate. Nos vemos mañana.

Caminé triunfante a mi habitación. Años atrás había tomado la costumbre de gritar a las personas en otro idioma, pero solo cuando estaba enojada. Vaya que funcionaba.

—¡Abby! —gritaba Theo constantemente afuera de mi habitación. Era tanto el escándalo que logró hacerme levantar. Caminé despeinada y tallándome los ojos

hasta la puerta. Lo recibí con un gran bostezo.

—¡Adivina qué día es hoy! —gritó emocionado, sacándome completamente del sueño. Abrí bien los ojos y me concentré.

—¡Feliz cumpleaños, enano! —sonreí emocionada, cargándolo y dando vueltas por el aire—. Deja que me vista y te serviré el desayuno, ¿sí?

—Dice mami que luego iremos a mi fiesta, así que debes estar lista.

Reí al notar su seriedad en el asunto. Chloe había organizado una fiesta en un club, con juegos inflables. Esa mujer estaba loca por sus hijos, eso seguro.

Los amigos de Theo estaban invitados, incluso su novia Becky.

Un par de horas después bajé a avisar que iría luego, dejando a Theo bastante inquieto. Él pensaba que no había convencido a su hermano, así que esto era una sorpresa para —casi— todos. Chloe se había enterado y estaba tan emocionada que me había dado las gracias muchas veces, ya que por mí «su bebé había salido de la cueva». Yo no entendía nada, así que asentía y sonreía.

Cuando la casa estuvo totalmente vacía, subí a buscar al señor gruñón. Toqué la puerta un par de veces y no respondía. Bufé negando con la cabeza y abrí la puerta de todos modos.

Me encontré con un Nate dormido. Uno de sus brazos colgaba del borde de la cama y el otro abrazaba su almohada cómodamente. Tenía una pierna estirada y la otra sobresalía de su cama. Su boca estaba entreabierta, pero aún se le veía tranquilo, como aquella vez que durmió sin permiso en mi habitación.

¡Fuera de mi mente!

—Nate, despierta ya —dije moviéndole el brazo derecho, que era el más cercano—. ¡¿Hasta qué hora voy a esperar, Collins?! ¡Levántate ahora mismo o me desgracio! —pegué un grito y abrió los ojos de golpe. En cuanto me vio, suspiró y se rio.

—Buenos días, Abs.

—Levántate, dúchate, cámbiate. Te prepararé el desayuno y bajarás en menos de diez minutos. No quiero llegar tarde y es una hora de camino —lo miré mientras sonreía y se quedaba mirando a un punto fijo en el piso. Yo bufé.

—¡¡Empieza ya, Nate!! —hablé un poco más fuerte, haciendo que se levantara.

Entonces bajé a la cocina, dispuesta a preparar el desayuno. Ya había ayudado a Rose varias veces; por tanto, sabía perfectamente lo que le gustaba: jugo de naranja, café, cereal de chocolate y *omelette* de tomate y cebolla. El chico era exquisito, sí.

Cuando terminé de preparar todo, noté que habían pasado ocho minutos. Él ya bajaba por las escaleras.

—Ahora sí. Buen día, Abs —sonrió de lado y yo rodé los ojos.

—Buenos días. Termina rápido el desayuno, que vamos a llegar tarde. Debo manejar y, encima de todo, estar contigo durante la fiesta. Supongo que también debo traerte... Creo que hará frío en la noche, mejor busca un *jersey* y... ¿qué? Oh —me golpeé la cara—, ¡estoy sonando como mi madre!

Me quejé haciendo que Nate se riera mientras comía el cereal. Yo lo miré e hice algo que no pensé hacer antes: reí con —y no de— él.

Cumpleaños y pelirrojos

—No quiero música —se quejó Nate y apagó la radio que había empezado a emitir una muy buena canción.

Gruñí y volví a encenderla, al tiempo que le dediqué una fúnebre mirada. Él solo reaccionó riendo y alzando las manos en forma de paz.

—Pues yo sí —hablé y tararé haciendo el tonto. Fingí una horrible voz mientras Nate se tapaba los oídos y yo reía.

—Qué bien cantas, Abs —negó con la cabeza. Yo rodé los ojos y giré a la derecha para llenar el tanque de gasolina.

—Lo sé, debería presentarme a *Untalented*; seguro que gano un Jammy —reí saliendo del auto.

En cuanto llené el tanque, entré al auto y me llevé una grata sorpresa: Nate había cambiado de estación y ahora oía (y cantaba) con fervor una canción antigua. Me senté con una ceja alzada y manejé en silencio. El chico se había callado, pero dejó la canción.

—No cantas mal, ¿sabes? —me encogí de hombros y seguí conduciendo.

¿Nate Collins sonrojado? Algo que no se veía todos los días. Aunque, siendo claros, a Nate Collins no lo veía a diario.

—No quites los ojos del camino —comentó cuando giré a verlo.

Para llegar al club, manejé saliendo un poco de la ciudad. Los comentarios por parte de mi compañero de viaje eran: «¿A dónde me llevas?», «¿me vas a secuestrar?» y «¡estamos saliendo de la ciudad!». Todo esto solo me hacía pensar en sacarlo del auto a patadas.

—Llegamos —salí del auto y silbé al ver el lugar.

Como había dicho: juegos inflables. En una esquina estaba Kyle junto a la barbacoa. Chloe iba de un lado a otro socializando con los invitados (los padres). Theo y Alai jugaban por ahí con sus amigos, y los abuelos comían cerca de Rose y Kyle. También había muchas personas parecidas, así que supuse que eran de la familia.

—No puedo entrar —susurró Nate, retrocediendo y chocando la espalda con el auto. Yo giré a verlo y caminé hacia él.

—¿Por qué? Ya estamos aquí, tú...

—No lo entiendes, Abby. Tú no sabes la historia completa y yo no sé cómo...

—Tienes razón, no sé la historia completa. Pero tú no vienes aquí a enfrentar a tu familia, vienes a saludar a Theo. Tus hermanos estarán muy felices de verte. Hazlo por ellos, ¿sí? —estiré la mano tratando de darle confianza.

Él dudó unos segundos y luego suspiró tomando mi mano.

—Promete que no te alejarás de mí —fruncí el entrecejo—. Hum, en la fiesta, digo.

Yo asentí, algo confundida.

Realmente no sabía cómo iba a funcionar, pero no podía dejar de pensar que mi mano sostenía la del insoportable chico que vivía en la habitación de al lado.

Cuando dimos un paso hacia dentro, su mano nerviosa sujetó más fuerte la mía.

Chloe se tapó la boca, sonrió con emoción mientras corría hacia nosotros y lo abrazó con fuerza: —Me alegra mucho que hayas salido, bebé. ¡Es increíble!

Nate no soltaba mi mano. Con cuidado, hice que la mano que me sujetaba tocara la espalda de su madre y, por último, la abrazara.

—Sé que no hablarás y lo respeto, pero me llena de emoción verte aquí. Te amo, mi niño —sonrió tomando el rostro de su hijo y plasmando un sonoro beso en su frente para luego soltarlo y abrazarme a mí. Yo miré a Nate, confundida, y él encogió los hombros.

—Y también gracias a ti, Abby. Ya te lo había dicho, pero de todos modos gracias. Llegaste a casa en el momento justo y empiezo a pensar que eres algún tipo de ángel —sonrió y me besó en la mejilla—. No les quito más tiempo, Theo y Alai están en la piscina de pelotas de colores.

—¿Por qué dijo que sabía que no hablarías? —pregunté mirándolo, y él encogió los hombros de nuevo.

—Es parte de esa larga historia —contestó escondiéndose tras la pared que había cerca de la piscina para cumplir lo planeado.

Llamé a Theo y Alai. Theo llegó sujetando de la mano a su hermanita.

—¡Abby, viniste! —dijo Theo, abrazándome. Yo asentí y le enseñé su regalo.

—Este regalo va para la caja. Lo abrirás después. Pero hay un regalo que sí puedes ver ahora.

—¿Perrito? —habló Alai, con los ojos bien abiertos, en espera de una respuesta afirmativa. Yo negué con la cabeza mientras reía.

—Creo que es un poco más grande que un perrito. ¡Collins, sal ya! —grité haciendo que Nate saliera. Ambos niños se quedaron asombrados.

—Hola, enanos —sonrió Nate, poniéndose en cuclillas. No duró mucho, ya que ambos niños corrieron a abrazarlo. Entonces Theo empezó a llorar, y Alai, al ver a su hermanito, también hizo lo mismo.

Yo cargué a la nena y la abracé, para darle un poco de espacio a Nate con su hermano. Theo lo abrazó fuertemente y Nate se levantó aún con él en brazos.

—¡Nai! —lloraba Alai mirando a su hermano mayor. Yo sonreí y besé su frente, pero ella se había olvidado de mi existencia y batallaba para soltarse. Nate la cargó con la otra mano. Y eso era todo, señores.

Esa imagen de él cargando a sus hermanos, y con esa mirada de ternura que no solía caracterizarle, estaba por convencerme de que ese chico no era Nathaniel Collins.

Pero sí, y podía abrazarlo justo ahora.

Aunque no lo hice, obviamente.

—Abby siempre nos cuenta historias. ¡Ha subido a un globo volador! —dijo Theo.

—Aerostático —le corrigió Nate, sentado en el pasto junto a ambos niños en sus piernas. Yo sonreí.

—Déjalo, es un globo volador al fin y al cabo —encogí los hombros.

—¡Y también saltó en paracaídas! Prometió que nos llevaría al parque de diversiones la próxima semana, ¿quieres venir con nosotros? —le preguntó Theo emocionado. Entonces Nate quitó un poco la sonrisa y ladeó el labio. Iba a decir algo, pero le interrumpí.

—Theo, ya hablaremos de eso luego, ¿bien? Tu hermano ha salido de su cueva para pasar un día con ustedes. Imagina si luego se le hace costumbre —me tapé la boca, horrorizada, y los pequeños se echaron a reír mientras Nate entrecerraba los ojos.

—Tal vez sea así y nos veamos más tiempo, Abs —sonrió burlándose. Yo le saqué la lengua.

—Infantil.

—Tonto.

—Loca.

—Gruñón.

—Mandona.

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—No.

—No.

—Gracias.

—¡Oye! Se suponía que tenías que caer —frunció el ceño esperando que yo hubiera caído en su tonto juego de palabras. Entonces giré a ver a los niños. Nos miraban atentamente con sonrisas cómplices.

—¿Ustedes son novios? —preguntó Theo, a lo que respondí con una larga y sonora carcajada.

—Ni aunque esa fuera mi única forma de estar viva. Los quiero, enanos, pero su hermano es muy gruñón y pesado para mi gusto.

—Niños, ¡la comida ya está lista! —habló Kyle, de lejos. Yo le saludé con la mano, sonriente. Al vernos, él se acercó confundido.

—Nathan —murmuró. Entonces Nate se paró frente a su padre, de golpe, después de que sus hermanos salieran corriendo hacia la mesa.

—Hola, Kyle —saludé algo confundida al verlos—. Hum, yo... Puedo irme, si

quieren...

Di un par de pasos, pero Nate me detuvo entrelazando mis dedos con los suyos. Entonces recordé haberle prometido no alejarme. ¿Acaso el problema era con Kyle?

—Hola, Abby —sonrió, por fin, notando mi existencia y saludó enérgicamente, como siempre—. Perdona por no saludar antes, pero me sorprende ver a Nathan aquí.

Sonrió de lado viendo a su hijo.

—Ha sido un gusto volver a verte, chico —palmeó su hombro y con una sonrisa volvió a su trabajo de cocina.

¿Pero qué rayos? ¡Qué familia más rara! Y yo pensaba que la de la familia rara era yo. Sin duda, los Collins estaban llenos de secretos, misterios y, al parecer, rencores.

Es decir, antes que nada, mi familia no me permitiría vivir encerrada en mi habitación. Y si no me vieran durante un tiempo, lo mínimo que harían sería celebrar verme, tan escandalosos como ellos mismos.

«Ha sido un gusto volver a verte, chico» sonó a dos desconocidos viéndose por segunda vez.

—¿Todo bien? —pregunté luego de unos minutos de estar parados. Estábamos igual a cuando estuvo su padre frente a nosotros, con la diferencia de que Nate ya no sujetaba mi mano.

—Sí, yo creo. No ha sido tan malo como lo imaginé.

—Bien —asentí.

Entonces, un par de chicos de tamaño similar a Nate llegaron corriendo y haciendo escándalo. Tal vez un poco menos ruidosos que mi familia.

—¡Viejo, eres tú!

—¡Claro que es él, hermano! ¡Nuestro pequeño primo está aquí! —gritaban ellos mientras lo abrazaban casi tan fuerte como Chloe.

—Hola, amiga. ¿Eres su novia? —preguntó el pelirrojo. Entonces me golpeé la frente.

—¿Por qué todos piensan lo mismo? No, no somos novios —reí negando con la cabeza—. Soy Abby, niñera de Theo y Alai. Y supongo que ustedes son Mark y Tyler, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —respondió el otro pelirrojo—. ¿Cómo lo sabes? Seguro nuestro primo te ha hablado de nosotros. Aunque, considerando que no habla, seguro ha sido Theo. ¿Verdad que soy su primo favorito? —preguntó sin respirar. Yo reí y negué con la cabeza.

—Tienen sus nombres ahí —señalé sus camisetas de baloncesto.

—Oh, eso explica mucho —asintió el más alto.

—Pero Theo me ha hablado de ustedes: se refirió a Mark como «el hablador» y a ti como «el gracioso».

—Lo sabía, mis chistes son los mejores del mundo —sonrió, orgulloso, mirando al horizonte. Entonces Nate rodó los ojos riendo. Su risa se oyó fuertemente y los

tres giramos a verle.

—¿Qué? Dejen de mirarme como un bicho raro —se quejó mirando a sus primos.

—Es que eso eres, querido Nate —guiñé un ojo y sus primos se echaron a reír.

—Alto ahí. Hablando en serio, ¿hablas? —preguntó Tyler, fingiendo sorpresa.

—No me vengas con cosas, Ty. Abs sabe que hablo. No tienes que fingir.

—¿Estás diciendo que Abby socializa contigo y no se ha ido corriendo al conocerte? —preguntó Mark, fingiendo también sorpresa—. Digo, te quiero, pero a veces eres un poco insoportable y quisquilloso.

Entonces fui yo quien empezó a reír.

—Vaya, vaya. Al parecer no soy la única que piensa esto. Ustedes, primos pelirrojos, empiezan a caerme bien. Además, no puedo irme, porque me pagan por eso —bromeé y ellos soltaron una carcajada.

—Hey, no vale unirse en mi contra —dijo Nate, frunciendo el ceño.

—Tarde, primo, tu novia nos cae bien. ¿Verdad, Ty? —Mark rodeó mi hombro.

—Por supuesto, Mark —el gemelo rodeó mi otro hombro.

—No soy su novia.

—Pues deberían. Seguro fuiste tú quien lo convenció de venir.

—Eso no tiene nada que ver.

—Claro que sí. Nate no habla con chicas. Incluso estábamos empezando a creer que era gay.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Nate, halándome para soltarme del abrazo de sus primos.

—A que Abs ha logrado lo que ni siquiera nosotros pudimos hacer.

—Yo no tengo nada que ver —me defendí cruzando los brazos.

—Tienes mucho que ver, Abby —comentó Mark.

—Nate no habla con chicas desde...

Nate tosió interrumpiendo la declaración de Tyler.

—Suficiente información. Primos, suficiente por hoy.

—Oh, ¿qué tanto sabe Abs? —preguntó Tyler.

—No mucho. Y están metiendo la pata porque es terca, mandona, bastante necia y voy a terminar contando cosas que ni siquiera quería decir.

Entonces inflé las mejillas mientras fruncía el ceño.

—¡Me acabas de llamar chismosa!

—Claro que no —me miró Nate.

—Pero lo insinuaste —ayudó Tyler, y yo asentí.

—Lo que sea, vamos a ver a los enanos —intentó tomar mi mano, pero fui rápida y crucé los brazos.

—No quiero ir, vete tú —fingí estar enojada. Él gruñó haciendo reír a sus primos, pero estos se callaron al ver a Nate.

—Vamos, Abs, por favor.

—No es mi obligación. Me pagan por ser niñera de Theo y Alai, no la tuya.

Entonces Nate bufó y miró hacia arriba un par de segundos mientras sus primos reprimían la risa.

—Perdón por llamarte chismosa, es maleducado y yo no lo soy.

Lo miré y alcé una ceja. ¿Nathaniel Collins disculpándose?

—¿Quién eres tú y qué hiciste con Collins? —pregunté mirándolo, confundida, y sus primos soltaron las risas reprimidas.

—¡Amo a esta chica! —Tyler alzó la mano para que la chocara junto a él, y lo hice.

Y así pasó la tarde. En una de las mesas estábamos Nate, los pelirrojos, los enanos y yo. Hacíamos bromas, una que otra historia sobre Nate cuando era niño y algunos malos chistes por parte de Ty.

En algún momento todas las miradas se centraban en nosotros, tal vez en Nate. Algunos se acercaban a saludar, y otros solo miraban de lejos. Era algo incómodo, y sin duda empezaba a valorar el cariño exagerado de mi familia.

Cuando la fiesta acabó, intercambié números telefónicos con los pelirrojos. Me cayeron bastante bien, y sin duda hablaría más con ellos, tomando en cuenta que tenía pocos amigos en esa ciudad.

Todos empezaron a irse. Nate pidió regresar conmigo, como de ida. Así que Chloe, Theo y Alai se despidieron como si fueran a verle en un par de años. Era triste ver tal situación, y era aún más agobiante no saber por qué pasaba todo eso. Kyle no se sorprendió; de hecho, palmeó su hombro tal como lo hizo al verlo en la fiesta. Luego subió a la camioneta en la que Rose y los abuelos esperaban.

—¿Podríamos ir por un helado antes? —preguntó Nate jugando con la cabeza del pequeño león que estaba de adorno en el ventanal.

—Yo... supongo que sí —me encogí de hombros.

Helados y gruñidos

Di la vuelta a la calle para estacionar el auto en una fuente de soda que habían abierto meses antes con la esperanza de recrear los años cincuenta.

—Nada mal —habló Nate empujando la puerta para dejarme pasar; yo sonreí.

—¿Será que algún día te vea halagar algo de verdad? —pregunté sentándome en la barra junto a él.

—Eso es un cumplido para mí.

—Pues deberías elevar tu capacidad de cumplidos.

—¡Bienvenidos a Oasis! ¿En qué les puedo atender? —preguntó el chico detrás del mostrador con esa sonrisa que le caracterizaba.

—¿Etienne? ¿Qué haces aquí? —reí saludándolo con un beso en la mejilla y un afectuoso abrazo.

—Trabajo medio tiempo aquí. La tienda de música no paga lo suficiente para mis estudios —encogió los hombros y miró a mi acompañante—: Veo que vienes con tu novio. Es un gusto, viejo —Etienne estiró la mano y Nate la estrechó con desgano. Tenía la misma expresión que Theo y, al parecer, Etienne lo notó.

—No somos novios. Es hermano de Theo y Alai, ¿los recuerdas?

—¡Claro! Sabía que esa mirada la había visto antes, aunque creo que al pequeño no le caí muy bien —contó gracioso, negando con la cabeza. Al parecer al hermano mayor tampoco, tenía esa sonrisa de lado fingida que usaba conmigo cuando lo conocí—. Así que... ¿Qué pedirán? —preguntó llenando el incómodo silencio que formó Nate.

—Hum, dos helados. De chocolate y... —Miré a Nate esperando su respuesta.

—Vainilla —habló por primera vez desde que apareció el francés.

—Ya mismo los traigo —me guiñó un ojo y se fue.

—Tu hermano es igual a ti —reí negando con la cabeza.

—¿Cómo lo conocieron? —preguntó Nate, quien entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Tu hermano tuvo la gran idea de querer ir al baño cuando estábamos en el parque, recordé que la tienda de música en donde había trabajado estaba cerca y los llevé —encogí los hombros para no darle importancia y saqué mi teléfono. Tenía dos mensajes nuevos.

Ty

«Hey, Abby. Olvidé decirte que el próximo domingo tenemos un campeonato de baloncesto en la universidad. Si quieres pásate por aquí :).»

P. D.: Si puedes arrastra a mi primo contigo. 22:02».

A lo que respondí con un «confirmo esta semana xx».

Y el siguiente mensaje era de Etienne.

Frenchy

«Oh, querida excuñada, creo que a tu amigo no le caí bien. ¿Por casualidad muerde? Porque juro que oí un gruñido, grrr. 22:05».

A lo que solté una carcajada haciendo sonreír a Etienne que estaba del otro lado del lugar y vi que Nate se asustó.

Está bien, sí. Mi risa no es la más delicada.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Nate mirando de un lado a otro, yo negué con la cabeza.

—Ty acaba de mandarme un mensaje. Hay un juego de baloncesto el domingo y

nos ha invitado. O, bueno, me invitó. Y me dijo que te arrastrara conmigo —reí bajito, haciéndole sonreír.

Cosas extrañas pasaron este día. Verle sonreír sin ser un cretino no era algo habitual.

—Es una buena idea —asintió encogiendo los hombros, yo lo miré sorprendida, pero antes de que pudiera decir algo llegó Etienne con los helados, el maravilloso helado de chocolate con chispas de colores junto al pálido y aburrido helado de vainilla.

Y creo no estar loca, pero antes de que Etienne se fuera, Nate gruñó haciéndome reír de nuevo, un poco más bajo esta vez.

—Tu helado es aburrido —dije tratando de buscar un tema de conversación.

—Y el tuyo muy colorido —se defendió él tomando del suyo.

—El color da vida.

—La vida es monocromática.

—La vida tiene más colores de los que piensas. La cuestión de esto es saber combinarlos y no quedarse siempre en blanco y negro —respondí, a lo que él solo asintió.

—*Touché.*

—*Merci* —hice una reverencia con las manos para luego volver a mi helado—. Aún no me dices el otro favor.

—¿Eh? —preguntó tomando de su helado.

—Dijiste que pedirías otro favor, pero luego de la fiesta.

—Oh, claro... Ya lo olvidé. Si lo recuerdo te aviso —sonrió de lado y volvió la atención a su aburrido y pálido helado. Yo alcé una ceja e hice lo mismo con un alargado y confundido «¿Okay?».

Y el silencio volvió a inundar nuestro camino hacia casa. En el auto decidí poner música. Encendí la radio y empezó a sonar una canción de The Pumpins, mientras yo tarareaba ocasionalmente. No era un silencio incómodo, tan solo uno al que empezaba a acostumbrarme en cuanto se acababa un tema de conversación con Nate.

Cuando llegamos a casa y aparqué el auto, ambos bajamos y entramos para luego seguir el camino hasta llegar a nuestras habitaciones.

—Bueno... Gracias por este día. Creo que si no fuera por ti, Theo y Alai...

—Ya, guarda tus halagos para un día especial —reí negando con la cabeza y agitando la mano con desdén—. Buenas noches, Nate —me despedí con la mano y girando la manija con la otra.

Entonces él se acercó tranquilamente y besó mi mejilla con ternura. Oh Dios, acabo de decir que Nate hizo algo de manera tierna.

Que alguien me diga dónde estoy.

—Buenas noches, Abs, y gracias nuevamente —entonces, como si nada, se fue a su habitación.

Y la calma llegó... Pero no por mucho. Un par de días después llevé a los niños al parque y solo querían ver a Nate.

—¡¡Abby!! —gritó Theo aferrado a un poste de juegos para niños en el parque.

—Ven aquí, enano —reí cargándolo mientras me abrazaba y yo lo llevaba junto a su hermana—. ¿Qué quieren hacer ahora?

—¡Nai! —dijo Alai, a la vez que sacaba el labio inferior; yo la miré y sonreí.

—Ya sé, les tomaré una foto y se la enviaré a su hermano, ¿les parece? —a lo que ellos respondieron sonriendo emocionados.

Tomé un par de fotos y al final envié una en la que Theo abrazaba a su hermana mientras hacían caras graciosas.

Chispita

«Tus hermanos han decidido enviarte esta foto. Dice Theo que espera verte pronto. 10:35».

Adjunté la imagen.

Y enviar. Pasaron un par de minutos, fuimos a buscar algo de tomar a una bodega para luego volver a casa. Cuando estábamos subiendo al auto, mi teléfono sonó; era una respuesta de Nate.

Gargamel

«Han pasado un par de días y ya los extraño, y eso es tu culpa. Dile que los quiero y enséñales la foto que mandé ahora. Un beso. 10:47».

Entonces adjuntó una imagen de él sonriendo naturalmente. De fondo se veía su cama, eso quería decir que estaba sentado en su escritorio. Les mostré la foto a los niños, junto al mensaje y ambos rieron al ver su cara.

La tarde pasó sin problemas. Luego de ducharse, empecé a leer el libro de *El Principito*. Y nuevamente se durmieron antes de que llegara a la décima página.

Caminé con mi *laptop* a la sala y oí el sigiloso —nótese el sarcasmo— caminar de Nate hacia la cocina. Negué con la cabeza y seguí escribiendo.

Todos tenemos sueños. Todos queremos cumplirlos. Pero ¿cómo cumplirlos si no despertamos? A lo largo de mi corta vida he visto a personas rendirse, como también a gente que ha luchado hasta el final. Esas personas son las que realmente considero superhéroes.

Los verdaderos héroes no vuelan ni sacan rayos láser de las manos, sino que son personas comunes y corrientes que han decidido marcar la diferencia.

Mi abuela siempre cita el proverbio: «Si le das un pescado a un hombre, lo alimentas por un día. Pero si le enseñas a pescar, lo alimentas para toda la vida». Entonces, ¿qué eligen ustedes?

P. D.: No me gusta el pescado. Pero ustedes entienden el concepto.

Sky xx.

—¿Qué escribes? —preguntó poniendo su cabeza detrás de mi hombro, mientras que el resto de él estaba tras el sofá.

—Cosas que no te incumben —dije con desdén, a la vez que le daba a la tecla «publicar».

—Oye, qué agresiva —rio tomando de su agua.

—¿Irás a lo de tus primos? Debo confirmarles.

—Siempre voy. El hecho de que Ty te lo haya mencionado es solo para molestar.

—¿Cómo que «siempre vas»? —pregunté recalcando las comillas con las manos, él rio y asintió.

—¿Crees que me la paso todos los días encerrado? —comentó sentándose a mi lado.

—Bueno, eso parece —me encogí de hombros y me alejé un poco de él.

—No siempre, a veces salgo con mis primos. Entonces, ¿vas con nosotros? —preguntó tomando más agua.

—Sí. Supongo que sí —dije algo confundida.

—Bien, les diré. Buenas noches, Abs —dicho esto, se levantó y caminó hacia las escaleras con destino a su habitación.

Nate, eres muy raro.

Tomé mi *laptop*, y luego de prepararme un té, subí a mi habitación.

Estuve escribiendo un poco más sobre mi historia y mi mamá llamó de nuevo.

—Hola, ma, dime —dije con el teléfono entre la oreja y el hombro mientras guardaba la *laptop* en el escritorio.

—Topi, ¿cuándo vienes? —preguntó una vocecita muy conocida.

—¿Bianca? —pregunté sonriendo.

—Sí, hermana, yo Bianca, tú Abril, ¿cuándo vienes? Zoe está aquí y su voz chillona me aturde tremendamente —dijo mi hermana de trece años haciendo que soltara una sonora carcajada.

—Lo siento, pequeña, estoy trabajando, creo que en un par de meses los veré, pero no es nada seguro —comenté fingiendo no saber lo que había dicho mi madre. Al parecer, mi hermana no estaba enterada de la futura mudanza.

—Topi, te extraño. No es lo mismo sin ti. Mateo tiene una no-novia rara, Zoe no deja de pasar tiempo conmigo y Luca ha estado haciendo concursos de eructos con el abuelo. Lo cual no es raro, pero por lo menos frente a ti no lo hacen tanto —se quejó mi hermana y yo empecé a reír.

—Bianca, no tengo la culpa de eso. Pero créeme que hasta ahora, aunque no lo creas, he visto una familia más rara que la nuestra. Debes tomarte un minuto y agradecer por la familia que te tocó. Papá y mamá están vivos y enamorados; nuestros hermanos, dos de ellos un poco huecos, pero están ahí. De verdad, tal vez ahora no me entiendas, pero quíelos.

—Hoy estás muy sentimental, Topi, ¿te ha picado algo? No me digas que vas a dejar una nota de suicidio o algo, porque prometo que voy con mamá y...

—No, Bianca, no es eso. Es solo que he estado escribiendo y... Bueno, ya sabes cómo me pongo cuando escribo.

—Intensa.

—Sí, bueno...

—Agobiante.

—Yo...

—Exhaustiva.

—Bianca...

—Sentimental, autoritaria, no... Eso lo eres siempre, es más como...

—¡Bianca, basta!

—¿Ya ves? Ahí está la autoritaria —casi la pude imaginar señalándome mientras sonreía burlona.

—Como sea, ya que estamos aquí, pásame con los demás.

—Zoe no está.

—Hay otros dos hermanos.

—Eso es cierto. ¡Mateo, Luca, los llama Topi! —gritó mi nada discreta hermana y yo rodé los ojos.

—Te extraño y te quiero, ojalá vengas rápido. Adiós —fue lo último que dijo Bianca antes de darle el teléfono a Luca, el menor de los hermanos.

—Hola, Topi, ¿dónde estás?

—Hola, *piccolo*. Estoy en Counterville ahora, ¿cómo van los estudios?

—¿Dónde queda eso?

—Cerca de Canadá, ¿cómo van los estudios?

—¿En Estados Unidos?

—No, Counterville es un país. ¿Cómo van los estudios?

—Bueno, bueno. Estoy bien, solo he bajado un poco en Historia, pero es tu culpa porque no estás aquí ayudándome —dijo y yo reí negando con la cabeza.

—¡Es tu obligación estudiar! Yo ya terminé con eso. Además, tienes tres hermanos más.

—¿Eso qué? Dos de ellos no saben dónde están parados y Bianca se la pasa hablando por teléfono. ¡Eres mi única salvación!

—dramatizó el niño; yo reí.

—Solo tienes diez años, no seas dramático y vete a estudiar.

—Bien, te paso con Mateo.

—Te quiero.

—También yo. Adiós.

—Hola, Abril.

—¿Cómo vas?

—Bien, ¿y tú?

—Igual.

—Genial, nos vemos.

—Adiós, Mateo.

—Cuídate, Abril.

Guau, pues ha sido una conversación más larga.

—¡Abby! —gritó Theo sacándome de mis pensamientos. Corrí a su habitación al oírlo llorar.

—¿Qué pasó, bebé? —pregunté cargándolo mientras acariciaba su espalda para

que dejara de llorar.

—Nate se cayó del techo —lloraba en mi hombro y se aferraba a mi cuello, frunció el ceño.

—No, Theo, tu hermano está bien. Está en su habitación. Ya pasó, tranquilo —él negó con la cabeza, llorando más.

—No, yo lo vi.

—¿Y si lo traigo? ¿Te haría sentir mejor? —pregunté viendo su rostro, él asintió tallándose el ojo izquierdo.

—Bien, ya vuelvo —dejé al pequeño sentado en su habitación, la puerta entrecerrada y corrí a la habitación contigua. Abrí la puerta sin tocar y lo encontré mirando el techo; al parecer, apenas se había acostado a dormir.

—¿Qué haces, Abs? ¿Quieres dormir conmigo o qué? Espera, ¿qué? ¿Qué rayos haces? ¡Oye, espera! N-no... —se quejó mientras lo destapaba y halaba de su brazo para luego empujarlo hacia la habitación del niño.

—¿Ves, Theo? Tu hermano está bien —hablé cargándolo de nuevo, Theo sonrió y con un poco de esfuerzo nos abrazó a los dos al mismo tiempo.

Alguien aprovechó y me abrazó de la cintura.

¿Es necesario que diga quién fue?

—¿Ya estás mejor? —preguntó Nate, entonces Theo asintió.

—¿Me cantas? —preguntó el niño, yo solo sonreí.

—Bueno, pero despídete de Nate; él se va a dormir —dije y Theo asintió. Abrazó a su hermano. Nate se fue y lo cargué para empezar a cantar. Se durmió casi al terminar la canción, así que lo dejé sobre su cama y cuidadosamente salí de la habitación para... Caer sobre Nate.

—¿No te habías ido a dormir?

—Iba, pero quería oírte cantar, tú tampoco cantas nada mal —apoyó las manos en mis caderas. Yo reaccioné y procurando no caer de nuevo, me levanté con cuidado.

—Eso se llama ser cotilla.

—¿Y? A veces lo soy, nena —dijo descaradamente.

—Nate, hazle un favor a la humanidad y vete a dormir, ¿quieres? Buenas noches —caminé a mi habitación, y antes de que él hablara, yo había cerrado la puerta—. Y si vuelves a llamarme nena, te dejo sin hijos. Y volví a cerrar la puerta.

Gargamel

«Estoy en el patio, te espero ahí. 13:05».

Me escribió Nate mientras yo dejaba a los niños en casa de sus abuelos paternos. El domingo era casi un día libre, Theo y Alai visitaban a sus abuelos y yo no tenía nada que hacer hasta el lunes por la mañana.

Así que en cuanto los dejé, manejé a casa tocando el claxon un par de veces para avisarle a Nate que ya había llegado. Salió por la puerta trasera y subió al auto.

—¿Por dónde saliste? Digo, es más fácil salir por la otra puerta, ¿sabes? —pregunté mientras se acomodaba el cinturón de seguridad.

—Si salgo por la ventana de mi habitación, da al patio, por lo tanto, a la puerta trasera.

—Pues la gente normal sale por la puerta, no por la ventana.

—Pues no soy normal, entonces —se encogió de hombros y yo asentí.

—Estamos de acuerdo en algo, Nai —reí mientras él entrecerraba los ojos. En ocasiones le llamaba como Alai le decía.

Manejé con ciertas indicaciones de don gruñón y llegamos: era una gran universidad. Caminamos, al tiempo que Nate saludaba a gente que lo saludaba también y llegamos a un campo de básquetbol, bastante grande, a decir verdad.

Y ahí estaban los pelirrojos, entrenando. Uno de ellos miró hacia la puerta y, junto a su hermano, corrieron hacia nosotros para abrazarme.

—¡Hola, Abby! No sabíamos si vendrías, me alegra mucho —dijo Mark abrazándome.

—¡Sí! Nate dijo que no vendrías —fulminó a su primo con la mirada.

—¡Hola, Nate! ¿Cómo estás? ¡Oh, muy bien, primos! ¿Ustedes también? ¡Genial! —dijo Nate con los brazos cruzados, entonces los tres empezamos a reír.

—Como sea, ¿dónde nos sentamos? —pregunté, al tiempo que caminaba a las gradas.

—Nate te llevará, tienen un sitio reservado.

—¿Reservado? ¿Acaso son superestrellas del baloncesto? —reí caminando junto a Nate al lugar; Nate rodó los ojos, sentándose al igual que yo.

Cuando el juego comenzó, entendí mi propia broma. Los chicos jugaban muy bien; de hecho, eran los que más encestaban. En el segundo tiempo a Ty le golpearon la nariz provocando que sangrara, entonces lo mandaron a la banca y les cobraron doble tiro libre.

Su equipo ganó.

Todos celebraban, incluso nos invitaron a un partido de bolos. Yo caminaba junto a Ty, que estaba de mal humor por no terminar el partido, Nate caminaba a mi lado, y Mark celebraba junto a su equipo.

—¡Eso ha sido increíble, viejos! —gritó una voz bastante conocida para mí mientras saludaba a Mark, entonces yo giré y lo miré con una ceja alzada.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos a la vez para luego reír y saludarlo con dos besos en la mejilla.

—Mi primo estudia aquí y me invitó, ¿y tú? —preguntó Etienne sonriendo.

—Conozco a los jugadores estrella —le guiñé un ojo a Ty, que sonrió de lado.

¿Qué?

—¿Quién es ese chico y por qué se parece tanto al niño que me odió el otro día?
—preguntó bromeando mi francés amigo, lo que provocó una risilla de mi parte—
. Hola, Nate.

A lo que el chico solo respondió alzando la cabeza.

—Etienne, te presento a Mark y a Ty, son sus primos. Chicos, él es mi amigo Etienne. Aunque creo que ya se conocen.

—¡Claro que lo conozco! —gritó Mark, al tiempo que corrió hacia Etienne—. Después de *Zoey Lux*, él es mi *crush* por siempre —mencionó el chico mientras abrazaba exageradamente al francés.

—Zoe... —pensé en voz alta, captando la atención de los chicos.

—¿Sabes algo de ella? —preguntó Etienne, que vio al piso.

—Yo... Hum, no —mentí.

—¿Quién es Zoe? —preguntó Mark, quien se ganó un golpe de parte de su hermano por entrometido.

—Nadie —me puse seria y negué con la cabeza—. Chicos, creo que es hora de irnos. Dejemos la salida para otro día. ¿Te veo en casa? —le pregunté a Nate; él negó con la cabeza.

—Voy contigo.

Dicho esto, me despedí. Sabía que estaba huyendo, pero era mejor que Etienne no supiera nada. Y mucho menos saber que mi hermana estaba libre y su estúpido novio había vuelto a la ciudad.

—¿Quién es ella? —preguntó Nate mientras caminábamos hacia el auto, que tristemente estaba aparcado solo en el estacionamiento del campo de béisbol—. Digo, si no te incomoda hablar de...

—Es mi hermana; una de ellas —aclaré ladeando el labio. Tomé aire por un segundo—. Su nombre es Zoe. Somos gemelas, es menor que yo por cinco minutos. Etienne fue su novio, por eso lo conozco —dejando eso claro, subí al auto al igual que él.

—Eh, bueno, yo n-no sabía —balbuceó Nate mientras miraba la ventana del auto.

—Por supuesto que no, bobo, nunca te lo había dicho. No suelo mencionarla, así que te agradecería no hablar de ella o de su entorno —él me miró y segundos después sonrió.

Por supuesto que no, Abby.

Nathaniel Collins es la persona más testaruda del mundo, pero no más que tú.

El chico se la pasó todo el camino haciendo preguntas, y no miento.

Tiene la palabra «terco» pegada en la frente.

—¡Ya déjame tranquila, Collins! —bufé poniendo las bolas de billar en el soporte triangular para luego hacer el saque, pero no sucedió, puesto que Nate me distrajo.

—¡Vamos! Estoy aburrido y tú empezaste a hablar. No sé nada de ti, es la primera vez que hablas sin querer golpearme —se sentó en la mesa de billar, tapando el paso. Entonces gruñí y le di un pequeño golpe con el taco en la cabeza.

—¡¡Largo de aquí, cerebro obtuso!! —le grité mientras él reía, se alejaba de mí y mi arma letal, el taco.

—¿Cerebro obtuso? —dijo sin poder parar de reír. Rodé los ojos y me dispuse a sacar de nuevo—. ¿Estás ignorándome? Oh, vamos... ¡Eso no es nada maduro! —se quejó tomando la bola blanca y evitando que el triángulo perfecto se deshiciera.

—Solo quiero jugar billar. ¿Es tan difícil, Nate? —le pregunté perdiendo ya la paciencia.

—Es difícil lidiar contigo; jugar billar no lo es. Vamos, Abs, cuéntame de ti.

—Ya te dije lo que quieres saber. ¿Qué más quieres? Mi vida no es importante —dije, a la vez que estiraba la mano y esperaba la bola blanca.

—Pero no lo sé. ¿Por qué no quisiste hablarle de tu hermana al franchute de tu amigo? —reí al oír amargura en su despectiva palabra para luego apuntar con el taco.

—Mi hermana es un poco... especial. Necesita un cuidado diferente. Todo gira a su alrededor, es la princesita, ¿bien? Y si la conoces, y realmente espero que no, me dirías: «Ya entendí, Abs. No voy a volver a dudar de ti» —declaré con éxito luego de empezar una limpia partida—. Tu turno, chico —dije sentándome en un almohadón que elegantemente estaba recostado en la suave alfombra de terciopelo de la sala de videojuegos.

—Tengo la otra condición —dijo haciendo que la bola blanca golpeará a la roja y la roja a la verde para que posteriormente ambas entraran en la buchaca.

¡Eso parecía una película de mafiosos!

Casi podía oír al Padrino decir: «Tengo una oferta que no puedes rechazar».

¿Capisci?

Bien, una desvariando como todos los días.

Normal, lindo todo.

¿A qué iba? Oh, claro.

—¿De qué se trata? Te advierto, Nathaniel: no pienso besarte, fingir que soy tu novia o posar como una mujer francesa. Que quede claro —hablé seria, aunque luego lo pensé y sí... Debería hacerle caso a Descartes en cuanto a pensar y luego existir.

—Considerando que ya hice lo primero, lo segundo no será necesario de fingir y lo tercero vendrá por cuenta del segundo. No pido eso —dijo entre risas y yo le pegué en el brazo—. Sí, soy brusca, ¿algún problema con eso?

—Habla ya, Collins —murmuré cruzando los brazos. Entonces él se incorporó en su asiento y habló.

—Quiero que me muestres los verdaderos colores de la vida —dejó el taco junto a mí y me miró serio.

—¿Qué rayos has fumado? —pregunté parándome y caminando con el taco a la mesa de billar.

—Hace unos días me dijiste que la vida tiene más colores de los que pienso, ¿no? Y que la cuestión de eso es saber combinarlos y no quedarse siempre en blanco y negro —encogió los hombros sonriendo.

¿Recordaba todo eso? ¡Yo a duras penas recordaba qué había hecho ayer!

Abby, responde.

Abby.

Abby, reacciona, por favor.

¡¡Abril!!

—¿Y cómo crees que voy a hacer eso yo? —pregunté mientras estabilizaba la respiración.

—Pues no lo sé. Eres la experta, ¿no? Lanzarnos en paracaídas, viajar, subir a una montaña rusa... ¿Qué sé yo? —habló completamente concentrado. Era totalmente extraño, no se veía como el Nate que conocía «o creía conocer». Sonreí y lo miré de manera detallada.

—¿Estás seguro de lo que dices? No es un juego. Lo sabes, ¿no?

—Completamente seguro.

—No lo sé, Nate... Tus hermanos, tendríamos que gastar mucho, pasar tiempo contigo. No, no lo creo —me negué dejando el taco en la mesa—. Lo siento, pero no —besé su mejilla y caminé hacia la salida—. Buenas noches, Collins.

Y por primera vez en su vida no fue un grano en el trasero y dejó que me fuera en paz.

Buenas noches, Abby.

Una semana después del «incidente» (que, por cierto, no vi a Nate desde ese día), luego de recoger a los niños de la casa de los padres de Kyle, el ya mencionado me llamó porque necesitaba hablar conmigo urgentemente.

¿Qué le había picado al señor abogado para no estar en su oficina firmando cosas?

Rose se encargaba de los niños, así que caminé con tranquilidad hacia el despacho en donde Chloe me contrató. Toqué la puerta y luego de un —a mi parecer— fúnebre «pasa» de su parte, entré.

—Buenas tardes, Kyle. ¿Me llamaste?

No, cariño. Solo marqué a tu teléfono porque se me antojó. Oh, preguntas estúpidas.

—Sí, necesito que firmes esto —dijo serio entregándome unas hojas. No parecía Kyle, parecía un... abogado.

—¿Carta de renuncia?! —pregunté alzando la voz, en un tono de real confusión. ¿Qué rayos?

—Sí —me miró por primera vez y cruzó los dedos—. Quiero que renuncies.

—¿Qué? P-pero ¿por qué? *Non capisco! Che ti succede? Non è giusto! Scemo! Davvero non posso crederlo* —negué con la cabeza mientras caminaba de un lado a otro con el contrato en la mano.

Hasta que recordé que no estaba sola.

—¿Hablas italiano? —preguntó mirando, al tiempo que me sentaba de nuevo.

—¿Por qué debería renunciar?

—Porque sí. No debo darte explicaciones, eres solo una empleada, firma.

—Debo leerlo, yo no firmo cosas sin leer antes —lo miré seria y me dediqué a leer el contrato.

Básicamente me estaba sacando de su casa y me iban a indemnizar. Pero no entendía el hecho de que era una carta de renuncia, ¿por qué no me despedía?

—¿Y bien?

—No lo entiendo, Kyle. Sus hijos...

—Mis hijos estarán bien, ellos están acostumbrados.

—Pero Nate...

—Nate ni siquiera sale de su habitación, no sé qué hiciste ese día, pero él está bien como está. No quiero que lo corrompas.

—Pero no es justo... Ni siquiera sé qué hice. Ahora, ¿por qué me obliga a renunciar? ¿Por qué no me despide?

—Ya te dije que no tengo por qué darte explicaciones. Firma ahora, quiero que salgas de mi casa mañana por la mañana.

—¿Y si no lo hago? —pregunté retándolo con la mirada y entonces él sonrió—. Cariño, no te metas con un abogado. En serio, hazlo por las buenas, ¿sí?

Lo miré y presioné la mandíbula. ¿Dónde estaba Chloe? ¿Estaba enterada de todo eso?

Estuve unos segundos mirando la hoja y un par de lágrimas empezaron a caer. De algún extraño modo me había gustado trabajar ahí.

Así hubiera tenido jefes, era uno de los mejores trabajos que había tenido. Theo y Alai ya eran parte de mi vida, y ahora los arrancaban cruelmente como si fuera hierba mala.

Firmé.

No sabía qué estaba haciendo, pero quería terminarlo rápidamente. Él tomó la carta sonriendo y se levantó para sacar una copia y dármela. Lo miré con las borrosas lágrimas que apenas me dejaban ver y salí de ahí.

¡No puedes!

Subí las escaleras, y a la primera que encontré fue a Rose. La abracé fuertemente, como si no la hubiera visto en años y empecé a llorar.

—¿Qué pasa, Abby? ¿Por qué lloras? —preguntó acariciándome la espalda. Oí un ruido, pero obviamente lo ignoré.

—Kyle me acaba de despedir. No quiero dejarlos, ustedes son parte de mí ahora —lloré más mientras ella me abrazaba.

—¿Qué? —alguien preguntó, no tenía necesidad de girar para saber quién era. Nate me miraba serio mientras fruncía el ceño—. ¿Qué dijiste? —repitió mirándome.

—Me voy —sorbí la nariz y traté de secarme las lágrimas—. Tu padre me...

—No puedo creer que sí... —me miró y gruñó golpeando la pared.

—¿Que sí qué? —pregunté; él ladeó el labio y negó con la cabeza—. Solo olvídale —caminó hacia mí y me rodeó en sus largos brazos—. No puedo creerlo, ¿qué vas a hacer? —preguntó mientras me abrazaba, y yo solo contesté al abrazo. Quién lo diría, ¿eh? Llorando abrazada a Nate Collins.

—¿Qué más? Me voy mañana. No sé qué tanto interés en que me marche —volví a sorber la nariz, a la vez que le abrazaba más fuerte.

—Tienes que estar calmada, cariño. Debes esperar un tiempo —Rose me acarició el cabello—. Todo pasa siempre por algo.

«Lo bueno nunca llega tarde».

Ay, mamá, ¿por qué siempre dices eso?

Pero ahí estaba yo, alistando mis maletas mientras lloraba en silencio. Aún sentía todo injusto, no me habían dado una explicación clara; simplemente no entendía nada.

Chloe tocó la puerta y solo preguntó—: Cariño, no sé qué pasó, ¿por qué lo aceptaste? —Iba a extrañar sus estranguladores abrazos.

—Yo solo quería evitar problemas. No sé cómo lo tomarán los niños. Yo... Lo siento —por primera vez correspondía a un abrazo suyo.

—No lo hagas, Abby, no es tu culpa.

—Chloe, si va a buscar una nueva niñera, no la busque en la calle, ¿sí? —dije limpiándome las mejillas llenas de lágrimas y ella asintió sonriendo, pero luego negó con la cabeza.

—En la calle encontré a una de las mejores niñeras, ¿sabes? Pero no te preocupes, ¿recuerdas lo que hablábamos hace unos días? He decidido trabajar en casa, haré mis diseños aquí. Si no estás tú, no quiero que mis hijos queden al

cuidado de otra persona. Pasaré más tiempo con ellos.

—Me parece muy bien, es lo mejor que puede hacer ahora —sonreí abrazándola de nuevo.

—Te voy a extrañar, mi niña —me acarició el cabello y suspiró—. Tranquila, ¿sí? Mañana te ayudaré a decirles a los niños. Y perdón por la actitud de mi esposo, no entiendo qué le pasa.

—No tiene por qué. Rose dice que por algo pasan las cosas, ¿no?

Porque... era así, ¿no?

¿Recuerdan el día en el que desperté plácidamente y me encontré con la cara de Nate frente a mí provocando sensaciones que jamás había sentido?

Bien.

—¡Nate! —susurré moviéndolo algo asombrada aún.

—Hum —formuló con sus labios para luego abrazarme con más fuerza. Yo era un pequeño e insignificante peluche a su lado. Bufé y lo empujé haciendo que cayera de la cama y, por supuesto, se despertara de golpe. Claro que tuve que sujetarme para no caer con él.

—¿Se puede saber qué haces en mi habitación? O bueno... Lo que queda de ella —suspiré parándome y mirando el interior de la habitación.

—Yo... —se rascó la cabeza y ladeó el labio—. Abby, ¿dónde te quedarás?

¿Por qué siempre cambiaba de tema? Como sea.

—Aún no lo sé. Felizmente tengo dinero ahorrado, así que iré a un hotel hasta que encuentre un departamento —entonces él asintió y salió de mi habitación, yo fruncí el ceño confundida y negué pensando lo raro que podía llegar a ser.

—Abby, necesito que me hagas un favor —volvió Nate luego de unos minutos.

—¿Qué deseas? —cruce los brazos y me senté en la cama.

—Necesito que cuides mi departamento —dijo lanzando unas llaves y yo las atrapé confundida.

—¿Tienes un departamento? —pregunté incrédula y él asintió sin mirarme—. ¿Quieres que lo cuide? —a lo que volvió a asentir y alcé una ceja—. Primero debes explicarme un par de cosas. La primera, ya no necesito que la respondas porque te preocupas por mí y lo acabas de demostrar —dije haciendo que él me mirara directamente y negara con la cabeza con determinación.

—No me preocupo, es solo que... Necesito que alguien lo cuide —fingió su serio tono de voz con el que lo conocí. Yo rodé los ojos y sonreí.

—Como sea, ¿cómo es que tienes un departamento y no estás viviendo en él?

—Eso también es parte de esa larga historia, así que aceptarás vivir en el departamento, y para que no sientas que es por lástima, tú pagarás la luz, el agua y todo lo que necesites, ¿trato? —preguntó el chico y estiró la mano. Yo lo miré y dudé. Porque, vamos... Era Nate con quien hacía el trato.

—No lo sé, es decir... —me paré y puse las llaves en su suave mano—. No creo poder hacerlo.

—No voy a aceptar un no por respuesta. Ya está dicho y no me importa que no quieras, no voy a dejar que te vayas a un hotel —volvió a poner las llaves en mi

mano y se fue dejándome con la palabra en la boca.

¡Detestaba su prepotencia!

Pero de una manera primitiva sentía que hasta un tipo tan gruñón como Nate Collins podía preocuparse por alguien como yo.

Y luego estaba Theo, que no podía dejar de ser un lindo bebé.

—Theo, por favor, no llores —cerré los ojos tratando de no llorar.

—¡No puedes irte! —lloraba el nene, abrazándome del cuello, mientras yo acariciaba su espalda.

Lo sé.

—Sí, Theo. Pero eso no significa que no los volveré a ver, lo prometo —me separé un poco y le quité las lágrimas de los ojos.

—¡Pero ya no vivirás con nosotros! —dijo el pequeño con la voz quebrada, y yo estaba haciendo fuerza al sentir ese horrible nudo en la garganta que significaba que estaba a punto de llorar.

—Pero, enano, los vendré a visitar y los llevaré al parque de diversiones como lo prometí, ¿sabes? Podemos salir con Nate si quieres, pero no llores —lo miré y saqué el labio inferior, logrando que él me volviera a abrazar.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Por la garrita? —preguntó alzando el dedo meñique, entonces me reí y asentí tomando su dedo.

—Por la garrita —sonreí despeinándolo. Para este niño, esa promesa era importante. Lo sabía, miré a Chloe—. Además, ¿sabes? Tu mami me dio una buena noticia. ¿Recuerdas que querías tenerla más tiempo aquí? —Theo asintió y me miró aún con esas lágrimas viajando por el rostro—. Bien, pues ya no habrá más niñeras. Mami dijo que si no estoy yo, no estará nadie más que ella —sonreí viéndolo, entonces él abrió la boca y corrió a abrazar a su madre.

—¿En serio, mami? ¿No te irás más? —preguntó saltando, Chloe me miró y luego asintió. Theo saltó a abrazarla mientras su mamá correspondía el abrazo.

«Gracias», formuló Chloe con los labios; yo asentí sonriendo.

—Además, mi amor, las veces que tenga reuniones, ustedes irán a casa de Abby, ¿sabes? Así que no la estamos perdiendo, solo tiene que ir a su propia casa —acarició su mejilla, a la par que su hijo la abrazaba.

—Gracias, mami, eres la mejor del mundo —dijo mientras repartía muchos besos sobre el rostro de su madre.

Le habíamos dicho a Theo que debía volver a mi casa. No podía decirle claramente que su padre me había obligado a renunciar.

Obligado a renunciar. Bueno, vaya tema.

Déjenme decirles: el significado de renunciar que es «dejar voluntariamente algo», no estaba siendo justo. Entonces Rose me dijo disimuladamente que Nate quería hablar conmigo. ¡Y yo no quería hablar con don prepotente!

Aunque le debía una, me estaba prestando un departamento; eso, a las claras, era un favor.

Subí las escaleras, para también sacar mis maletas, toqué la puerta un par de veces y no demoró en abrir, así que entré y la cerré.

—Ya estoy aquí, ¿qué quieres? —pregunté mientras él me miraba serio.

—No te dije la dirección —caminó a su escritorio, tomó una pera y la mordió tranquilamente.

—Aún no estoy segura de esto —le di las llaves y crucé los brazos.

—Abril, ya te dije. Esta es la dirección, Mark y Ty vendrán en un rato a recogerte para llevarte hacia allá.

—¿Entonces para qué me das la dirección?

—Porque... de todos modos tienes que saberlo.

—¿Por qué haces todo esto? —me senté en su cama y lo miré de frente.

—Porque sí —encogió los hombros.

—No te entiendo, Nate —tomé su silla con ruedas y la giré para enfrentarlo—. Te vuelves a encerrar, luego me abrazas, prácticamente me impones el vivir en tu departamento y ahora estás serio. Él sonrió de lado y su celular vibró.

—Ya hablaremos luego. Ty te espera en la puerta para ayudarte con las maletas.

—Nate, es que yo no...

—Bien, quédate estos días y luego hablaremos sobre tu estadía, ¿bien? —lo miré y rodé los ojos.

—Eres insoportable, nos vemos luego —le quité las llaves y salí de su habitación para entrar por última vez a la mía y sacar las maletas.

Ahora me sentía totalmente ridícula y tenía ganas de despedirme de las cosas. Y felizmente no lo hice, porque pocos minutos después entró Ty para ayudarme con las maletas y llevarlas al auto.

Frens

¿Cómo pasa el tiempo tan rápido?

Tenía un mes viviendo en el departamento de Nate, habíamos quedado en lo mismo que dijo él desde el inicio. Prácticamente yo me encargaba del departamento, solo que estaba a su nombre. Etienne había logrado conseguirme un trabajo en una cafetería cercana a la tienda de música donde él trabajaba. La dueña era mil veces mejor que el cerdo de la otra cafetería.

¡Mil veces mejor!

Pero sin duda extrañaba mi antiguo trabajo, Chloe llamaba un par de veces a la semana y también hablaba con Theo. Le había prometido llevarlo al parque de diversiones junto a sus hermanos y no dejaba de recordármelo.

Así que luego de hablar con su mamá, logré quedar un día para llevarlos. Nate era otra persona cuando estaba con sus hermanos, hasta podía pasar como alguien... normal.

Ese chico amargado se iba durante ese tiempo, pero al llegar a casa volvía a su estado natural. Un simio gruñón.

¡Y yo quería saber sobre esa historia! Pero por supuesto no me rebajaría a pedirle que me contara, para posteriormente ser tratada como una chismosa.

—Knock knock, *pizza* sabatina —canturreó mi nueva vecina, yo sonreí y abrí la puerta.

—Hola, Dest, pasa —Destiny se había convertido en una buena amiga, había logrado distraerme los primeros días de depresión pos-no-tengo-a-Theo-y-Alai.

Y yo era feliz, me alimentaba con *pizza* y jugábamos videojuegos los días que yo no trabajaba y ella no estaba estudiando.

—¿Qué traes hoy? —pregunté mientras ella con mucha emoción sacaba algo de su bolsillo—. Este... amigo, he estado viendo muchos vídeos por internet y déjame decirte que... —se besó las yemas de los dedos como lo haría mi padre en cualquier situación en la que estuviera de acuerdo—. Así que, Topi, jugaremos ahora mismo —habló la castaña acercándose al televisor luego de haberme llamado como solo mi familia lo hacía, ¿por qué? Porque la chica había conversado con mi hermana un día que ella llamó y yo estaba en la ducha. ¡La confianza ya la tenía, por supuesto! Pero me caía bien, así que no me molestó.

—Sí, claro, suena divertido —«Mucho menos que ver nuevamente la sexta temporada de *Frens*, por supuesto que no», pensé. Pero bien podía esperar un día para seguir con mi maratón.

Jugamos alrededor de una hora. Dest había logrado ganar en lo que fuera que estuviéramos jugando, porque yo no lograba hacer nada.

—A la próxima jugamos *Dario Bros* —me quejé dejando el mando en la mesa y provocando una graciosa carcajada de su parte.

—Mejor *Prince of Tersia*.

—Me gustaba el juego antiguo, al príncipe le llamaba Capi.

—¿Y por qué? —preguntó con una ceja alzada. Yo reí y me encogí de hombros.

—Solo recuerdo que llamaba al juego y, por lo tanto, al príncipe: Capi.

Dest me miró por unos segundos y empezó a carcajearse. ¿Se estaba burlando de mí? ¡Claro que sí!

Pero su risa fue interrumpida cuando la puerta se abrió, haciendo que ambas giráramos casi bruscamente hacia la puerta. Porque, vamos, eran las once de la noche y solo yo vivía en el departamento.

Pero olvidé que posiblemente el dueño tenía la llave, ¿no?

—Hola, Chispita —sonrió el chico, haciendo que Dest girara a verme con una mirada confusa.

—A ver... Primero que nada, no me digas Chispita. Segundo, ¿qué rayos haces aquí a las once de la noche?

—Tercero, ¿quién eres? —habló Dest parándose. Entonces Nate rio levemente mientras cerraba la puerta y caminaba hacia nosotras.

—Te diré Chispita cuando yo quiera, Chispita. Vengo aquí para hablar contigo, Chispita. Y soy Nate, amigo de Chispita y dueño del departamento, mucho gusto. ¿Y tú eres? —dijo mirándome y luego a mi amiga.

—Bien... Soy Dest. Entonces yo creo que... Nos vemos mañana, Topi —Dest me guiñó un ojo, y luego de sacar el videojuego, se fue.

—¿Topi?

—Olvida eso, Nate. ¿Qué haces aquí?

—Ya te dije: vine a hablar contigo. Porque... Ya sabes, hoy es viernes en la noche y no tienes nada más que hacer, por lo que veo —rio mirándome, yo fruncí el ceño y luego reaccioné corriendo a mi habitación para ponerme unos *shorts* y una camisa *más* larga.

—Bien, ya que estás aquí, habla —dije sentándome en el sofá y golpeando el asiento a mi lado para que lo hiciera también. Nate, obediente como nunca, caminó hacia mí y se sentó.

—¿Qué haces? —preguntó sonriéndome de forma tonta.

—Nada, Nate, miro tu cara mientras me pregunto qué rayos haces en mi casa a esta hora. O bien... Tu casa, digo.

—Es tu casa, tú la mantienes —agitó la mano con desdén—. Estaba aburrido y no tenía a quién molestar, entonces recordé aquellos viejos momentos a esta hora y decidí tomar un taxi para venir a verte.

—No puedo creer que hayas tomado un taxi solo para venir a molestar.

—No fue así, en realidad estuve en casa de mis primos, y luego vine a molestar.

Bueno, eso lo explicaba, más considerando que Ty y Mark vivían en el piso de abajo.

—¿Algo de tomar? —pregunté parándome en cuanto el tema de conversación se acabó.

—¿Tienes jugo?

—Naranja y pera.

—Pera —dijo serio mirando el televisor, que pasaba algún programa farandulero en el que las hermanas *Karskashian* habían estado.

Y estaba serio de nuevo, ¿quién lo entendería?

Me dirigí a la cocina para luego entregarle el vaso de jugo. Él lo tomó y con un «gracias» volvió el silencio.

«Silencio, silencio, silencio».

¿Alrededor de cinco minutos de silencio? ¡Y simplemente no podía botarlo de su casa!

Me paré y caminé hacia mi habitación para sacar de mi colección la sexta temporada de *Frens*. Al final vería por lo menos un par de capítulos antes de ir a dormir.

Ya el chico se aburriría y se iría. Le quité el control de la mano para empezar a ver el primer capítulo: el de Las Vegas.

—¿Qué te gusta tanto de esa serie? —mi cabeza giró lentamente hasta llegar a verlo; completamente digno de una película de terror.

—¿Nunca viste *Frens*? —Me tapé la boca como si fuera la cosa más horrorosa del mundo y *para mí lo era*. Él negó con la cabeza y yo me eché hacia atrás dramáticamente.

—Mi padre no me dejaba verlo.

—¿En serio? Oh, por Dios, tú sí que necesitas saber de los colores de la vida. Tienes veinte años, no conoces nada sobre *Frens*, no sabes manejar, tienes tu propio departamento y no vives en él, le tienes miedo a las montañas rusas; necesitas hablar con un psicólogo ahora mismo —tomé mi teléfono y comencé a marcar. Nate me miró y me quitó el teléfono.

—¿Qué haces, Chispita?

—Llamo a mi amiga, su tía es psicóloga. Está en Italia, pero es muy buena. Necesitas liberarte, hombre, esto no es sano —traté de quitarle el teléfono, pero él lo puso dentro de su bolsillo trasero y alzó una ceja—. Saca mi teléfono de tu inmundito trasero, Nathaniel.

—No puedo, si lo hago vas a llamar a tu amiga, y quién sabe, su tía puede estar más loca que tú —negó con la cabeza y yo entrecerré los ojos mientras le pegaba en el brazo.

—Dame el teléfono o te lo quito yo. No me importa que esté ahí, yo lo saco —lo reté parándome, él sonrió de lado y se encogió de hombros.

Y se despertó la bestia.

«Yo, por supuesto».

Me lancé sobre él y se cayó al suelo conmigo encima, le pegué en el brazo y comencé a gritar que me diera el teléfono mientras que increíblemente Nathaniel Collins reía a carcajadas. Luego de forcejear para que girara, logré quitárselo y

grité victoria.

Me levanté dejándolo en el piso, guardé el teléfono en el bolsillo y le saqué la lengua como si fuera una niña. Ya sentada en el sillón, me acomodé tranquilamente, a la vez que seguía con la serie.

El chico se levantó aún riendo, se sentó junto a mí a tomar aire y yo dije:

—Algún día haré que veas toda la serie. Te identificarás con Joey y Chandler.

—¿Por qué? —yo lo miré y reí, por lo tonto y sin citas, por supuesto.

—Ya lo verás —guiñé un ojo.

Otro día, otra mañana, otra oportunidad para vivir el día al máximo, me levanté con el ánimo a tope y ni siquiera sabía por qué. Nate se había ido media hora después de conversar con la excusa de que «se había aburrido de mi concepto de diversión un viernes en la noche».

Era sábado y eran las nueve de la mañana, ¿qué hace una chica de diecinueve años con un departamento para ella sola un sábado en la mañana?

Bien, creo que es momento de pintar la sala.

En cuanto el lugar estuvo despejado, me dispuse a pintar y así pasé la mañana pintando, cayéndome y volviendo a pintar.

En realidad, solo lo había pintado de blanco de nuevo, el departamento era espacioso y bonito, pero era obvio que no lo habían usado en mucho tiempo y aún no entendía cómo rayos era que el chico podía seguir viviendo así teniendo un departamento, pero ese no era asunto mío y no debía entrometerme. Un timbre me despertó de la conversación interna que tenía segundos antes: era un repartidor.

—¿Abril Rizzo? —lo miré confundida, preguntando cómo rayos sabía mi apellido.

—S-sí, ¿cómo...?

—Esto es de parte de su hermana, Zoe Rizzo —me dio una tabla en la que debía firmar, yo aún confundida firmé y el señor dejó varias cosas en el centro de la sala, pero sin más se retiró.

Pero... ¿cómo? Bien, entendía que sabía mi apellido, ya que mi hermana se lo había dicho. La pregunta era: ¿cómo sabía Zoe que estaba viviendo ahí? O... ¿Cómo sabía la dirección?

Entonces un ruido me distrajo y el ruido venía de la caja. Caminé despacio hacia la caja que empezaba a moverse levemente. La abrí y lo que vi me dejó mucho más confundida.

¿Por qué mi hermana desde Italia había mandado a que me trajeran un hurón?

Sparky

—¡Pero no puedes simplemente disponer del dinero de nuestros padres porque se te antojó enviarme un hurón, Zoe! ¿Qué rayos pasa por tu cabeza?

—Ay, Topi, no te enojas, es solo un animalito. ¡Te envié todo lo necesario! Ya está vacunado y castrado, solo tienes que cuidarlo. ¡Ahora tienes un amigo!

¿Acababa de insinuar que necesitaba amigos?

Lo último que me faltaba.

—Pero, Zoe... escucha, ya sé que lo hiciste en plan... Bien. Pero ¿un hurón? ¿En serio? ¿Por qué simplemente no me enviaste el número de algún amigo o algo?

—Oh, ¿quieres que lo haga? Me lo hubieras dicho antes, porque, de hecho, tengo un amigo llamado Aldo que...

—¡No, Zoe! No quiero, ni siquiera sé qué voy a hacer con este animal. Dios, es que solo actúas, no piensas en las consecuencias.

—O sea... Topi, tienes diecinueve años, ¿sabes? La *nonna* se divierte más que tú. Tienes un hurón, ahora encárgate. Por cierto, no tiene nombre. Y lamentablemente no podemos llamarlo princesa como a nuestro primer perrito porque...

Y colgué, era suficiente dosis de mi hermana por ese día, el siguiente y todos los próximos a ese. Tenía lo suficiente para mantenerme y ahora debía mantener a un animal.

Y lo peor de todo es que era tan tierno que no quería devolverlo.

—Hola, pequeñín —lo miré por unos segundos y el animalito asomó la cabeza sobre la caja.

Me senté en el piso y sonreí, definitivamente me lo quedaría.

Pero no le agradecería a Zoe, no lo merecía.

En cuanto terminé de ordenar las cosas en la sala, llevé al hurón al veterinario para que lo revisara y me explicara básicamente qué cuidados necesitaba.

No tenía que comprar nada, sin contar la comida, mi hermana lo había comprado todo y empezaba a sentir que lo hacía por culpa. Conocía más que nadie a Zoe, seguro había hecho algo y no me lo había dicho.

—No puedo creer que no le pueda poner un nombre, ¿es posible, Dest? — pregunté a mi amiga desde el teléfono; había decidido viajar con su novio a quién sabe dónde y me había dejado sola. ¡Gran amiga! —. No, no le voy a poner Topi, no me estás ayudando, Dest —gruñí para luego sonreír en cuanto oí su risa—. Como sea, debo volver a entrenar a esa rata, nos vemos.

Y colgué. Había sido un mes lleno de tranquilidad, «si tranquilidad le llamas a ser

mordida por hurones». El pequeño animal había llegado hasta el punto de hacerme perder la paciencia, y leyendo en internet, entendí que como cualquier animal doméstico, debía aprender.

Tenía su propia caja de arena como un gato, su comida especial y hasta galletas para premiarlo.

Aunque también había tenido que cerrar bien las puertas y tapar cada lugar donde sería peligroso tenerlo.

Un plus: era tierno. Y por ese mismo motivo, aunque me había mordido más de cien veces, quería tenerlo.

Pero me faltaba el nombre y estaba a nada de ponerle Myrtle o algún nombre parecido.

—¡Ya voy! —grité mientras iba corriendo hacia la puerta.

—Hola, Chispita —me sonrió y rodé los ojos cerrándole la puerta.

Habíamos quedado en que él tocaría aunque tuviera llave por el simple hecho de que podía estar desnuda cantando en la sala y podía verme hacer el tonto y... No.

—Oh, Chispita, ¡deja caer tu cabello! —gritó desde afuera, yo traté de no reír y volví al sofá. Entonces él abrió la puerta.

El respeto no duraba tanto, amigos, claramente.

—Chispita, es una falta de respeto dejar a tus invitados afuera luego de cerrarles la puerta en la cara.

—No eres mi invitado, no me interesa —puse los pies sobre la mesa de centro mientras cambiaba de canal.

—Qué mal humor tenemos hoy, ¿eh? Yo solo venía a ver có... ¡¡Ah!! —un grito me sacó del aburrimiento que estaba teniendo al hacer *zapping* en la televisión—. ¡Hay una rata en el departamento, Abby! ¿Debemos llamar a los exterminadores? —preguntó sentándose a mi lado... Y me abrazó.

«He aquí el gran hombre soltando testosterona por donde se le mirara».

—Tranquilo, damisela en apuros; no es una rata, es un hurón. Y definitivamente no llamaremos a un exterminador. Además de eso, te he dicho incontables veces que dejes de abrazarme —entonces él me miró y se pegó más a mí.

—Hola, Abs —sonrió y empezaba a acercarse, ni siquiera tuve tiempo para forcejear, ya que de un momento a otro Nate se quejaba porque el hurón le había mordido la mano. Gruñí y me acerqué al animal, golpeé su hocico sin llegar a hacerle daño y con un seco «No» lo metí en la jaula.

Qué rara forma de domesticarlo, pero eso me lo había dicho el veterinario, ¿y qué iba a hacer yo? Pues hacerle caso.

Nate me miraba confundido y asombrado a la vez.

—Le pegaste porque no dejó que te besara, ¿verdad? —bufé golpeándome la cara.

—No puedo creerlo. ¿Es que acaso ensayas para decir estupideces o te salen al natural?

—Ey, tranquila, intentaba amenizar el momento, ya que tu rata gigante arruinó

nuestro beso.

—¿Nuestro beso? ¿Cuál? ¡Nate, deja de molestar! —golpeé el piso con el pie y gruñí.

—¿Pintaste el departamento? —sonrió y cambió totalmente de conversación.

—No, las paredes se aclararon solas.

—¿Puedes dejar el maltrato por un minuto?

—Lo haré cuando seas amable o veas *Frens*.

—Pues *Frens* será —dijo él y volvió a sentarse tranquilamente en el sofá.

—¿En serio? —dije inmóvil, mirándolo como tonta. ¿Qué más haría?

—Claro, tengo mucho tiempo.

Alcé una ceja y caminé hacia mi habitación despacio mientras miraba hacia atrás al chico que cómodamente miraba el techo de la sala. En cuanto saqué toda la colección de *Frens* para acomodarla sobre la mesa de centro, Nate se incorporó en el asiento.

—¿Vamos a ver todo eso hoy? —preguntó mirándome y solté una carcajada.

—Ni aunque quieras, son casi doscientos cuarenta capítulos.

Y como si nunca lo hubiera imaginado, tenía a Nate a mi lado, riendo y viendo una serie que «no le llamaba la atención».

Hasta que empezó a verla, claro.

—¿Cómo se llama esa rata? —preguntó mirando al pequeño animal que dormía en su jaula.

Habíamos tomado un descanso luego de ver seis capítulos de la primera temporada. Estaba preparando una gran taza de chocolate caliente porque el frío empezaba a congelar mis dedos.

—No tiene nombre —me encogí de hombros y volví a la alacena para sacar los malvaviscos.

—Se parece a ti, tiene esa nariz pequeña, ojeras y se la pasa durmiendo todo el día. Oh, y además de eso, es agresivo —lo miré entrecerrando los ojos y le pegué en el brazo—, ¿lo ves?

—Eres un tonto.

—Lo llamaré Sparky.

—¿Qué?

—Sparky significa chispita, se parece a ti, ¿no? Bien, lo llamaré Sparky —lo miré y reí negando con la cabeza.

—Me gusta Sparky —sonreí de lado y caminé hacia la sala, aunque Nate me detuvo.

—A mí también me gusta Sparky —por un momento pensé que había oído «me gustas»; cada día me volvía más loca—. Me voy, Chispita.

Y no quería que se fuera. Estaba tan... Esperen, ¿qué? No, no, no. ¡Definitivamente no!

—Bien, cuídate —dicho esto, me acerqué a él, planté un beso en su mejilla y volví a mi camino con destino al cómodo sofá de la sala.

—Eh...

—¿Qué? —pregunté ya sentada, tomando el control.

—¿Puedo volver mañana? Para seguir viendo... —lo miré riendo y él alzó una ceja.

—¿En serio necesitas preguntar? Si nunca lo haces.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un qué me queda.

—¿Eso significa que te agrado?

—Largo de aquí —señalé la puerta y Nate riendo salió del departamento. Yo rodé los ojos y sonreí mordiéndome el labio inferior mientras negaba con la cabeza.

Buenas noches, Nate.

¿Dónde está?

Los niños habían comenzado las clases; Chloe y Kyle tenían mucho trabajo, la cafetería empezaba a llenarse de clientes y Nate empezaba a convertirse en un adepto de aquella serie de los noventa.

Solución al conjunto:

Yo cuidando a Theo y Alai en el departamento junto a Nate viendo *Frens* luego de un largo día de trabajo, incluyendo viajes al contenedor para comprar ingredientes al por mayor.

Habían sido días largos y por fin llegaba un viernes, dos días más y no tendría que cuidar a nadie, ni ponerle una serie a alguien, ni atender a raros adolescentes con obsesiones a llevar un libro y tomar un café a pesar de que no estaba leyéndolo porque claramente tenía el libro al revés.

Nada de eso, solo me faltaban dos días y el preciado viernes llegaría. Me sentía como un naufrago dando últimos manotazos en el agua y tratando de alcanzar un barco.

Oh, ya empecé a alucinar, vamos allá.

—Abby, necesito que compres esto —dijo la dueña, que me entregó un papel y dinero—. Falta solo esto y podrás irte a casa.

—Sí, claro, voy para allá —me saqué el delantal para empezar a doblarlo cuando me toqué la frente.

—¿De nuevo, Abby? Seguro te vas a resfriar, mejor no compres nada y...

—No, está bien. Compro las cosas y me voy a casa, no se preocupe —sonreí y terminé de guardar las cosas para salir de la cafetería.

Llevaba un par de días sintiendo síntomas de gripe, pero no quería aceptarlo; al parecer iba a pasar ese fin de semana enferma. ¡Genial!

Encendí mi motocicleta y manejé directamente a la tienda mayorista; debía comprar vasos y algunos ingredientes que faltaban en reserva.

Collins

«¿Qué haces, Chispita? 12:30».

Chispita

«Compras de la tienda. Hablamos luego, estoy trabajando y estoy ocupada, adiós. 12:32».

Collins

«Oh, qué humor. ¿También estás en tus días o qué? 12:32».

Chispita

«Si amas tu descendencia déjame tranquila. 12:35».

Collins

«Ten un bonito día :). 12:36».

Suspiré y guardé el teléfono.

Compré las cosas que faltaban y volví a la cafetería para dejarlas. Estaba por ir a casa hasta que recordé que Etienne me pidió que pasara por la tienda; tonto excuñado.

Iba en la moto con un *cupcake* y un café enviado por la dueña para Etienne, me estacioné frente a la tienda y bajé. Ni siquiera podía sacarme el casco por el café que tenía en la mano, aunque estaba tapado y era un *frappuccino*. Con suerte podría hacer una entrada de película en cámara lenta sacándome el casco mientras entraba en el lugar.

Debo dejar de comparar mi vida con películas de bajo presupuesto.

Debo dejar de ver películas de bajo presupuesto.

Como sea, entré a la cafetería, y no pude hacer mi entrada triunfal, el casco se atoró con la puerta, logré sacarlo del atoro y me golpeé la pierna con una repisa de discos y, para colmo de mal, cuando quise quitarme el casco, se atoró en mi cabeza.

¡Sálvame, por favor!

Tomé un largo suspiro, dejé el *cupcake* y el café sobre la repisa, me quité el casco sudada y con el cabello en la cara para dirigirme hacia el «franchute» que me miraba divertido.

—No quiero oír una sola palabra sobre mi apariencia, voy al baño —caminé alzando la mano hacia el lugar ya mencionado y me acomodé el cabello, me lavé la cara y retoqué el maquillaje. Tomé más aire y asentí.

¿Por qué me ocurrían estas cosas? Durante mi estadía en la casa Collins no había pasado por tantos ataques de ridiculez.

Sin duda los extrañaba.

Caminé hacia el chico y recogí el *cupcake* más el café esperando a que terminara de atender a quien sea que estuviera atendiendo.

—¡Abby! —oí simultáneamente.

Oh, vamos.

Los pelirrojos repetidos y el gruñón estaban a mi lado, y no me había dado cuenta de su existencia hasta que los oí. Eso era tan cliché, ¿cómo me iba a pasar eso?

—Hola, chicos —sonreí de lado y giré a ver al francés—, esto...

—Así que trabajando, ¿no?

—¿Qué? —reí al ver a Nate.

—Que estabas ocupada y trabajando, que no podías hab...

—A ver, espera, niño bonito. Uno, ¿me estás reclamando? Dos, no tengo por qué darte explicaciones. Y tres, ¿qué rayos te pasa?

—Que me mentiste y, sobre todo, vienes a dejarle cositas al franchute de tu amigo.

—¿Qué? Oh, por Dios, ¿acaso estás celoso? —empecé a reír y negué con la cabeza—. Etienne, la señora Bridget te envía estas cosas, dice que gracias por ayudarla el otro día con el cartel de la tienda. ¿Tenías que decirme algo?

—No, yo solo quería preguntar si sabías algo de tu hermana —me miró un tanto cabizbajo y ladeó el labio.

—Ánimo, yo creo que tienes posibilidades de volver con mi hermana, intentaré hablar con ella, ¿sí? Nos vemos —besé su mejilla y giré—: Los veo luego, chicos. Tarado, y yo por preguntar si estaba celoso, aunque celoso no, tonto, claro que sí.

Manejé hasta el departamento y encendí mi *laptop*, buscaba departamentos cercanos y pequeños, no quería seguir dependiendo de algún modo de Nate.

Pero los ojos cada vez me pesaban más, así que una hora después decidí ir a dormir.

Al día siguiente no fui a trabajar, llamé a mi jefa y ella con un «te lo dije», me dio permiso para faltar. De todos modos, Katherine, mi compañera, podía remplazarme.

Cerca de las diez de la noche, Chloe llamó—: Abby, lamento interrumpir, pero ya no sabía a quién más llamar, ¿sabes dónde está Nate? Hoy se peleó con su papá, no lo había oído hablar desde hace mucho, no quería oír su voz en estas condiciones —se lamentó con la voz quebrada.

—Intentaré buscarlo, hablaré con sus primos.

—Me han dicho que no saben dónde está, pero yo creo que sí saben algo, Ty se oía sospechoso.

—No se preocupe, yo hablo con ellos.

—Gracias, Abby, llámame si sabes algo de él.

—Lo haré. Llamaré en cuanto tenga noticias.

«Nate Collins, si te encuentro con tus primos, te diré hasta cómo naciste».

Me puse un *jersey*, una chaqueta y bajé en el ascensor ensayando las cosas que le diría.

Toqué la puerta y Mark abrió.

—Hola, bonita, ¿cómo estás? —se acostó sonriente en el marco de la puerta.

—¿Dónde está Nate?

—¿Nate? No lo sé. ¡Ty!, ¿sabes dónde está Nate? ¡Abby está aquí!

—Eh, yo no sé —habló el segundo pelirrojo y se paró al lado de su hermano.

—Hay muchas cosas que no me gustan, pero *detesto* que me mientan —recalqué el «detesto» mientras agarraba de las solapas a ambos—. ¿Dónde está su primo? —pregunté separando cada palabra por un largo espacio.

—Está en el cuarto de huéspedes —Ty respondió cerrando los ojos.

—Cobarde —susurró Mark mientras yo caminaba hacia las escaleras rápidamente para luego tocar la puerta.

—¡Estoy durmiendo! —se quejó Nate, alcé una ceja y volví a tocar la puerta. Minutos después de mí tocando como una desquiciada, el chico abrió.

—Oh... Pensé que eran mis primos —me miró detenidamente.

—Tienes los ojos rojos. Estuviste llorando, ¿verdad? —pregunté al entrar, el olor a tabaco inundó mis fosas nasales e hice una cara de asco girando a ver al chico que había cerrado la puerta y se había acercado a la ventana.

—Eso no importa —soltó dando una calada al cigarro.

—¿Estás fumando? —pregunté girándolo y haciendo que quedara directamente frente a mí.

—No, es una metáfora —se burló soltando el humo en mi cara, provocando que empezara a toser, yo le quité el cigarro y lo pisé.

—¿Eres idiota o qué? ¿Quieres vivir pegado a un tanque de oxígeno para toda la vida? Te recuerdo que hace un mes tuviste una crisis de asma, ¿te suena eso? ¡Asma! —le pegué en el brazo y boté lo que quedaba de cigarro a la basura—. Inconsciente, tu madre está preocupada por ti, y tú aquí fumando con ese aliento a alcohol, ¿te parece bien?

—Tranquila mujer, está todo bien —sonrió acomodando el brazo en la ventana.

—¿Todo bien? ¡Te peleaste con Kyle! Estuviste tomando y estabas fumando hasta hace unos segundos. Por supuesto que no está todo bien, le diré a tu mamá que estás a salvo.

—¡No! No quiero que les digas nada a ellos —se volvió a quejar, pero esta vez tenía la voz quebrada. ¡Oh, por Dios! ¡Un borracho sentimental!

—No me interesa, solo le diré que estás bien.

Rodé los ojos y llamé a Chloe: solo le dije que su hijo estaba bien y que estaba con sus primos, felizmente se quedó más tranquila y volví con el chico que estaba ahora dormido en su cama provisional.

—Nate, me voy a dormir, vuelve a tu casa mañana, ¿bien? Tu mamá estaba muy preocupada por ti —hablé tocándome el oído y cerrando un poco los ojos.

—¿Qué pasa? —susurró medio dormido; yo negué con la cabeza.

—Nada, no pasa nada, vuelve a tu casa mañana. Adiós —sonreí de lado y salí.

Necesitaba un médico, y gracias a Dios, mi vecino lo era.

Lo único que dijo era lo obvio, que tenía gripe y me recetó algunas cosas, cosas que pediría por *delivery* porque me negaba a salir del departamento. Por supuesto, me quedé dormida y no compré nada. Al día siguiente desperté por un raro olor a quemado que me asustó, y me asustó aún más ver a Nate sentado al lado de mi cama.

—¿Qué rayos haces aquí? —le pregunté agarrando un rollo de papel higiénico y finamente me soné los mocos vaciando las fosas nasales. Fue todo finamente, ¿bien?

—Vine a verte y encontré esta receta médica, así que te compré las cosas. Tu vecino, el señor Andrew, dijo que estabas enferma... Y qué mal te ves.

—Gracias, Nate —fingí una sonrisa e intenté sentarme, pero fallé en el intento.

—Quédate ahí, toma esto —me pasó unas galletas y una botella de agua—, come primero las galletas, debes tener algo en el estómago antes de tomar las pastillas.

—¿Por qué haces esto? —pregunté comiendo.

—Porque sí —se encogió de hombros y me entregó unas pastillas.

—¿Algún día dirás algo más que «porque sí»? —reí tomando las pastillas.

—El día que no hables tanto, tal vez.

—Yo hablo por los dos, lo siento —sonreí tomando agua—. ¿Huele a que algo se quemó?

—Bueno, hice sopa de pollo para ti —dijo mirando a otro lado.

—¿Y la quemaste?

—Bueno, algo, creo.

Sonrió inocentemente y yo empecé a reír.

Por si se lo preguntan, la sopa estaba horrible. Pero lo que vale es la intención, ¿no?

Condiciones II

El día anterior lo pude utilizar para escribir, pero increíble o no tuve a Nate pegado todo el día, conversando, viendo *Frens* y acompañando en silencio.

Y aún más increíble: sin molestar.

Tal vez solo lo hacía porque estaba enferma y de todos modos no se me había ocurrido tratar el tema de la pelea con su padre; hasta que ocurrió—: Nate.

—Sí, ese es mi nombre.

—Qué tonto eres —el chico rio y alzó las cejas haciendo una seña para que siguiera hablando.

—¿Puedo preguntar algo? Además de esta pregunta, claro.

—Chica lista —sonrió dejando su teléfono y mirándome—: ¿Cuál es tu pregunta?

—¿Por qué peleaste con Kyle? Digo, si es privado no hay problema, pero es que es muy raro que...

—Por ti.

¿Qué?

—Eh, ¿por mí?

¿Qué?

—Llegué un poco pasado de copas, entré por la puerta principal, mi padre me vio y directamente te echó la culpa a ti.

—¿A mí? ¿Y yo por qué? —agudicé la voz haciendo que Nate riera ligeramente.

—Porque por algún extraño motivo cree que eres una mala influencia para mí, pero buena para mis hermanos. Y al final terminé hasta... Bueno, eh...

—Termina de hablar, hombre —amagué un golpe, pero él sonrió y me detuve.

—Le reclamé porque te despidió. ¿Bien? Por eso también fue —lo miré y sonreí. Sonreí en grande y no pude evitar estirar los brazos y sostenerlo en un fuerte abrazo.

—Oye, no, fuera de aquí, mocosa. ¡Estás llena de gérmenes! ¡Deja de tocarme!

—se quejó tratando de soltarse y yo reí recostándome de nuevo.

—Gracias por defenderme.

—No te defendí.

—Sí que lo hiciste. Y gracias, pero no debes pelearte con tu padre por eso, creo que deberías ir a tu casa y hablar con él.

—No sabes cómo es mi padre.

—Déjame decirte una cosa: conozco una pequeña parte de tu papá. Pero tú no

conoces al mío, así que sé feliz con Kyle.

—No puedo ser feliz con mi padre.

—Sí puedes, solo ve y háblale.

—No es tan fácil.

—Nada es fácil en esta vida.

—Para ti sí lo es.

—¿Quién dice?

—Yo.

—Eso no vale. Tu límite de extremo ha sido salirte por el patio trasero de la casa para ir a un partido de básquet.

—Eso no es cierto, también fui al parque de diversiones —me miró y yo empecé a reír.

—Pues necesitas salirte de esa burbuja.

—Sé mi aguja.

—¿Aún quieres viajar, Nate?

—Te lo planteé, sigo esperando una respuesta afirmativa.

—Sí.

—¿Sí? ¿Sí qué?

—Sí viajaré contigo.

—¿En serio?

—Sí, pero tendremos un par de condiciones, unas cuantas reglas y muchos planes por hacer.

Y toda esta conversación había surgido tan rápido que apenas pude reaccionar.

—¿Hablas en serio, Abs? —preguntó sonriendo como un niño emocionado.

—Sí, y la primera condición es que vas a arreglar lo que sea que haya pasado con tu padre, no quiero que viajemos y me eche la culpa de que lo estoy separando de su bebé o algo por el estilo.

—Bien.

—La otra condición es que vas a viajar como yo lo hice, nada de primera clase u hoteles cinco estrellas.

—Eso no lo prometo, ¿eh? Sabes que tengo alergias y es primordial en mí tener un cuidado en la limpieza —le tapé la boca y negué con la cabeza, pero él me quitó la mano—. ¡Aleja tus gérmenes de mí, mocosa!

—Entonces cállate, no pienso viajar contigo y soportar quejas sobre el clima, gérmenes o tonterías que son parte de la vida diaria. Vas a viajar y si es posible te meteré en un lago lleno de lodo y vas a saber por qué me gusta tanto viajar. ¿Oíste, Gargamel? —entrecerré los ojos y Nate asintió lentamente sonriendo de lado.

—Sí, mamá.

—¿Ya fuiste a hablar con tu papá?

—¿En qué momento si he estado contigo todo el tiempo?

—Por eso, ¿qué esperas para ir? —abrí las manos en forma obvia y él rio parándose.

—Bueno, pero si te pasa algo mientras no estoy no será mi culpa —argumentó haciéndome rodar los ojos.

—Por favor, tengo diecinueve años, vivo sola desde los dieciocho, y prácticamente me cuido desde los trece. No necesito a un chico gruñón de la vida para cuidarme por una tonta gripe.

—¿Y si entra un malhechor para robarte?

—Le daré tu sopa, estoy segura de que sabrá huir por su vida —entonces me miró fingiendo una risa separada soltando un «ja, ja», a lo que yo empecé a carcajearme para luego toser.

—Será mejor que me vaya, no puedo soportar tanto maltrato en este lugar —echó una mirada rápida y giró la cara— ni gérmenes.

—Que te vaya bien con tu padre.

—Gracias, Chispita —volvió a mirarme y sonrió para luego irse.

Así que me fui a dormir, dejando la sopa cerca... Por si llegaba algún criminal. El día siguiente a ese y el siguiente a ese otro pasé los más horribles, virulentos y congestionados días de enfermedad, y no tenía a la *nonna* con sus mejunjes raros curándome al día siguiente.

Mi abuela era la mejor y todos lo sabían, pero no, tenía que estar en Italia a un océano y un par de países lejos de mí. Claro, había una posibilidad de visitar a mi familia antes de que vinieran a vivir a Counterville, pero ni siquiera me había planteado a qué países viajaría con Nate. Teníamos mucho por conversar y, de hecho, también teníamos que hablar con sus padres.

—Pero no soy un niño, ¡puedo viajar por el mundo si quiero! —se quejó caminando directamente al sofá para sentarse.

—A ver, niño bonito... Puedes ser mayor, pero debes hablar con tu papá de todas maneras. ¿Tú crees que es normal que hayas estado encerrado por más de un año en tu habitación sin hablar y que de la nada quieras viajar por el mundo? Tienes que darles la seguridad de que vas a estar bien, no sé qué problemas hayan pasado, pero eso no significa que tus padres no te quieran.

—Bebé, yo... Todo esto pasó tan rápido —decía Chloe sonriendo con ternura.

Estábamos en casa de los Collins hablando con Chloe sobre si «decirle a Kyle todo o no»; por supuesto, el único que no estaba de acuerdo con el trato era Nate—: A él no le interesa.

—Claro que sí.

—No sabes nada.

—No es necesario, se nota que tu papá te quiere y se preocupa por ti.

—¿Cómo lo sabes?

Abrí la boca, y tan pronto como la abrí, también la cerré. Kyle entró en la casa y cuando nos vio, saludó confundido.

—Buenas tardes, señorita Black.

—Buenas tardes, señor Collins —asentí tan seria como él.

—¿Se puede saber a qué debo el honor de su visita?

—No importa, de todos modos ya me voy, no se preocupe; no molesto más —sonreí de lado, me despedí de Chloe con un afectuoso abrazo y luego giré a ver a Nate—. Hablamos luego, Nate.

Pero como dije antes, el chico era terco, no dejó que saliera y tomó mi brazo deteniendo mi repentina huida.

—Padre, debo hablar contigo.

Padre, ahora yo me sentía irrespetuosa por llamar a mis papás por su nombre de pila de vez en cuando.

—¿Qué pasa, Nathaniel? —El hombre aclaró la garganta y miró a su hijo—. Hum, Nathan. Lo siento, es tan raro oír tu voz —sonrió de lado.

—Viajaré con Abby —entonces el abogado se apoderó de su lado paternal.

—¿Qué? ¿Cómo que vas a viajar con Abril? Creí que eso ya estaba hablado.

—Padre, eso lo has dicho tú, yo no intervine en esa «discusión». Soy mayor de edad y creo tener suficiente responsabilidad para cuidarme solo, ¿verdad?

—Hijo, no tengo problemas en que viajes, pero... —me miró. Ah, ¡yo era el problema!

—Ya sé que crees que Abby es una mala influencia, y no entiendo por qué. Theo se porta mucho mejor desde que llegó, hace sus tareas y mamá puede trabajar aquí; Alai ya casi no llora. ¿Me ves? Estoy aquí frente a ti hablando. ¿Quién crees que fue capaz de hacer todo esto?

¿Puedo presionarle los cachetes y abrazarlo hasta dejarlo sin aire? Esto no era normal, el chico hablando bien de mí y yo queriendo abrazarlo.

Oh.

—No discuto que Abril les ha hecho bien a tus hermanos, y a ti, pero tú eres diferente, hijo. Ella no sabe que...

—Eso no importa, nada de eso importa. Quiero viajar igual, solo que gracias a Abby estoy aquí contándote lo que haré.

—Bueno, es suficiente. Nate, creo que esto es algo que no debería estar oyendo. De verdad lo siento, pero no quiero verlos pelear por mi culpa. Señor Collins, solo quiero que sepa que no soy mala influencia para Nate o para cualquier persona que puede acercarse. Considero que cumplir las metas que tengo desde que era una niña no es ser mala influencia para nadie. Si tiene algún problema con mi forma de vida, con todo respeto le digo que no me importa. Hasta ahora no entiendo el porqué de mi despido, pero quiero que sepa que eso no me va a detener. Ahora sí me voy. Nate, mejor dejemos esto como está, ¿bien? En serio no quiero ver más peleas. Disculpen la molestia y dejaré el departamento esta semana. Dest me ha dejado quedarme en su casa hasta que encuentre un lugar; buenas tardes —sonreí asintiendo y caminé hacia la salida. Pero como Abby no puede tener un segundo de seriedad, tropecé con el escalón que daba a la puerta y casi me caigo—. ¡Estoy bien! —murmuré suspirando y esta vez saliendo con la poca dignidad que me quedaba.

Pero esto no fue suficiente porque realmente sentí el significado de acoso durante toda la semana. Nate me mandó mensajes, me llamó, me buscó e insistió.

E insistió.

Y mandó a sus primos.

E insistió.

«Chispita, por favor. ¿En serio vas a cancelar todo por los caprichos de mi padre? ¡No es justo!».

Envió un mensaje por enésima vez.

Rodé los ojos y decidí contestar.

«No quiero más peleas, déjame trabajar, Collins. Hay mucha gente en la cafetería y me estás distraendo».

Pero era mentira, apenas había un par de personas.

«Guau, pues debe ser que ese señor de cuero cabelludo brillante es muy grande y cabe en toda la cafetería, porque no veo a muchas personas».

Entonces yo giré rápidamente a la puerta y lo vi parado, pegando la frente a la gran ventana. Estiraba el labio inferior y abría exageradamente los ojos haciéndome reír y provocando también que Bridget girara a verme confundida.

—¿Qué pasa, niña? —sonrió tomando mi brazo. Yo dirigí la cabeza a donde estaba Nate—. Oh, ¿es tu noviecito? —preguntó con cierta ternura maternal que me hizo recordar a la *nonna*.

—No, no. Es el hermano de Theo y Alai —respondí rápidamente e hice un ademán para que el chico en cuestión entrara.

—Hola, Chispita.

—Hola, Nate. Ella es Bridget, mi jefa.

—Buenos días, señora, es un placer —saludó educadamente y estiró la mano; automáticamente Bridget la estrechó.

—También es un gusto, Nate. ¡Qué educadito! —aplaudió con delicadeza y sonrió. Sí, la señora era muy amorosa... Demasiado.

—Abby, disculpa que venga sin avisar, pero creo que tu teléfono celular ha estado fallando toda la semana y no me contestabas —sonrió inocentemente mientras yo entrecerraba los ojos.

—Sí, estaba un poco ocupada, en... El trabajo —hablé aún con los ojos entrecerrados tratando de obtener los poderes de Matilda o tal vez de Carrie para golpearlo con algo.

—Bueno, no te preocupes. Ya que estamos aquí, ¿usted cree que pueda llevarme a Abby un poco más temprano hoy? —preguntó sonriéndole a Bridget. Estaba usando esa tonta sonrisita.

—Sí, claro que sí —accedió Bridget de forma cómplice.

Entonces cinco minutos después caminaba por el centro comercial con Nate, sin decir una sola palabra yendo a quién sabe dónde.

—Ya estamos aquí, padre —habló un Nate algo serio, yo alcé la mirada y me tensé. Vamos, ¿de nuevo?

—Hola, Abby —dijo Kyle ligeramente avergonzado.

—Hola, Kyle. ¿Qué hacemos aquí?

—Vine a ofrecer unas merecidas disculpas.

Ah, bueno.

Planificación

—No, Kyle, no me debe nada, no se preocupe.

—Claro que sí, yo no sabía que Nate había estado... Fumando —giró a verlo y Nate bajó la mirada—. Tú lo enviaste a que arreglara las cosas conmigo, ¿verdad?

Yo lo miré y asentí levemente—: ¿Lo ves? ¡Lo mereces! —estiró las manos dándole más énfasis a lo que decía—. Lo siento, Abby.

Pensé mal de ti y era todo lo contrario, te pido que ignores todo lo que yo había dicho; si quieren, puedo financiar su viaje.

—No —dijimos Nate y yo simultáneamente.

—¿No?

—Nosotros mismos pagaremos, la idea de este viaje es conseguir un sueño, tenemos que trabajar en ello —hablé seriamente y él asintió.

—Pero ¿me disculpas?

—No tiene por qué disculparse, Kyle. Todo está bien.

Me encogí de hombros y él solo asintió. Entonces me fui siendo seguida por Nate. Un Nate con una gran sonrisa.

—¿Eso significa que sí viajaremos?

—Eso significa que te callas, tenemos mucho que planear.

—¿Eso es un sí?

—Haz tus maletas, Collins —sonreí caminando con las manos en el bolsillo.

Y la planificación del viaje empezó.

—Estados Unidos.

—No.

—¿Por qué?

—Ya fui varias veces, Nate.

Me quejé, estábamos sentados en el sofá con ambas computadoras sobre las piernas tratando de organizar de forma pacífica un plan de viajes; adivinen quiénes no tenían nada.

—¡Pero yo quiero ir! —dijo como un pequeño niño mirándome.

—Bien, pero iremos menos tiempo. ¿Contento? —él asintió y lo escribimos en la lista. Por fin teníamos el primer destino—. ¿Qué tal Canadá?

—¿Para qué?

—No he ido a Canadá —me encogí de hombros mirándole.

—Mejor vamos al sur.

—¿México?

—Sí, también. Pero quiero ir a... Hum, no sé —tecleó algo y luego sonrió—. ¿Qué tal Chile? O no sé. ¿Venezuela? Colombia, Perú, Argentina.

—Hey, tranquilo, pequeño saltamontes. Podemos hacer un recorrido, me gusta la idea.

—¿Entonces qué?

—Comenzamos por México, luego Venezuela, Colombia —señalé con el dedo en el mapa—. Bajamos hacia Perú, luego a Chile, seguido de Argentina y de aquí hacia Brasil.

—Y de Brasil cruzamos hasta Londres, luego a España, Francia y Alemania.

—Son muchos países ya, ¿no crees?

—Cierto, espera, solo uno más. Terminamos en Italia.

—¿Qué? —alargué abriendo los ojos.

—Eh, sí, Italia. ¡*Pizza, mamma mia, ciao, buongiorno!* —alzó la mano haciendo una mala imitación de italiano. Si mi padre lo hubiera visto, ya estaría bastante avergonzado de haber hablado siquiera.

—No, Nate, no hagas eso —reí bajándole la mano.

—¿Por qué no? Podemos ir a Roma, a Venecia, Verona...

—No, no, no. Verona no —reí negándome—, toda mi familia está ahí, todos nos conocemos ahí, si alguien me ve mi familia se enterará y querrán que me quede con ellos durante la estadía en Italia.

—Pero ¿y no está bien? Es decir, puedes ir a ver a tu familia —me miró confundido. Yo sonreí y encogí los hombros.

—No es tan fácil, vine a vivir sola por muchas razones, una de ellas fue la exagerada protección de mi familia.

—Pero siempre me mandas a que arregle las cosas con mi familia y tú no lo haces, ¿cómo es esto entonces? —preguntó sonriendo.

—No voy a dejar que juegues con las palabras, no voy a Italia. Yo no tengo problemas con mi familia, es solo que son muy... Si te ven, ellos... —suspiré y me tapé la cara.

—Anda, Abs. No te escondas. Tú misma me dices que los extrañas. Un par de días no te harán mal.

—Nate, no es tan fácil.

—Nada es fácil en esta vida —me imitó alzando una ceja. Yo entrecerré los ojos y le pegué.

—Bien, iremos. Pero si terminas amarrado en una estatua de la plaza mayor con mis tíos gritándote cosas no será bajo mi responsabilidad.

—No creo que pase eso.

—No conoces a mi familia —sonreí inocentemente y escribí en la *laptop*.

Nate no sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo. ¡Qué digo lobo!

Esto era la boca de la mamá loba en el momento que atacaban a sus crías, ahí

estaba Nate, vestido tal vez con un atuendo lleno de carne como aquella cantante que vi una vez. Esa era una buena situación.

¿Qué estoy pensando? ¡Concéntrate, tonta!

—Y necesitaremos una carpa de... ¿Me estás escuchando?

—No, ¿qué dijiste? —reí abriendo una nueva página de Word.

—Que necesitamos una carpa para...

—¿Una carpa? ¿Tú crees que vamos a dormir en un parque o qué?

—Pues no sé qué llevar y tú estás aquí pensando en quién sabe qué.

—No es tan difícil, conozco gente en Estados Unidos y México, necesitamos ropa básica para los seis primeros países en Sudamérica. Supongo que hablaré con Dest para que cuide a Sparky mientras no esté —ladeé la cabeza tomando en brazos al pequeño animal que descansaba tranquilamente—, tendré que dejarte un par de meses, pequeñín. Ahora... Tengo el dinero que me pagaron durante estos meses, no lo gasté porque no tenía en qué.

—Pues... Yo también tengo una cuenta de ahorros —se encogió de hombros.

—Sí, pero no quiero saber cuánto hay. Ya hablé con Bridget y trabajaré hasta el próximo lunes. Tenemos que comprar los boletos para irnos la próxima semana.

—Bien, yo pagaré los boletos, y no aceptaré un no por respuesta. Ya rechazaste mucho mi dinero, ahora me toca a mí.

—Como quieras —le saqué la lengua y entré en la página de la aerolínea.

Nate sacó su tarjeta con tranquilidad y, en cuestión de segundos, ya teníamos los pasajes comprados al primer destino: Estados Unidos.

En qué me había metido, Dios.

—Zapatillas envueltas, neceser de aseo, ropa interior, camisetas, sudaderas, *shorts*, un par de suéteres, medias —caminaba de un lado a otro repasando la lista—. ¿Dónde rayos está mi camiseta de pingüino? —grité alzando las manos.

—Está aquí, reina del drama —rio Dest lanzando la camiseta a mi cara.

—Oh, gracias. Necesito *jeans*, y *leggings*, y tal vez unas faldas. ¡Oh, bikini! —grité metiendo todo en la maleta—. Rayos, he hecho la maleta durante tanto tiempo que ahora me sobra espacio. ¿Qué más llevo? ¿Y si me llevo a Sparky? —reí tomando un par más de *shorts* y camisetas.

—Deberías llevar un par de vestidos, vas a estar por Brasil, hace mucho calor.

—Cierto —caminé hacia el armario y saqué unos cuantos vestidos de verano—. Lo demás ya está, las gafas de sol y lo demás está aquí, ¿cómo le estará yendo a Nate con la maleta?

—Los pelirrojos fueron a ayudar hace una hora.

—Bueno, eso no me deja tranquila, será mejor que vaya a ayudarlo. Solo me falta la maleta de mano y eso lo puedo hacer al regreso.

Y felizmente llegué a tiempo, estacioné la moto en la residencial y entré en casa de los Collins.

Los pelirrojos habían puesto una videoconsola en la maleta y estaban buscando la manera de poner también los videojuegos portátiles mientras Nate veía televisión.

—¿Qué rayos pasó aquí? —pregunté entrando y pasando por sobre la ropa esparcida por todo el lugar.

—Sucede que... Oh —Nate miró su habitación y me sonrió—. No sé cómo alistar una maleta y mis primos dijeron que sabían.

—Yo solo pongo calzoncillos, pantalones, zapatillas y camisetas. No uso pijama, así que...

—Mark, cállate, por favor. No quiero saber cómo duermes —alcé la mano haciéndolo callar y levantando algunas cosas que encontraba en el camino—, yo te ayudaré. ¿Dónde están las cosas que compramos ayer?

—Oh, ahí —señaló en una esquina, avergonzado. ¡Ni siquiera se había fijado en aquella bolsa! Me golpeé la cabeza.

—Repetidos, largo de aquí. Vayan a mi casa y díganle a Dest, ella les dará pastel de chocolate.

—¿Hiciste pastel? —gritó Ty levantándose—, lo siento, primo, la comida está antes que tú —palmeó la espalda de su primo y salió corriendo junto a su hermano.

Tomé todo el aire que pude y empecé a decirle lo que debía poner en su maleta, le enseñé a básicamente enrollar la ropa para que todo entrara con facilidad, también le ayudé a alistar su maleta de mano. No podía ser cierto, el día siguiente a ese estaríamos en un avión con destino a Norteamérica.

—¿Desbloqueaste tu teléfono? —pregunté terminando de guardar las cosas en el equipaje de mano.

—Sí, ya lo hicieron y hasta ahora no me explicas para qué me lo desbloquearon.

—Ay, Nate, te desbloquean el teléfono y allá compraremos un chip, así podemos usar los teléfonos fuera del país.

—Deja de tratarme como a un niño.

—Lo eres —cerré la maleta y presioné su mejilla—. Ya está listo, pequeñín.

—Nos vamos mañana, ¿estás consciente de esto?

—Ni me lo recuerdes. Harás que me lo replantee y no vaya a ningún lado —bromeé atándome el cabello en una cola alta.

—Muy graciosa, Chispita.

Al día siguiente, luego de la fiesta de despedida organizada por Chloe, estábamos en el aeropuerto, dos horas antes de partir despidiéndonos para entregar la boleta de factura de la maleta «que previamente había pagado por internet, gracias a Dios» y más trámites aburridos.

—Mi bebé —lo abrazaba de forma orgullosa mientras un par de lagrimillas corrían por sus mejillas.

—Primo querido, deja de perder tu dignidad y suéltame, por favor —le dijo Nate a Mark, quien había montado un drama más grande que la propia Chloe.

—Que tengas un buen viaje, *peque* —Ty me despeinó y lo abracé sonriente.

—Durante el viaje prometo encontrar una chica para ti, pelirrojo —le guiñé un ojo y él se sonrojó.

—Oye, qué tanto le sonríes a mi chica, ¿eh? —preguntó Mark, que me rodeó el

hombro y abrazó sobreprotectoramente.

—Tu chica no está aquí, saca tus manos de mi cuerpo, repetido —entrecerré los ojos mientras Mark reía.

—Cuídalo —me abrazó Chloe.

—Lo haré, como si fueran Alai o Theo, promesa.

—Y tú, cuídala a ella, ¿eh? —miró a Nate, quien cargaba a un Theo medio dormido señalándome mientras sonreía.

—Buen viaje, chicos —dijo Kyle por primera vez.

Primera llamada con destino a Los Ángeles, California. Favor de acercarse a la sala de abordaje.

Anunció la operadora, yo giré a ver a Nate, quien tenía la mirada puesta en mí. Sonreí e hice un ademán para irnos, él asintió y empezamos a caminar, giramos y nos despedimos con la mano por última vez.

Nos vemos pronto, Counterville.

USA-LA, *baby*

Luego de entregar los boletos y la revisión pudimos entrar al avión, las maletas estaban facturadas y Nate miraba de un lado a otro buscando quién sabe qué.

—¿Qué haces?

—Busco el asiento.

—Pero están aquí —señalé los asientos que claramente decían el número designado.

—Ah, ya sabía.

—Vas a la ventana —reí rodando los ojos mientras esperaba a que se sentara.

—¿Puedes ir tú? —me preguntó evitando mi mirada, yo tomé aire y asentí entrando primero. El chico sonrió y se sentó también.

—Disculpen, no pueden hacer eso —la azafata nos habló, yo miré a Nate y ladeé el labio.

—¿Podemos hacer una excepción? Mi amigo no es muy aficionado a los aviones y casi lo he obligado a subir, solo estamos cambiando entre nosotros para que no esté junto a la ventana —la chica nos miró y sonrió disimuladamente mientras asentía.

—Está bien, pero para la próxima elijan bien sus asientos, por favor —guiñó un ojo y se alejó.

La azafata salió luego de un rato en cuanto todos estaban listos para ignorar cómo debíamos comportarnos en caso de un accidente aéreo. Pidió que apagáramos los teléfonos tanto para cuando el avión despegara como para cuando aterrizara. Nate estaba inquieto, no era la primera vez que viajaba en avión, pero por lo que contaba, la última vez que lo había hecho era un niño.

—No va a pasar nada, relájate —sonreí escribiendo en mi *laptop*. Ya habíamos despegado y nuevamente esa voz había avisado que podíamos usar los portátiles.

Me había puesto con la historia y esperaba que la curiosidad de Nate no molestara en ese momento, felizmente se había quedado dormido y estaba en paz. Al lado de Nate, un viejo bonachón me contaba la historia de cómo había conocido a su amada Cleodette.

Era simpático, pero hablaba mucho.

—¿Cuánto falta para aterrizar? —susurró Nate medio dormido.

—Queda una hora y media —murmuré viendo el reloj que estaba en el asiento.

—¿Y viste ese muro con muchos candados en París? Cleo y yo fuimos de los primeros en poner los candados el día que limpiaron el muro.

—¿Y dónde está su esposa, señor? —preguntó Nate, estirándose un poco.

—Mi amada falleció hace un par de años —sonrió de lado.

Un Nate cabizbajo le respondió:

—Lo siento, de verdad sé lo que siente.

¿Cómo que sabes, Nate Collins?

—Tranquilo, muchacho, el recuerdo queda conmigo. Voy a visitar a mi nieto, está graduándose. Debe tener su edad.

—Me alegra mucho, él debe estar muy feliz de tener un abuelo como usted —sonreí cerrando la *laptop*.

—Más le vale, soy la mejor persona que pudo conocer —bromeó tomando un poco de su café y yo reí.

—¿Le molestaría si nos tomamos una foto con usted? Será el primero del gran libro de viajes.

—Sería un honor —nos sonrió amablemente.

Entonces el viejo Gregory se tomó una foto con dos completos desconocidos que hacían caras graciosas en la foto. Conversamos mucho más con él durante la hora y media de camino faltante.

—Ustedes, chicos, me han caído muy bien, estaré los próximos días aquí y luego volveré a Canadá. Si me necesitan o conocen a alguien, llámenme —se alejó luego de darme una tarjeta. Ya habíamos aterrizado y esperábamos la moto que Nate había rentado.

—¿Gregory Maxwell: dueño de C. Bristol Enterprises?

—¿El dueño de la productora?

—¿Cómo no te diste cuenta antes, Nate?

—Yo estuve dormido la mitad de su historia, ¿cuál es tu excusa? —preguntó cruzando los brazos.

—Señor Collins, su motocicleta está lista en el hotel —anunció el chico que nos había entregado las maletas minutos antes.

—Gracias —le sonreí mientras caminábamos hacia el taxi.

—No estoy seguro de esto, Abby, ¿no sería mejor rentar un auto?

—No, es más fácil ir en moto, no seas cobarde y sube al auto, ¿quieres? —reí mientras me acomodaba en el asiento.

Oír a Nate dando excusas sobre la moto luego de haberla rentado él mismo (*tal vez siendo ligeramente obligado*) cansaba. En cuanto llegamos al hotel, Nate pagó el taxi y entramos. Tenía estas puertas giratorias que siempre me habían causado mucha gracia, el botones ayudó con las maletas, al tiempo que nosotros caminábamos a recepción.

—Bienvenida al hotel Questin, ¿en qué le puedo servir?

—Buenas tardes, llamé hace una hora pidiendo una reservación a nombre de Abril Rizzo —sonreí sacando el *ticket*.

—Sí, dice aquí que es una reservación de cinco días para dos personas, ¿cierto?

—Yo asentí y comenzó a escribir cosas—. Tienen la opción de... Dos habitaciones

pequeñas o una espaciosa para dos personas, ambas a precios económicos iguales, ¿cuál desea elegir?

—Supongo que la grande para dos. Con camas separadas, por favor —aclaré mientras Nate se reía de mí. En cuanto pagué y nos entregaron las tarjetas, subimos en el ascensor —al que nuevamente Nate le temía—, y llegamos a la habitación.

—Elegiste la habitación para los dos. Deja de insinuarte Black, no te haré caso —me codeó mientras yo ponía la tarjeta en la puerta para entrar, directamente corrí a la cama cercana a la ventana y puse mi maleta. —No sé por qué corres si sabes que no me gustan los lugares cercanos a las ventanas.

—Es una tradición. Cuando viajo sola también corro hacia la cama. Déjame a mí y a mis rarezas tranquila, ¿bien?

—Aún no contestaste lo de la habitación.

—No tengo nada que contestar, por lo mismo que no te tocaría ni con un palo. Estoy segura de que si vuelves a aparecer en mi cama te dejaré sin descendencia y solo en un país desconocido.

—Desconocido no, yo soy de aquí... lista —rio sentándose en su cama, yo lo miré confundida y me senté.

—¿Eres de aquí?

—Sí, me mudé con mi familia a Counterville cuando tenía diez.

—¿Y por qué no sabía nada de esto?

—Porque no había necesidad, hasta hoy.

—Mira, si me entero de que eres algún tipo de narcotraficante y por eso te fuiste a vivir a otro país a encerrarte en tu habitación, yo no respondo por mis actos — lo señalé amenazantemente y él empezó a reír.

—Tú sí que ves muchas películas, ¿no?

—Tal vez, he pasado mucho tiempo viajando en aviones, hacía eso y escribir en el... —lo miré, me veía atento—, eh... Escribir.

—¿Escribir qué? —yo sonreí.

—Es una larga historia que contar.

Entonces entrecerró los ojos formando un *qué lista* con los labios.

Primer destino en Los Ángeles, California; comida. No habíamos tocado comida y mi estómago rugía cual león hambriento. Felizmente el hotel tenía un bufet en el que se podía comer sin moderación y mi estómago agradecía eso.

Había comido cual cerdo y estaba feliz con esa situación.

El segundo destino era Venice Beach. Nate se resistió claramente a la idea de ir veinticinco minutos en moto para pasar un par de horas en la playa, pero vamos, ¡lo convencí!

Así que ese había sido el primer lugar en Los Ángeles con Nate Collins; no nos habíamos matado y ese era un buen comienzo.

En aquel lugar había una calle llamada Abbot Kinney: un ambiente bohemio que en la mitad tenía una feria donde vendían pulseras tejidas y cosas con las que quedé maravillada, cada casa era de colores y yo no hacía más que tomar fotos.

Incluso le tomé un par de fotos a Nate.

No había estado en Venice Beach; estaba emocionada.

—Oh, mira, ¡malabares! —sonreí halando de Nate hacia donde estaban los chicos que hacían malabares y bailaban.

Era una especie de *break dance*, era *popping*, oh... Estos chicos no tenían huesos.

—No le veo la gracia, ¿qué hacen aquí bailando en medio de la calle? ¿No tienen que estudiar o algo? —preguntó Nate mirando directamente a los chicos, yo giré a verlos y le pegué.

—Cállate, Nate, no todos nacen con un papá abogado y una mamá diseñadora. Si esto es lo que les gusta y lo disfrutan, que lo hagan —me encogí de hombros y volví a mi tarea de tomar fotos.

—Que mis padres tengan dinero no significa que no haga lo que me guste.

—No he dicho eso, pero ya que estamos en el tema... Te recuerdo que estuviste encerrado en tu habitación.

—Sí, pero mi mamá no tuvo nada que ver en esto.

—¿Entonces por qué no le hablabas?

—Larga historia.

—¡Tenemos muchísimo tiempo, Nate! Cuando estés listo, habla —rodé los ojos y me alejé para acercarme a los chicos.

—¡Hola, chica! —sonrió uno de los muchachos que habían estado bailando mientras tomaba agua—. ¿Vienes sola?

—No, con... Un amigo —lo señalé con la mirada y el chico sonrió.

—¿En serio? ¿Qué hace ese chico salido de Beverly Hills por aquí? —rió mientras varios de los chicos se juntaban.

—Estoy mostrándole un poco de la verdadera vida. Como sea... Bailan muy bien —dije emocionada en cuanto el grupo de seis muchachos se reunió.

—Hacemos lo que podemos —habló uno de ellos.

—Soy Andy —habló el primero con el que hablé.

—Yo soy Abby, él es Nate —señalé al chico que se puso a mi lado—, y les tengo una buena noticia.

Sonreí, primera buena acción del día.

Los contacté con Greg, el dueño de C. Bristol Enterprises.

Bien dice siempre mi *nonna*, todo siempre pasa por algo.

—Me siento como un hada madrina —sonreí emocionada mientras tomaba las cosas para ducharme.

—Estás loca, ¿qué pasa si son pandilleros? ¿Estás enviando a unos malandros con un viejo viudo?

—Tú eres un pesimista de lo peor. No puede ser, necesitas una nueva mente.

Rodé los ojos y entré en la ducha con el pijama en la mano. Teniendo a Nate Collins fuera, tendría que cambiarme en el baño siempre.

Además, ¿quién dice malandro en estas épocas?

Solo él, Abs. Solo él.

—¡Abby! ¿Vas a seguir ahí? ¡Tengo hambre! —me gritó mientras me peleaba con el pantalón del pijama.

Cruzaba los dedos para que el Señor se apiadara de mí y no me resbalara metiendo la cabeza al WC.

«Por favor, no, por favor, no».

Y logré ponerme sin problemas los maduros pantalones amarillos adornados con mi caricatura favorita de la infancia. Salí del baño tranquilamente y Nate entró a regañadientes haciéndome reír. Cinco minutos después, el chico estaba en pijama.

Si es que se le podía llamar pijama a unos pantalones cortos color gris y una camiseta color vino.

—¿Vas a bajar a comer así? —rio burlonamente viéndome, yo sonreí y asentí.

—Sí, a mí no me da vergüenza. He trabajado hasta vestida de zanahoria entregando cupones, pantalones así no son lo peor que haya usado. ¿Vamos o qué?

Él me miró unos segundos y rio.

—Estás demente, Abs, pero me agrada estar contigo —dicho esto, salió de la habitación.

Mañana sería un largo día.

LA, *baby*.

USA-Anaheim

Anaheim: para algunos más conocida como «la ciudad donde queda Disney» en el condado de Orange.

Teníamos ya un par de días en Los Ángeles y nos faltaba tiempo para visitar todo, era gigante.

El plan era pasar de Los Ángeles al bulevar donde quedaba el paseo de la fama en Hollywood.

Así que a las seis de la mañana estábamos levantados —*una más feliz que el otro*—, listos para desayunar y empezar el día con energía.

—Amo los desayunos de este hotel —suspiré comiendo dentro de mi sola felicidad.

—Detesto que me despierten temprano —se quejaba Gargamel frente a mí mientras yo reía tomando del té que había pedido.

—Debes relajarte, hombre. Será así durante los próximos meses —reí viéndolo rodar los ojos. Entonces tomé un poco de crema de avellanas y la pasé por su rostro.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó sin moverse.

—Porque es divertido —me encogí de hombros y seguí comiendo. Entonces él asintió y volvió a comer.

Cuánto silencio.

—No me subiré a esa cosa, en serio —se volvió a quejar Nate, al tiempo que veía la moto.

—No seas miedoso y sube, no pienso volver a tener esta conversación. Date prisa, que tenemos mucho por hacer. Sube por la izquierda, cuidado con el tubo de escape. Vamos —ordené poniéndole el casco y sentándome. Entonces bufó y subió a la moto.

Y como gracias al Señor no todo es como en las películas, la persona que va detrás debe sostenerse de la parte de atrás del asiento y no sujetándose del conductor.

Esto solo podría provocar un accidente, y Nate ya estaba instruido sobre el tema.

En Disney había atracciones para todas las edades y a floraba mi niña interior.

Obligué a Nate a tomarnos fotos con todos los personajes que encontrábamos.

Cuando llegó la tarde, decidimos ir al Hollywood Boulevard y yo volví a mi trabajo de fotografiar cada cosa que me interesaba, estaba sacando buenas fotos para mi blog.

El paseo de la fama sacó mi lado adolescente, escandaloso, *fangirl*.

Cada estrella que veía me hacía volver a gritar y Nate estaba considerando sedarme y botarme en algún basurero. Él mismo me lo había dicho.

Entonces imitadores de Michael Jackson, payasos y mimos me hicieron halar a Nate hacia ellos.

Pero Nate seguía sin mostrar emociones gratas.

—¿Me puedes decir qué podemos hacer para no verte con esa cara de pocos amigos? —pregunté cruzando los brazos.

—Lo siento, hago lo mejor que puedo —me miró cabizbajo y ladeó el labio.

—¿Vamos a comer? —pregunté empujándolo con la cintura, él asintió sonriendo ligeramente y fuimos a un *restaurant* cercano al hotel donde hacían las mejores hamburguesas que había probado.

Era una especie de Pinkberry, pero con hamburguesas. Elegías los ingredientes y luego pesaban tu hamburguesa. El paraíso.

—No puedo creer que te gusten los pepinillos —me quejé mientras caminábamos por las calles con nuestras hamburguesas.

—Pues a ti te gusta el repollo y no me quejo —se encogió de hombros y le dio un gran mordisco a la suya.

—Pues los pepinillos solo engañan a las personas, yo pensé toda mi vida que eran pepinos pequeños, y no —me quejé dramáticamente haciéndolo reír.

—Estás loca, ¿te lo dije antes?

—Sí, pero no estoy loca. Aún no he hecho *topless* en Brasil gritando que amo Alemania, por ejemplo —dije haciendo que casi se atragantara con la hamburguesa.

—¿Cómo que «aún»? Tú no vas a hacer *topless* en ningún lado —exclamó horrorizado—. ¿Tú qué sabes cuántos viejos verdes hay por ahí?

—Ay, qué gruñón que me saliste, ¿eh? —reí dándole otra mordida a mi hamburguesa—. Es broma, no haré *topless* en ningún lado.

—Pequeña demente —rio negando con la cabeza.

—¿Y tú? ¡Ni mi abuela me da esos sermones!

—Solo te cuido... Como dijo mamá.

—Me cuidas porque te preocupas —lo codeé y él rio negándose.

—Claro que no, en absoluto.

—Como diga, usted, señor Collins.

Y el silencio volvió a reinar de camino al hotel.

En el ascensor y al entrar a la habitación.

—¿Quieres ir un rato a la piscina? —pregunté buscando algo que hacer, entonces él asintió.

—Suena bien.

—Bien, iré a cambiarme.

Y me puse un bikini, encima el *short* y la camiseta a tirantes que llevaba.

Tomé un bolso con mi celular, gafas de sol, bloqueador solar, mi *laptop* y la tarjeta

que abría la puerta. Nate había estado esperando sentado escuchando música y salió detrás de mí en cuanto me vio, el sol aún no se ocultaba, aunque eran las siete de la noche.

El área de la piscina estaba ligeramente vacía, solo había una familia con dos niños pequeños y un grupo pequeño de amigos que descansaban.

Así que me quité la ropa y me dirigí a una de las sillas dejando mi bolso y sentándome para aplicarme el bloqueador. Nate caminó y se sentó a mi lado sacando también un bloqueador.

Y el silencio seguía al menos por unos diez minutos más, hasta que hablé.

—Iré al agua —avisé levantándome y caminando hacia la piscina, tomé un poco de aire y luego de estirarme me lancé.

Nadé por unos segundos dejando que mi cuerpo se relajara para luego sacar la cabeza por algo de aire.

—¿Por qué no entras al agua? Te vas a rostizar como un camarón —reí lanzándole un poco.

—Es de noche, y no sé nadar.

—No me mientas, Rose dijo que hiciste natación por el asma.

Entonces me miró y rio caminando hacia mí.

—Me caes mal —gruñó entrando al agua y haciendo que me cayera mucho en la cara.

—¡Nate! —reí lanzándole agua y él respondió el gesto.

—¡Abby! —me imitó echándome más agua.

Yo empecé a nadar huyendo del chico y llegué a la superficie corriendo hasta la silla. Ahí estaba a salvo.

El sol empezaba a ocultarse y la familia se retiraba dejándonos al grupo de amigos, a Nate y a mí.

Estábamos tranquilos hasta que empecé a molestar a Nate por su cara amargada.

—Vamos, si sonríes no sigo con los chistes.

—No lo voy a hacer, Abby. ¡Tus chistes son horribles!

—Ay, eso no es cierto —reí tomando mi *laptop*—. Hey, mira, Nate, mi *laptop* pesa cinco kilos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la «PC» —lo miré, pestañeó y empecé a carcajearme, sola—, ¿entiendes, verdad? ¡La pesé! ¡La «PC»! —volví a mi única y escandalosa risa, incluso golpeándole el brazo mientras me reía—. Vamos, ha sido buenísimo.

—No entiendo cómo es tu vida tan triste que eso te da risa —bufó volviendo la vista a su celular.

—¡No seas aburrido! Eso que no oíste mi chiste de las naranjas. ¿Por qué las naranjas no tienen cuernos? ¡Espera, no! ¡Nate, suéltame ya! —le grité mientras me cargaba sobre los hombros.

—Lo siento, Abby, pero no te soporto —me soltó en la piscina haciéndome salir

rápidamente para poder respirar.

—¿Por qué hiciste eso? —me quejé enojada quitando el cabello de mi rostro.

—Porque es divertido —sonrió inocentemente.

—¿Te estás vengando por lo de la crema de avellanas de la mañana? —
entrecerré los ojos riendo. Él asintió sonriendo orgulloso, yo le tomé la pierna y se resbaló cayendo de trasero, para luego caer a la piscina.

Él salió a la superficie por aire como yo lo había hecho y sonrió.

Abrí los ojos y salí nadando rápidamente, pero en cuestión de segundos me atrapó.

—¡Déjame! ¡Quita tus sucias manos de mí! Deja de sonreír mostrando tus insinuaciones libidinosas, ¡tu cerebro está carcomido por el gusano de la lujuria! —gritaba rápidamente sin siquiera respirar.

Nate pasó una mano por mi cintura y me pegó a él riendo. Yo estaba gritando cosas sin sentido hasta que me percate de lo cerca que estábamos y me quedé callada. Lo miré por unos segundos y solo pude distinguir el bonito color de sus ojos.

«Dicen que los ojos son la puerta del alma de aquella persona». Pues este tenía la puerta del alma cerrada, porque no veía nada.

Nada más que un brillo peculiar, algo que indicaba que quería hacer algo, pero no se atrevía.

Su mano pasó por mi mejilla sin dejar de mirarme a los ojos y sospeché de alguna intención de acercarse.

Lo vi venir, y casi llegaba. Se acercó ligeramente acomodando un cabello que estaba en mi cara y se acercó aún más.

Alcé un poco la vista y divisé al grupo de amigos que habían dejado de parlotear para mirarnos a ambos.

Pero yo me alejé tosiendo y nadé a la superficie de nuevo.

Yo no era el espectáculo de nadie, y peor aún, estuve a punto de besar a Nate Collins si no hubiera sido por ese grupo de amigos.

—Eh, chicos —habló una chica del grupo, yo giré a verlos y sonreí de lado—. ¿Vienen solos?

—Sí, de vacaciones —sonreí sacando mi celular del bolso.

—¿Quieren venir a la fiesta hawaiana del hotel con nosotros?

—¿Cuál fiesta? —pregunté mirando a Nate, que inmediatamente encogió los hombros.

—Dejaron invitaciones en cada habitación hoy, ¿no las vieron?

—Estuvimos fuera toda la mañana y tarde —expliqué ladeando el labio. La chica sonrió.

—¿Entonces se unen a nosotros?

—Claro —acepté sin esperar una respuesta de Nate, sin siquiera verle a los ojos.

Así que nos unimos al grupo y caminamos al área donde habían montado la fiesta.

Nate se veía raro, aún más de lo normal. Se sentó y no quiso bailar, así que se quedó con algunos chicos del grupo, Daniel y Luke, si mal no recuerdo.

Y yo fui a bailar.

—¿Abby? —giré al oír mi nombre y empezamos a gritar, saltando.

—¡Liz! —la abracé al ver a mi amiga.

—Oh Dios, ¿cuánto tiempo estuviste aquí? ¡Estás bronceada! ¿Estás más alta?
—reí en cuanto empezó a hablar.

—Cállate, no te veo desde hace meses. ¿Dejaste Nueva York?

—Sí, demasiado glamuroso para mí —hizo cara de asco y yo sonreí—. ¿Estás aquí sola? No me digas que estás viajando sola de nuevo, Abs.

—No; de hecho, vengo con... Él —señalé a Nate en cuanto lo vi. Que ahora se reía animado con un vaso en la mano.

Liz me miró y alzó una ceja.

—¿Dónde conseguiste a ese niño rico? ¿En Beverly Hills? —se burló mirándome.

—No, trabajé cuidando a sus hermanos, y ahora lo cuido a él, o algo así.

—¿Es tu novio? Porque no está mal —rio codeándome, yo la miré y negué.

—No es mi novio y que ni se te ocurra. Es algo grosero con otras personas a veces.

—¿Por qué?

—Larga historia —reí y al ver a mi amiga confundida agité la mano con desdén—. No me hagas caso, es algo que no entenderías.

—Bien... Estás loca. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí?

—Dos días más, nos vamos a México luego, viajaremos por gran parte de Sudamérica y luego a algunos países de Europa.

—Tú y tus viajes, mujer, ¿no tendrá tu amigo algún hermano o primo? —entonces la miré y empecé a reír.

—Hay un niño de cinco años como hermano y dos pelirrojos de su edad como primos.

—Los pelirrojos me van bien —asintió señalándome. Tendrás que presentarme a alguno.

—¿Irás a Counterville?

—Tal vez, cuando estés allá me avisas.

—*Mazel tov* —gritó alguien haciéndome girar de repente, era Nate. Y estaba sobre la mesa.

Por favor, ¿lo dejaba un segundo y ya estaba borracho?

—Liz, debo irme. Te llamo mañana —me despedí y corrí hacia Nate tratando de que bajara de la mesa.

—¡Holaaaaa, Abby! —sonrió alargando las palabras, casi como si hablara en cetáceo—. ¿Qué estuviste haciendo? Aquí, mi amigo... ¿Cómo te llamas? —preguntó abrazando al chico borracho que susurró algo en su oído y Nate reaccionó lazando un puñetazo directo a su cara.

—¡Nate, no! —grité halándolo mientras los amigos del rubio los levantaban—. Perdón, chicos, está borracho. Me lo llevo.

—Abby, déjame decirle a ese teñido cuatro cosas —se movió soltando todo el aliento a alcohol en mi cara.

—Tú no sabes decir cuatro cosas, compórtate y camina. Pareces un niño, no puede ser —Le grité caminando junto a él en pleno pasillo del hotel.

¿Qué tan raro se vería a una chica casi cargando a un chico borracho por el pasillo de un hotel?

Mal.

—Tú no quisiste besarme —se paró cruzando los brazos—. Intenté halarlo, pero no se movía.

—¿Qué? Nate, estás borracho, ¡camina ya! —pero el chico no se movía.

—Si me das un beso, me muevo.

¿En serio? ¡¿En serio?!

—No, Nate. Camina.

—Si no hay beso, me quedo aquí.

Esto era imposible, increíble, improbable. ¿Cómo rayos es que el alcohol podía producir ese efecto en él?

Me tapé la cara, caminé de un lado a otro y al final solté el aire dramáticamente. No podía estar pasándome algo así.

Me acerqué y deposité un pequeño beso en su mejilla y lo halé para poder avanzar, pero no se movió.

—Ahí no es —me miró como un pequeño niño y se señaló los labios. Mi cara se desencajó y empecé a reírme frente a él.

¡De ninguna manera besaría a Nate Collins!

No de nuevo.

México-DF, felicidad

—¡Por favor, por favor! ¡Por favorcitttttt! —alargó sacudiendo mi brazo—. ¡Solo dame un besito! ¡Solo uno, Abs! Vamooooooooos.

Y volvió a sacudir mi brazo; yo simplemente no podía creer lo que estaba pasando, no sabía qué hacer, sentía que no debía hacerlo... pero también quería.

Oh, ¿qué está pasando aquí?

—Bien, no me des nada —sacó el labio inferior y bajó la cabeza. Pero de inmediato la levantó y prácticamente me robó un pequeño beso en los labios—. Mejor te lo doy yo —rio como un niño pequeño y corrió al ascensor.

Me quedé helada. Nota para mí: no volver a acercarse a Nate Collins al alcohol.

Caminé rápidamente al ver que había presionado el botón y entré en el ascensor con dificultad, suspirando con alivio al llegar. El ascensor marcó el piso y halé de él hasta la habitación. Al intentar abrir la puerta, Nate resbaló y se cayó de frente.

Tenía los ojos cerrados hasta que oí que se quejó sin levantarse del piso.

—Uy, lo siento —reí bajito mientras entraba a la habitación. Dejé mis cosas sobre la cama para luego volver y ayudar al chico a levantarse.

—Me duele la cara —se quejó mientras caminaba y se volvía a echar apoyando la mejilla en su almohada.

—No, señor, levántese. Se va a duchar, y con agua fría —volví a halarlo y lo empujé hasta el baño—. Te lo mereces.

—Bien —cerró la puerta y tomé el teléfono.

—Buenas tardes, ¿podría subir un café a la habitación 353? Sí, gracias —aclaré la garganta y colgué.

Lo oí toser desde la ducha y fruncí el ceño, pero no le di más importancia y esperé a que saliera para ducharme también. Entré a ducharme en cuanto él salió, al tiempo que lo oí toser de nuevo.

Oí la puerta abrirse y luego se cerró; supuse que era el café, así que le dije a Nate que se lo tomase y salí ya cambiada.

—No vuelvas a beber, ¿oíste? —mencioné enojada y tomé mi celular.

—No fue mi culpa, ese rubio teñido me dio esa cosa roja y... Tú estabas bailando, así que tomé un poco —mostró el labio inferior haciendo una mueca luego de darle un trago al café—. No me gusta esto, ew —dejó el café en la cómoda y volvió a toser.

Me acerqué a él, toqué su frente, no tenía signos de fiebre, pero esa tos seca seguía y empecé a oír un leve silbido en su respiración. Abrí los ojos en grande y corrí hacia la maleta de Nate para buscar el broncodilatador.

—Nate, ¿dónde está el inhalador? —me miró y lo sacó de su bolsillo, corrí y lo tomé—. ¿Puedes recostarte? —él volvió a toser, pero asintió echándose—. Bien, ahora levántate.

—Abby —dijo tosiendo y empezó a respirar por la boca.

—Cállate, Nate, no hables y deja de respirar por la boca —la tapé e instintivamente empezó a respirar por la nariz—, solo respira, tranquilo —dije acariciando su espalda, me acerqué y le entregué el inhalador.

—Sé qué hacer —tosió presionando el inhalador para aguantar la respiración alrededor de treinta segundos.

—Te dije que no hables —quité el cabello que caía por su frente y volví a acariciar su espalda—. ¿Mejor? —él solo asintió y tomó una gran bocanada de aire.

El susto que me había llevado, las crisis de asma también empezaban cuando alguien bebía alcohol y el chico se había tomado cada trago de esa fiesta. Bueno, amaneciste un poco exagerada, Abs.

—Abby.

—¿Qué? —pregunté mirando el techo, apoyando las manos entrelazadas sobre el estómago.

—¿Estás enojada conmigo? —dijo echado de la misma forma, pero en su cama.

—Sí.

—¿Fue porque te besé o porque estaba borracho?

—Por ambos. Y aún estás borracho, así que cállate y duerme.

—Bueno —entonces suspiré y cerré los ojos.

Borracho y asmático, así empezábamos con el viaje.

—Abby.

—¿Qué quieres, Nate? —bufé mirando hacia donde estaba su cama.

—¿Te gustó el beso?

—Deja de molestar y duerme, Nate.

—Eso no ha sido una respuesta.

—No me interesa, duérmete ya.

—Qué maleducada.

—Buenas noches.

Se encierra en su habitación por meses sin hablarle a su familia, y yo soy la maleducada.

—Abby.

No respondo. Si quiere hablar, que hable solo.

—Abby, ¿estás despierta?

No, estoy muy dormida.

—Abby, si no respondes, el coco te va a comer.

¿Qué?

—Hola, Abby, soy el coco —habló con una voz exageradamente gruesa,

haciéndome reír un poco—. Te has reído, te oí. ¡Estás despierta, Abby!

No te escucho. *Si no lo escuchas no existe.*

—Abby, si no respondes es porque el beso te gustó.

—Ya duerme, Collins —me quejé tapándome la cara.

—¿Por qué? En Los Ángeles no se duerme. Los Ángeles es la ciudad donde los sueños se hacen realidad.

—Mi sueño es que te calles y te duermas.

—Mi sueño es que me digas que el beso te gustó.

—El beso me gustó.

—¡Pero debes decirlo de verdad! —se quejó cual pequeño haciendo que me golpeara la frente.

—Nate, ¿puedes, por favor, dormir y devolverme al gruñón al que debo obligar a hablar?

—Bien. Dormiré.

Gracias a Dios.

—Pero una cosa más —rodé los ojos y suspiré.

—¿Qué?

—¿Por qué las naranjas no tienen cuernos? —sonreí de lado y me mordí el labio inferior.

—Porque si no serían toronjas.

El silencio reinó por un par de segundos y luego una risilla se oyó a mi derecha.

—Oye, Nate —jugué con mis dedos y giré a verlo, no se había movido en tres horas.

—¿Sí?

—¿Por qué le pegaste a Daniel?

—Él... dijo que quería que le diera tu número para... Ya sabes, eso.

—¿Le pegaste por eso?

—No, él dijo que te veías como una meretriz.

—¿Una qué?

—Una buscona.

—¿Qué?

—Una mujer del mal vivir. Una mujerzuela.

—Oh.

—Sí. Y no mereces que te digan eso, debía ponerlo en su sitio. Perdón por arruinarte la fiesta.

—No, al contrario. Gracias, Nate —estiré la mano y le di un pequeño apretón en el brazo.

—No tienes por qué, él no tenía razón —tomó mi mano y la entrelazó con la suya.

—Lo sé —sonreí de lado y me solté dándome la vuelta—. Buenas noches, Nate.

—Buenas noches, Chispita.

Las cosas cambian tan rápido de la noche a la mañana como nosotros hablando sobre chistes de toronjas y de pronto corriendo por el aeropuerto a toda velocidad.

—¡Nate, rápido! —lo exhorté mientras arrastraba mi maleta.

—¡Voy lo más rápido que puedo! —gritó detrás de mí.

Resulta que luego de una semana en Los Ángeles, el último día lo habíamos pasado durmiendo, y Nate no puso la alarma. Por consecuencia, casi perdimos el avión.

Al facturar las maletas caminamos con más tranquilidad hacia el área de abordaje. Incluso hicimos una parada por un café.

Cuatro horas después, estábamos en la Ciudad de México.

—¡Podemos ir a Six Flags! —aplaudí sonriente mientras miraba un papel en el aeropuerto, luego giré a verlo y me puse seria.

—Esta vez iremos en auto, ya lo alquilé.

—Claro, como tú no manejas —rodé los ojos acercándome a las maletas.

—Deberías enseñarme.

—No, gracias, mejor toma tu maleta —hablé sacando la mía y alejándome ligeramente.

—¿Te pasa algo? Estás así hace varios días.

—No tengo nada, Nate —murmuré incómoda mientras caminaba hacia la puerta.

—Bueno, así será. ¡Taxi!

—No, ¿sabes qué? Te diré.

—¿No será por el beso? —rio entrando en el taxi también.

—¿Cómo lo...

—Estaba borracho, no perdí la memoria. Lamento si te incomodé.

—Oh, bien. No esperaba eso.

—¿Entonces todo bien?

—Yo... Sí, creo.

—Okay.

Y así fue como el viaje al hotel se volvió tan silencioso como antes. Esta vez me tocaba pagar el hotel a mí tal como lo habíamos acordado.

Teníamos tantos lugares por visitar, y al menos yo sabía algo de español, no como Nate.

—¿Qué rayos es un *gringo*? —preguntó después de que alguien le llamara así, yo me reí y seguí caminando.

—Tienes mucho por aprender, Collins.

—Espero que no sea un insulto, ¿podemos usar tus insultos italianos aquí?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me han dado motivos para insultar a nadie, todos han sido muy

amables.

—Ah, qué aburrida —se quejó subiendo al ascensor.

—Claro que sí, yo soy la aburrida.

—Exacto.

Hola, soy Nate y nunca salgo de casa, vengo a decirte a ti que eres aburrida. Insultemos a personas en italiano porque somos rudos.

—Estoy aburrida.

—Acabamos de llegar.

—Lo sé, ¿qué haremos hoy?

—Yo qué sé. ¿Qué quieres hacer tú? —preguntó caminando hacia la habitación, nuevamente con camas separadas.

—¿Y si vamos a Six Flags?

—Mañana.

—¿Vamos a comer algo?

—No tengo hambre.

—Bien, me iré a caminar por el hotel, ¿vienes?

—No, dormiré un rato —dijo acostándose en su cama.

—Como quieras.

Bufé y salí con mi bolso de la habitación. Aburrido, niño aburrido.

Caminé y caminé, y terminé en el *restaurant* del hotel tomando un helado.

Feliz primer día en México, Abs.

Aún más feliz, haz que un mesero mexicano caiga al piso. Aún más feliz que antes, que le caiga café en la camisa.

Santo Dios.

México-Intento de fontanero

—¡Perdón! —solté tratando de limpiar su camisa, pero solo lo estaba ensuciando más.

—«Tranquila, tranquila» —creí entender mientras sonreía y recogía los pedazos de la taza rota.

—¿Puedo, hum... Ayudar? —hablé en español tratando de no hacer el ridículo en cuanto a pronunciación.

—Todo está bien —me habló en inglés haciendo que sonriera de lado.

—Perdóname, soy muy torpe —reí nerviosa, jugando con los dedos.

—Me ha pasado antes, tranquila —rio terminando de recoger los pedazos—. Que tengas un lindo día —me sonrió mientras se alejaba con dirección a la cocina.

Suspiré y sonreí.

¿Nunca les pasó ese pequeño enamoramiento de estación de tren o bus?

Estaba sintiendo exactamente lo mismo.

—Nate, era tan lindo —hablé desparramándome en la cama mientras miraba el techo.

—Bien por ti, ¿le preguntaste su nombre? —preguntó escribiendo algo en su *laptop*.

—No, no tuve tiempo —suspiré exageradamente—, pero lo averiguaré —me senté en la cama y sonreí.

—¿Estás loca? Es un extraño.

—Pero es un extraño bonito —sonreí tontamente y enredando los dedos en la sábana.

—Como sea, ¿bajamos a comer o qué? —preguntó cerrando su *laptop*.

—Sí, a ver si nos topamos con el mesero lindo —aplaudí emocionada y lo halé hacia la salida.

—Que sepas que no voy a servirte de cupido o alguna tontería de esas —advirtió saliendo del ascensor junto a mí.

—No te necesito. Oh, Nate. ¡Es él! —golpeé su brazo repetidas veces y sacudí su camiseta halándolo «disimuladamente» a la entrada.

—Déjame. Bájale tres a tu histeria, Chispita —se quejó acomodándose la chaqueta.

—No me estás ayudando, Nate —caminé a la mesa, tratando de actuar con normalidad.

—Bienvenidos a México, ¿qué desean ordenar? —preguntó el chico. Su acento

de inglés era tan...

—Abby, ¿qué vas a pedir? —preguntó Nate, quien se tapó la cara.

—Ah... Eh... Yo —abrí el menú y entrecerré los ojos—. ¿T-tacos? Sí, quiero tacos, por favor —sonreí nerviosa y señalé el primero de la lista. Estaba haciendo el ridículo.

—Yo también —habló Nate naturalmente. ¿Cómo podía hacer eso? ¡Lo tenía al lado!

Oh, claro, él es hombre.

Mario, ¡su nombre era Mario! Lo decía en su chaqueta. Oh, Mario.

—Gracias, Mario —sonreí mientras él se alejaba, pero giró a verme y sonrió—. ¿Viste? ¿Viste lo que hizo, Nate? ¡Me sonrió! —le pregunté al chico mientras halaba su camiseta y su cabello.

—Abby, grita más fuerte, en el décimo piso no han oído tu clara desesperación —soltó dejando su celular en la mesa.

—¡No es desesperación! Es decir... —me acerqué a Nate, rodeé el brazo por delante de su cuello y lo halé hacia mis piernas—. Míralo, ¿no es lindo? —suspiré abrazando más fuerte a Nate.

—Abby, me estás ahorcando. ¡Me falta el aire! —se quejó soltando mis brazos de su cuello y se incorporó en el asiento.

—Qué tonto eres. No muestras felicidad por mí.

—¿Felicidad? ¡Tiene nombre sacado de un videojuego japonés!

—¿Lo ves? ¿Y qué es Mario? Italiano, creo que estamos destinados a estar juntos —hablé claramente decidida y tomando mi celular.

—Estás demente. Ojalá tu futuro esposo no termine encerrándose en un manicomio.

Entrecerré los ojos y le pegué en el brazo. Minutos después Mario regresó con dos platos llenos de una comida que olía muy bien.

—Disfruten —sonrió de nuevo y se alejó.

Necesitaba una cubeta justo ahora.

—Cierra la boca, las moscas no están interesadas en ingresar —habló Nate mientras comía, yo sacudí un poco la cabeza y me centré en comer.

—Cállate, Nate. Eres un insensible —fruncí el ceño y empecé a comer.

Tonto, tonto, tonto.

Mario, junto a los tacos, había dejado un plato al que llamaban «chilaquiles» y fue tan divertido ver la reacción de Nate al comerlos que olvidé por completo la existencia de Mario.

Me estaba riendo a carcajadas por el color rojo en la cara de Nate, quien soltaba groserías por lo picante que era.

—Débil —reí entregándole el vaso de leche que había pedido para él.

—¿Leche? ¿Es en serio, Abby? —preguntó con la lengua afuera.

—Toma eso tú, que mi *nonna* no se equivoca —lo señalé pegando el vaso a su boca. Fue tomando por pocos y fue calmando las quejas.

Nadie se mete con las cosas de mi *nonna*.

Suspiré.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —preguntó Nate, quien se puso el cinturón de seguridad.

—¿Hacer qué? —sonreí encendiendo la radio y poniendo *Thousand Miles* de Vanessa Carlton y eso me hizo sonreír aún más.

—Eso, sonreír como tonta. Llevamos dos días aquí y te he visto así desde que llegó ese...

—Mario —alargué encendiendo el auto.

—Intento de fontanero italiano —rio cambiando de canción. Yo le pegué y volví a la canción anterior.

Ese sería mi concierto.

—*Making my way downtown faces pass and i'm home bound. Staring blankly ahead, just making my way, making a way through the crowd* —toqué su brazo y le hice pegar un brinco. Reí para seguir cantando—. *And I need you* —moví la cabeza, imitando a Terry Crews en *White chicks*—, *and I miss you* —volví a mover la cabeza de un lado a otro—, *And now I wonder, if I could...*

Entonces el aguafiestas apagó la radio.

—¡Oye!

—Lo siento, Abs, a veces eres divertida. Pero no voy a soportar todo el camino así —empecé a reír y encendí la radio nuevamente eligiendo *A hard day's night* de The Beatles—. Aburrido, ya vamos a llegar y te voy a obligar a entrar en cada montaña rusa que encuentre —entonces él me miró con los ojos muy abiertos.

—Yo... No creo que sea buena idea.

—No me interesa lo que pienses, te vas a subir. Al pedir que te «enseñara los verdaderos colores de la vida» incluía hacer todo lo que te dijera.

—Sí, mamá —murmuró haciéndome reír.

Di vuelta a la izquierda en el segundo semáforo como decía el GPS y finalmente llegamos a Six Flags.

—Llegamos —sonreí girando a verlo. Me sentía como una niña en una película de terror, pero su reacción lo valía.

Estuvimos en juegos tranquilos hasta que lo llevé a la cola de «Superman en el último escape», no entendía qué decía, pero como decía Superman, subimos.

Sesenta y seis metros en la parada más alta, y luego de eso venía un túnel, y muchas, muchas vueltas.

La cola fue larga, pero valió la pena. Yo estaba con la adrenalina por todos lados, y Nate no hablaba. Así que, como había sido de las primeras veces en la montaña rusa, salimos del parque por algo de comer. Caminamos varias calles y algo me distrajo.

—¡Un conejo! —grité halando a Nate hacia un muñeco que bailaba en medio de un parque.

—¿Por qué insistí en hacer esto, Señor? —gritó Nate mirando hacia arriba dramáticamente. Y como si fuera una película empezó a llover.

—Creo que el Señor te ha contestado —reí alzando la cabeza para que las pequeñas gotas cayeran en mi rostro.

—Ven, vamos a llegar empapados al hotel —intentó halarme, pero lo detuve.

—Nate, no seas aburrido. ¡Deja de preocuparte por todo! —empezamos a caminar mientras él intentaba taparse la cara y yo casi saltaba, a la vez que la lluvia caía.

Fácilmente podía hacer el acto de *Singing' in the Rain* junto a un Nate avergonzado preguntándose por qué a sí mismo.

—Déjame. Yo lo pido —habló Nate, estábamos en un puesto donde hacían tacos.

—Nate, no creo que sea...

—Hola, mami, mi amiga y yo querer unos tacos para irnos. ¿Por favor, nos dar?

—la amable señora miró a Nate por unos segundos y respondió.

—¿Qué dices? —entonces empecé a reírme de Nate.

—Disculpe, señora... Hum, mi amigo no sabe... Mucha español. Lo que quiso decir fue, hum, que si... Nos da un par de tacos —hablé haciéndola asentir sonriente.

—Órale. ¿De qué quieres tus tacos? —me dijo señalando el cartel que estaba a mi lado.

—Dice que de qué queremos los tacos. Elegiré yo, ¿bien? —Nate solo asintió y yo me acerqué a leer—. Dos... ¿Tacos al pastor? Por favor —hablé haciendo que la señora se acercara un poco a un hombre más grande que ella.

—¡Pepe, dos tacos al pastor para los chavos! —gritó con su aguda voz, para luego sonreírme—. Ya los traigo, güeros.

Entonces se alejó caminando hacia Pepe. Nate me miró, y con los ojos entrecerrados.

—¿Nos acaban de insultar?

—¿Por qué lo dices? —reí cruzando los brazos.

—Nos dijo *huerrros*, ¿qué es eso?

—Dijo güeros, tonto. Y según internet... —hablé con el celular en la mano— es como... No lo sé, creo que así llaman a los rubios o a gente con la piel clara. ¿Puedes dejar de pensar que nos insultan?

—Uno no sabe, estamos lejos de casa, en un país en el que no entendemos el idioma y...

—Nate, cállate —rodé los ojos y le puse la mano en la boca.

Entonces la señora Anita, como nos había dicho que se llamaba, regresó con dos bolsas y nos entregó los tacos. Le pedimos tomarnos una foto con ella y Pepe, para luego pagar e irnos. La lluvia había cesado mientras esperábamos los tacos, así que caminábamos hacia el auto con tranquilidad.

—¿Es sano enamorarse de un taco? —preguntó Nate terminando de comer, yo sonreí y seguí comiendo.

—¿A dónde iremos mañana?

—He visto en internet hoy en la mañana un lugar llamado xo... Xoch... Luego busco el nombre. Pero hay como unos botes con nombres personalizados.

Podemos ir ahí, ¿no?

—Suenan bien —dije entrando al auto, al igual que Nate.

El camino al hotel solo lo ocupaba el sonido del reproductor de música. En cuanto llegamos, recordé que tenía algo que hacer... Hablar con Mario.

—¿Segura de lo que vas a hacer?

—Sí, solo voy a hablarle, no voy a casarme con él. Estoy consciente de que solo nos quedan dos días aquí.

—Por eso, ¿y si pasa algo? Luego te vas a sentir mal, las relaciones a distancia no funcionan y...

—Oye, para el coche. ¿Quién ha dicho relación? Yo solo he dicho que le voy a hablar.

—¿Y si pasa algo?

—No va a pasar nada, Nate. Deberías tomar una manzanilla o algo. Estás muy...

—moví las manos energicamente—. Calma.

—Pero y...

—Ya vengo, Collins —interrumpí caminando hacia la salida.

Bajé en el ascensor, era la hora de descanso de Mario y tenía la oportunidad de hablar con él. Y sí, no lo volvería a ver, pero como siempre había hecho, podía mantenerme en contacto con él.

Así es como había conocido a... Thomas.

Oh, qué mala comparación.

Y ahí estaba Mario, saliendo del restaurante con un... ¿Chico? Seguro era un amigo.

Oh, los amigos no se besan.

3312, amigos, misión abortada. Hemos perdido carne aquí.

Mario es gay.